

CR – 166 – 2.009

TRILOGÍA DE ENSAYO

TÍTULO:

VUESTRA TIERRA: ¡ESA TIERRA!.

AUTOR:

SIXTO SANZ CABRERA

(PRESENTADO AL PREMIO PLANETA DE NOVELA DEL AÑO 2.000)

I PARTE

Si de los confines del Mundo viniese una persona a visitar vuestra tierra: ¡Esa tierra!, nobles y sinceras en amores las personas, en hospitalidad y en quehaceres humanos, cotidianos en los días de gloria y paz para la inmensidad y grandeza de esta, vuestra tierra soberana, que es La Mancha.

Soy de un pueblo de Suecia; allí, donde los fiordos se confunden entre acantilados pedregosos y mientras tanto hace surco de corriente un pequeño río, que abrazando al mar, se pierde entre las aguas inmensas del Mar del Norte.

Vine a España para visitar Andalucía, que por aquello de la guitarra y el palmeo, dígame flamenco, me absorbía el sexo todo lo andaluz y, quería con ello, españolear; como se dice hoy día.

Me dirigía camino de Cádiz, lo que en esas latitudes, llaman: “La tacita de plata”. Pero he aquí, que al tomar en un famoso restaurante de Puerto Lapice un refrigerio observé que las bielas de mi coche no estaban como yo las había quedado, y; en efecto: Me bajé, comprobando que hacían un ruido un poco desagradable, ya que en sí, holgaban en toda su contextura. No era cosa de preocupar, pero decidí arreglarlas allí mismo.

Había avanzado unos metros, cuando paré en seco al ver el cartel de Ciudad Real; comprendí, que por ser Capital de Provincia, me sería más fácil el arreglo de dichas piezas, que por otra parte como les he dicho, no era cosa de tomarlo en serio.

-. Oiga, buen hombre: ¿Me puede decir, si está muy lejos Ciudad Real?.

-. Voy yo allí mismo, ¡UF!. No está muy lejos.

-. Le llevo con mucho gusto. Monte.

Era una carretera, que no estaba mal; donde había olivares, enzarzados con cepas de una uva moscatel y montuna, pero al decir verdad, la palomina, enraizada con el Pedro – Jiménez, formaban un entorno de colorido primordial, recordando los pinceles de la escuela Flamenca y sobretodo de la Holandesa, cuando se empezaba a dar policromía a los lienzos y frescos de aquella época; o a la escuela Italiana, en sus comienzos de refinado contraste pintoresco. Allí cantaba la Abubilla, el

Canario; allí la Perdiz . . . Toda la familia haladas, de trinos y piar se oían; campos, bosques, llanos, cañadas y romeros.

Era un viaje agradable, sin contratiempos: Pasamos un pueblo y ya, cuando queríamos divisar otro, que por sus huertas me parecía fabuloso, en sus llanos y en sus bienes; parcelas de trecho en trecho, regadas por unos pozos, arrancados a flor de tierra y sacando de las entrañas, de la misma, el líquido elemento, para aprovechar su jugo y sus sudores.

Este buen hombre, me hizo parar en un camino vecinal, que apartándose de la carretera, se incrustaba en el corazón de aquellas tierras, tan productivas y frondosas en verduras y frutos de todas clases.

Le hice hincapié de que si aquello era Ciudad Real y el, con una parsimonia que hacía alarde al quijotismo castellano, me indicó que era allí donde el iba y que había entendido; que yo también quería ir a ese mismo lugar.

Después de indicarme, rectamente el camino, según su parecer; puse marcha en la carretera, parándome a unos cien metros de aquel lugar, por los gestos que me hacía un labrador de aquellas tierras.

- ¿Qué me indica, con esos gestos?. ¡Buen hombre!

- Que le vendo estos melocotones.

- No compro.

- Se los doy casi regalados.

El prorrato fue de “aupa” y tuve que salir de allí por otro camino vecinal, comprendiendo yo que daba a la carretera.

Decidí pararme para divisar aquellas huertas, tan frondosas en árboles frutales y en legumbres; guisantes, judías y hasta garbanzos.

Una mano, más fornida, me hizo señas muy cordiales, para atraer mi atención.

- ¡EH!, compadre.

- Es a mí.

-. Sí, a usted.

De compadre me trataban esta vez; era un dicho familiar y yo me sentí tan a gusto con aquel compadrísimo desorbitado: Presté toda clase de atención y pude darme cuenta que, o salía de allí, o compraba por centenares los productos de las huertas.

-. Cómpreme las mejores judías que hay en el Mundo.

-. ¡Que coste, que pienso comer en un restaurante!

-. Cómpremelas.

-. Está feo que me las coma crudas.

-. Se las lleva a su tierra y allá su señora se las prepara.

No me pude escapar esta vez y le tuve que comprar, por lo menos, dos kilos y, al decir verdad, parecían tener buena cara dichas legumbres.

-. Bueno; señor. ¿Pero yo, dónde me encuentro?.

-. Está usted en Malagón.

La había hecho buena, aquel paisano que me había llevado allí: Se había confundido el hombre.

¡Qué le vamos hacer!.

Estaba otra vez metido en carretera, pues lo tuve que hacer de prisa y corriendo; o como digo, me llevaba todos los productos de aquellas huertas, pues vi correr hacia el coche más de cien personas y, algunas llevaban sacos al hombro. De verdad, no estaba vacíos, pues parecían que pesaban y bastante.

Mi camino fue más rápido, pues llegué al siguiente pueblo, en un abrir y cerrar de ojos; tenía que ser así, pues de ojos se trataba, como si fuese una mujer pelicana, con bellos ojos.

-. Por allí. ¡Mister!.

Era la indicación de una anciana y al mirar al cartel, seguía poniendo algo de los ojos, pues aunque mi español no es malo, hay palabras que se me atragantan todavía. Por aquella carretera estrecha, se deslizaba mi bólido en esos momentos, cuando llegué, ¡bendita vista!, a lo nunca avisto por mi

persona; de unas lagunas pequeñas corrían sendos hilos de aguas, para más adelante, formar un río, cuya cuenca acuífera, era bastante extensa.

Aquello: ¿Era manantial, era fuente oculta?. Nunca supe la razón de la sin razón de aquella aparición, fantasmagórica; pero lo que sí supe, por mí mismo, era que brotaba el agua a chorros de aquellas tierras, para formar aquel mar de aguas; como vi con mis propios ojos dicha hermosura.

Era feliz, a pesar de todo, en aquellas tierras de misterios, de asombro; tierras vírgenes, como se podía ver a simple vista.

También comprendí; que a todo turista, le dirigían hacia aquellos manantiales, quisiera ir o no quisiera ir: Me pareció bonita forma de hacer turismo.

Seguía viendo, en mi trayecto, las inmensas llanuras, con olivares, con sus casas de campo y labranzas; sus gentes nobles y sinceras, incapaz de un mal pensamiento, con arraigada costumbres y bonito Folklore. En una de esas casas de campo, degusté un precioso chorizo al ir a preguntar por la Capital. No sabía lo que me hablaban, pues querían decírmelo todos a la vez, pero sí supe que era dándome la bienvenida y que se alegraban de verme allí.

Pasaban las horas y pasaban los pueblos sintiéndome desmayado, no por hambre como ustedes comprenderán, pero sí por el esfuerzo mental que hacía para saber qué orientación tenía que tomar para dirigirme a la Capital de aquellas tierras; cuando llegué a Manzanares, sin hacer mucho caso a la traducción de lo que leí en el cartel de aquel pueblo.

-. ¿Usted cree, que puedo saciar el apetito.

-. Comprobando, se verá.

No solamente lo sacié; sino que reventé, pues al primer plato que me sirvieron, que fue chorizo con torrezno y sardinas, siguió un segundo plato de tortillas de espárragos acompañada de gambas naturales con unas lonchas de jamón de cerdo, con otro plato, que fue el tercero, de carne de cerdo, un buen filete enderezado con patatas, en el cuarto plato me pusieron un gazpacho en el que se veía los trozos de manzanas, melocotones y de uvas.

Mientras me ocupaba de estos menesteres, había paladeado un buen vino negro de aquella comarca, para cerrar el broche al collar de manjares con un vino blanco.

Fue tal mi atracón, que con los ojos trabados decidí en aquel mismo Mesón entregarme a la diosa Afrodita, para que la de Morfeo me acompañara en aquella siesta, entregado en mi bienestar y placeres de tener el estómago lleno de buenas tomas y buenos manjares y delicias primordiales.

Creí elevarme en los alturas y ver la Provincia entera llena de jardines y de toda clases de árboles frutales, sus gentes en completos parabienes cantando con ritmo melódico un cante de gracia para su tierra.

Tierra grande, tierra buena;
 con tus gentes afamadas
 de tus bienes y tus casas,
 tierra de hidalgos y escuderos,
 que andas de boca en boca
 sembrando en bellos jardines
 los perfumes de tus mozas.

No sé cuanto tiempo pasé en éxtasis completo, pero lo que sí sé es que no era narrable lo que allí vi por medio del vaho celestial de aquel vinillo moscatel y aquella opípara comida.

Fue media hora, una o tal vez dos; no lo pude saber, pero sí diré, que la fuerza adquirida en aquella comida sería la de cien toros.

-. Oiga Mister . . . Que se ha quedado dormido; le llamo por si tiene que ir alguna parte o hacer algo.

-. Muy bien . . . Iré, iré . . .

Y claro que fui; a la calle, para dirigirme al coche buscando afanosamente la Capital con ganas de arreglar el bólido.

Mi empeño era inmenso, pues mi voluntad superaba todas las fuerzas terrestres, que me atasen a Baco o a Morfeo; es tanto así, que en este trance me confundí de carretera para tomar bien pronto un camino vecinal, dirigiéndome a ningún lado.

Tarde me di cuenta de mi confusión, pues el crepúsculo matutino se había echado hacía ya un rato, dando con mis huesos de sueco en una casa de labranza bien repleta de viandas y vinillo tinto, que tanto agrado y placer me produjo; pues después de cenar sus copiosas viandas tomé cama en una jerga de panizo, quedándome enteramente a disposición del etéreo abismo de la imaginación absurda de un memo.

Creí que era un caballero por el sueño, un caballero andante al que habían deshonrado por habersele quitado el yermo y su montura; pero eso sí, yo sostenía una preciosa Tizona, que formaba hito en el parangón de la historia caballerescas: Era tan enorme la espada, que tomándola con las dos manos no podía sostenerla para elevarla a un metro.

Era yo, o era otro en mis andanzas, en mi locura, pero lo que sí sé; es que me encontré a mí mismo: Creí tener espíritu quijotesco y comprendí por una vez, que tenía parentesco y relación con lo español, pues estaba españoleando.

Muy temprano me desperté de mi grato y fantástico sueño, tomando las de Villadiego, camino de mi nuevo destino.

Se me indicó la carretera y empecé pronto a ver los campos cubiertos de cepas; unos campos maravillosos, en los que existían tanta o más variedades de pájaros como en los demás.

No tardé pronto llegar a una bella ciudad, Valdepeñas, pero también no tardé en comprender que en vez de dirigirme al lugar deseado, me estaba dejando cada vez más atrás a la misma Capital.

Tuve que hacer parada y fonda en dicha ciudad. Quedé el coche en una calle que parecía una vaguada y me interné por el centro del pueblo.

-. ¡EH!, Mister, Monte.

Me invitaba a montar en un carricoche un ser rústico, pero con gestos refinados: No le hice esperar y allí que me subí, poniéndome cómodamente en mi asiento.

Mientras corría aquel carro por caminos vecinales, se iba incrustando en el mismo corazón de las viñas.

-. Mister; tengo que parar un momento, con su permiso.

Empezó a despuntar las cepas, sus cogollos, y lo hacía con una gracia singular y con una experiencia de siempre.

-. ¿Por qué hace esto?.

-. De esta manera toma el gajo de uva más fuerzas y se hace antes al darle más el Sol.

Proseguimos nuestro camino y no a poco, dimos, después de volver casi al pueblo otra vez, con una bodega de vino refinado en las entrañas de aquella tierra. Me hizo degustar y saborear de todos los conos que existían en dicha bodega; pero eso sí, haciéndome comer unas buenas migas, hechas allí mismo por el y sus amigos, que habían en ese lugar.

-. ¿Visitamos las bodegas de abajo?.

-. ¡Venga!.

Con dos que lo dijeron, de cinco que habíamos allí, bastó para ir a dichas bodegas, no sin antes llamar por teléfono para que nos estuviesen esperando.

No me hizo falta comer aquel día, ni mucho menos merendar; ya que mi estómago no admitía mucho más, ni podía moler aquello que le había colocado para que trabajase a fondo, pues me tuve que tomar un efervescente para hacer la digestión.

Parecían que fardaban por tener con ellos a un extranjero y haberlos pagado una buena comida; así, que decían.

-. ¡¡¡El Mister!!!.

Haciendo señas como de que era alguien grande o de que tenía mucho dinero; y en realidad, sí tenía algo de dinero, pues a parte de lo que pasé en la aduana, lo que cambié, me habían prestado unos amigos en Madrid, para que no me privase de nada.

Aquella noche decidí quedarme en una fonda de ése pueblo ya cansado de todo el ajeteo del día; desde luego sí que descansé bien, pues no me enteré de nada hasta bien entrada la mañana.

Consulté en un mapa, que me dieron en la pensión y vi algo así como Calzada, pero que tenía que pasar por dos calzadas.

Me recordaba algo así, como a mi ciudad natal, allá en Suecia; en la que tiene dos calzadas de unas ruinas, de hace ya muchos años, siglos a la que los dirigentes de allí la han hecho Monumento Nacional y que por aquello de que mira a la puesta y entrada del Sol, de los seis meses, los nativos de allá, lo llaman: “Sol naciente”. Están construidas con una especie de piedras de silicatos, traídas de un terreno no muy lejano.

Pero bueno, ahora lo que nos preocupa más es el tratado que en un tiempo me sucedió en tierras manchegas, que por haberseme pedido que lo cuente, lo hago en nombre de un buen amigo mío; el cual ha puesto toda su voluntad para que salga a la luz este pequeño ensayo en toda su regla, dándole totalmente las gracias.

Bueno; pues ustedes se imaginarán por donde iba mi derrotero esta vez, para las Calzadas de Calatrava, primero el Moral, que si no había de casas nobles y de Iglesias un centenar era que sobrepasaba dicha cifra, sobretodo llegando a Almagro. Logré visitar alguna Iglesia, que por su contextura, era gótica, entroncado a barroco y otras Románicas, con terminaciones góticas.

Lo que no llego a comprender por qué de un tinte barroco, cuando los Calatravos, orden mercenaria, fue siglos antes. Son cosas que no llego a comprender en las Calzadas de Calatras, pues como digo; en estos dos pueblos se encuentra cosa divina, si busca uno un poco; todavía existe restringió de aquella época muy acentuada.

Pasé casi media mañana visitando pueblos, para a la caída de la tarde tomar el camino de Ciudad Real. Creo que iba bien dirigido, pues vi el letrero y llegué a Granátula de Calatrava, en un santiamén, pueblo que ya había pasado por la mañana, al llegar a Calzada, volví sobre mis pasos y comprendí que había que seguir hacia adelante y así lo hice, llegando otra vez a Almagro: De momento me indicaron su parador y allí fui a tomar posesión de una de sus habitaciones.

Después de lavarme bien, salí por sus calles a visitar sus casas y sus lugares de reunión y desde luego tomé un pisolabis en uno de sus bares, quedándome leyendo el periódico por lo menos un

par de horas: Fueron deliciosas, pues descansé de tanto ajetreo como había tenido aquellos días pasados.

Salí a la plaza donde estaba el bar y me indicaron lo primero que debía visitar: El Corral de comedias.

Era un corral viejo, encofrado de tablas y a la usanza antigua: Allí se representaban las comedias, en aquellos días, de Cervantes; en el vi, “Los extremeño se tocan”, por lo menos eso creí leer yo, pues mi fuerte como sueco en la literatura española no es muy bueno.

Pasé un rato de delicias en aquel cuadrado metido, pues vi reír a las gentes y con ellas yo también me reía.

La comida la hice en el Parador de Almagro, pues es un bonito Parador: Han rehabilitado un Palacio antiguo, haciendo las primicias a todo ser humano que se presenta allí. La siesta la pasé en dicho parador.

Decidí salir por la tarde rumbo a lo desconocido, pues ya lo debía llamar así, y volví a pasar por Granatula y Calzada, pero que al llegar aquí, decidí coger una carretera contraria a la que había tomado el día anterior.

La pista, por donde discurría mi bólido, era estrecha; sería una carretera local, pero tenía sus restas más que menos.

Llegué a un castillo, en el que el paso por el monte era permitido por los coches. Allí se encontraba una calzada empedrada y parecía más bien de tiros de caballos que de coches: Sus cuestas empinadas y repentinas, hacían difícil la subida, sobretodo a los coches; tuve que poner en un trecho la primera.

Como todos los castillos de templarios, las caballerías y la sala de guardia, se mostraba a lo primero, con los techos bajos y muros gruesos.

Subí a las almenas, divisando todo aquel valle, hasta donde tapa la vista las Sierras y a lo lejos divisé una fortaleza; se notaba que aquel paso era primordial par ellos, ya que estaba bien

resguardada las calzadas. El castillo era pequeño, pero bien sólido, para resistir cualquier ataque del enemigo en aquella época.

Si la subida fue penosa, la bajada no fue menos; pues tenía que echar el freno, más de una vez, para no bajar precipitadamente aquellas cuestas tan repentinas.

Llegué bien pronto a un pueblo llamado San Carlos del Valle, “El Pardillo”; en el que compré un pan riquísimo, ya que me enteré que hacían muy buena dicha masa; aquella mañana me bañé en la piscina que hay en dicho lugar y hasta comí allí mismo, una buena tortilla y una chuleta, para más tarde seguir mi camino rumbo a lo desconocido.

Vi que había un coto en una Sierra, en lo que parecía que no hubiese nada de caza; pero cuando estaba aquello allí por algo sería.

Se me vinieron de repente unas curvas, unas de tras de otras y bendita visión: ¿Era yo Don Quijote, era yo caballero andante, era mi Espíritu furtivo, era visión de algo o no era más que espejismos?.

No movían las aspas, no hacían más que echar humos unas grandes chimeneas, que frente de mí se presentaban. Unos bidones enormes, llenos de algún otro líquido, con bombonas, que parecían decir: ¡Bienvenido!.

No sabía si era yo el mismo, o si estaba en otra galaxia . . . ¿Qué me estaba pasando? . . . No lo sabía; pero algo dentro de mí se estaba transformando.

Mientras más avanzaba por aquellos contornos y aquellas contexturas metálicas, más me creía otro; mi existencia se transformaba en algo etéreo, como que subía mi Alma hacia las alturas . . . ¿Pero dónde estaban los brazos? . . . Tal vez los tendrían escondidos para ocultar la piedra.

Mi Espíritu se fue haciendo guerrero y combativo; todo en mí era una lucha constante, conmigo mismo, pues no había otra persona allí que la mía, hasta tal punto en un trayecto del camino, donde se guarda el líquido, otro éxtasis, pues el líquido oro se guarda en barriles enormes, sin otro impedimento. Paré y me tuve que bajar del coche para desafiar a todo aquel contorno de hierros; ya que creí me retaban retando a mí.

Tuve que desistir, ya que la quietud de aquellos artefactos no me dieron más impulso para seguir velando mis armas. Recogí mi yelmo, pues se me había caído el sombrero y proseguí camino adelante hasta llegar a Puertollano, en donde hice un alto en el camino, pernoctando en uno de sus buenos hoteles.

Visité por la noche la inmensidad de club, que existen en aquella ciudad y me pareció que me quedaba allí, para dos o tres días, pues por la mañana temprano fui a ver entrenar al equipo de fútbol, que es equipo que tenía que estar en primera división, por la cantidad de aficionados que existen allí: Su juego, era estupendo.

Bueno, por la tarde me dirigí a Almodóvar del Campo, para visitar el Museo Palmero y la Iglesia del Santo; las dos cosas me gustaron mucho, pues pueblo que haga de su historia, historia, merece una admiración.

Otra vez, pasé la noche en aquella bella ciudad, Puertollano, pues mientras más escudriñaba, más cosas nuevas sacaba de él.

Sus gentes eran alegres y fiesteras, pues por las noches y, hasta muy entrada la madrugada, ocupaban los veladores del paseo, de tal manera que no quedaba un sitio libre en ellos.

Me levanté tarde y fui a visitar a mi amigo, para ultimar el preparativo del ensayo. Vi que era hombre conocedor de la literatura y de gran saber; me admiró con sus explicaciones y en general él fue el que hizo el ensayo del ensayo, en un abril y cerrar de ojos. Me dijo mi amigo, que tenía que escribirse llana y correctamente, que de un hecho real se tenía que contar humanamente y sencillamente, sin retruécanos de ninguna forma y en total tenía razón, pues eso es lo que yo quiero conseguir; no extenderme mucho en mis explicaciones y narrarlas todo lo sencillamente que pueda.

Por la tarde fui a Argamsilla de Calatrava, para tomarme en sus infinidad de bares unos aperitivos, que son muchos y abundantes; en general, creí que no salía de aquella comarca, pues volví a pernoctar en Puertollano y por la mañana temprano, me fui a visitar Hinojosas de Calatrava, los pueblos de la Sierra, que aunque pequeñitos me gustaron mucho.

Me bañé en la piscina que hay en Brazatortas y Cabezarrubias del Puerto, merendando allí también, cerca de la piscina en un velador unas chuletas y una buena tortilla.

A una hora temprana de la tarde, volví a Brazatortas y por aquello de que igual vale un día que otro, en arreglar el coche; me dirigí a Fuencaliente, ciudad encantada, entre Sierras y descolgada de las nubes, como aterciopelados pétalos de flores hermosas.

Tenía su Iglesia y con ella su plaza, allí se veía la cúpula de la Sierra con una cruz preciosa y también se veía las calles empinadas y con graderías. Una maravilla de ciudad; me indicaron la piscina y allí que me fui, más como se me hizo tarde decidí pernoctar en aquella villa que tan bonita se me hacía.

-. Me puede poner cena, además de cama.

-. Con mucho gusto. Aquí vienen las gentes a veranear y estamos preparados.

-. Es buen lugar de Sierra y de agua.

-. De eso se trata; de agua, pues los baños de agua de Fuencaliente, tienen fama.

-. Me alegra saberlo: Mañana iré a conocerlos.

En efecto, cuando despuntaba el Alba, busqué con ansiedad dichos baños y los hallé como las termas antiguas, de aguas calientes y residuales en minerales, que tanto bien hacen para algunas enfermedades.

Volví a la fonda y decidí comer allí mismo, pues era hora de que no saliese a la carretera, ya que hacía calor, estando mejor en la habitación de mi cuarto, que en la misma carretera.

-. ¿No ha subido, usted, a la cima de la Sierra?.

-. ¿Dónde está la cruz?.

-. Sí, allá.

-. Pues no.

-. Hágalo, se ve un paisaje preciosos.

Me picó la fantasía y por la arde, en vez de echarme a siestas, subí por la parte horizontal, que da al pueblo; pues me indicaron que sería la mejor subida.

Era una vista precisa, de Sierra y valles, sin fin de expansión: Allí había una cruz indicando misericordia por todos los pecadores y por todos los justos en la tierra, allí se unían Alma y Espíritu de todos los Espíritus de todas la épocas, para cantar algo divino como es el canto angelical de los Cielos, allí se unían el bien y el mal, allí existía, bajo aquella presión, fuerzas buenas y fuerzas malas; todos los cantos eran para redimir a unos y para glorificar a otros.

Mi éxtasis duró un par de horas, cuando el crepúsculo matutino, dejaba sentir sus huellas, cuando se confundían las sombras con las formas.

Me tuve que quedar aquella noche en la fonda de Fuencaliente, que tan acogedoramente me había recibido.

-. ¿Qué: Le ha gustado el pueblo?.

-. Mucho; pero le falta una cosa.

-. ¿Cuál?. ¡Señor!.

-. Un tablao flamenco.

-. El pueblo, es de recogimiento.

-. Pero por la noche el turista quiere algo nuevo, no solamente fonda.

No sé si me confundiría, pero lo cierto es que mi cuerpo me pedía alegría en aquellas latitudes; una alegría en abierta simpatía con aquellas gentes. Una vez que me levanté decidí seguir mi camino volviendo otra vez a Brazatortas.

-. Mister. ¿Otra vez aquí?.

¿Qué camino cogería? . . . Allí ponía a Puertollano y a Veredas. No conocía esa región como no fuese por el gran libro del Quijote, en el que fue paso obligado de aquel caballero andante. Vi el Valle de Alcudia, que es como se le llama en general, fue escenario de episodios en el libro antes nombrado, por sus ventas y por sus veladas de Armas.

Por Almodóvar fui a Tirteafuera, villa quijotesca y enquijotada; sus calles cortas y estrechas, allí tomé un café poniéndome hablar con sus habitantes.

-. ¿Qué se da aquí, en este pueblo de riquezas?.

- . Es un pueblo agrícola y ganadero; se da poco cosa.
- . ¿Pero ustedes viven bien aquí, verdad?.
- . Vamos tirando, unos más que otros; hay quien se queja y hay quien no se puede quejar.
- . El que trabaja sale y el que no, a la cuneta.
- . Exactamente.
- . ¿Qué villa puedo visitar, que tenga tanta alcurnia caballeresca?.
- . Puede ir a Cabezarados y a Navacerrada.
- . Quiero ir al Valle de Alcudia.
- . De Navacerrada, coja para Montañosa y se incrustará en el mismo valle.

Pasé el Río Tirteafuera y al llegar a las minas de San Quintín, hice un alto en el camino, pues aún siendo verano, corría el arroyo del lavadero de minerales, lo poco que había ya, para divisar aquella montaña de escombros sacada a flor de tierra por los hombres a base de esfuerzos; era maravilloso todo esto, saber que desde hace muchos años se han venido metiendo aquí los hombres y sacando de sus entrañas sus minerales y verlo ahora tan parado y sin gentes a penas es lastimoso.

Di con Cabezarado en un segundo; pueblo de muy pocas calles, pues es muy pequeño. Paré en la carretera que va a Abenojar y tomé en uno de sus bares, un pisolabis.

- . Mister, ¿Va a Abenojar?.
- . Sí.
- . ¿Me puede llevar?.
- . Vale. ¿Pero qué lleva ahí, hombre de Dios?.
- . Es aceite, pero lo llevo bien cerrado y aquí llevo pintura.
- . ¡Cuándo yo digo, que usted me va a pintar el coche entero!.
- . No se preocupe, que no pasará nada.

Llegamos a Abenojar y en un bar de la carretera, soltó la pintura, pero no así el aceite.

- . Pues yo soy de cerca del regadío de Badajoz.
- . ¿Y cómo se ha venido tan lejos, usted, a poner este negocio?.

- . Puse aquí el hato . . .

- . ¿El qué?.

- . El hato, este negocio, como otros tantos de por allí. En la guerra huimos muchos para estas latitudes y aquí nos quedamos bastantes.

- . Bueno: ¿Y este señor, que se me ha arrimado, no tiene cara de marcharse?.

- . Es que quiere ir con usted a Caracollera.

- . ¿Es mi ruta, verdad?.

- . Sí señor.

Volví a montar a mi buen hombre en el coche y a marchar otra vez más, por aquellas carreteras y después de visitar Navacerrada, volví hacia atrás, según me indicó aquel individuo y dimos vista a Fontanosa, después de muchos recodos y estrechos en la carretera; hasta tal punto que si llega a venir una moto ninguno de los dos hubiésemos podido pasar.

Había un camino y unos cántaros de leche y decidí tomarlo por indicación de mi buen hombre, mi escudero, llegando a una venta en la que se podía cortar la leche con un cuchillo; era buenísima.

- . ¿Estará cocinada, verdad?.

- . Sí señor, aquí la cocemos todos los días.

- . Bueno: ¿Y usted se quedará aquí?.

- . No, voy cerca de Caracollera.

- . ¡Otra vez para atrás!.

Tuve que llevarle con el otro cántaro de aceite a dicha villa: No sé que sería, pero pasé por una villa, que no sé si era la de mi escudero, pues las casas estaban edificadas sobre lanchas, no ya así sobre piedras, si no sobre lanchas en su totalidad, quedándome enteramente absorto por tal cosa. Pregunté si se calaba la casa y me indicaron que eran más contundentes que las otras, pues resumía la lancha y además de dar frescura, daba calor, en sus diferentes etapas de estíos e inviernos.

- . Mister, éntrese por esta carretera, que es donde yo voy.

- . Por un par de horas más, no me importa, le llevaré.

Era una venta muy apañada, donde fuimos a parar, pues tenía sus buenas cosas; su pajar, su granja con vacas y gallinas, sus cerdos y parecía una hacienda bastante en auge.

-. Pase, Mister, que tendrá hambre.

-. Y de la buena.

Fue una cena copiosa y bastante buena, hasta el punto que me quedé adormecido.

-. Mister, tiene su cama preparada.

-. ¡Hombre!, cosa buena lo que oigo.

Nada más que caí en la cama me quedé dormido y sin pensar en nada, hasta que unos ruidos, un poco atenuados, me despertaron de improviso. Miré para los lados de la alcoba y no distinguí nada, así que decidí volver a dormirme; pero cuando estaba ya otra vez adormecido, volví a oír los ruidos de nuevo y esto no era cosa de que fuese de casualidad, por lo tanto me levanté y miré por la ventana no viendo absolutamente nada, Cuando tenía ya un pie en la cama, para acostarme, al otro lado de la cama en una silla; vi a una joven sentada: No supe ni lo que decir, ya que sostenía en sus manos un libro, pues por sus pastas parecía muy antiguo.

-. Mister . . . ¿Es usted extranjero . . . Verdad?.

-. Sí, niña. ¿Y tú que sabes?.

-. De eso se trata, He leído muchas veces este libro y comprendo parte, pero otra parte no la comprendo.

Tomé el libro a la atenuada luz de la luna y vi que se trataba de geografía, pero además de mostrar sus naciones y sus regiones, perfectamente detalladas; explicaba lo que se daba en ellas, así como los habitantes que tenía la nación y las principales ciudades.

Comprendí por qué la chica no entendía algunas cosas y es que era tan diferentes cada hoja, las unas a las otras, que no lograba yo ponerlo en pie a duras penas.

-. ¿Qué es, lo que no entiendes de aquí?.

-. ¿Por qué somos tan diferentes en el Mundo, de una Nación a la otra?.

Era una pregunta difícil, pues no tenía que herir sus sentimientos, ni sacarla de su inocencia.

- . Bueno; por que tiene sus costumbres y su folklore diferente, desde hace siglos.
- . ¿Y eso por qué ha sido?.
- . Porque al formarse esas naciones, a lo primero, no había mucha comunicación y ellas se unían formando un todo homogéneo, como queriendo que las demás naciones no les quiten lo que ellas comprendían que era suyo.
- . ¿España, también?.
- . Sí. España también y con ella la Mancha. Tiene sus reglas, perfectamente ordenadas.
- . ¿Si hubiese habido, las comunicaciones que hoy: Qué hubiese pasado?.
- . Totalmente diferente. Tal vez seríamos una gran Nación todo el Mundo.
- . Hermanada: ¿Verdad?.
- . Totalmente.
- . Ahora comprendo.
- . ¿El qué?.
- . Que todas las personas somos hermanas; pero no es que estemos separadas por el idioma, ni las costumbres; es que nos han criado así.
- . Perfectamente.
- . ¿Y hay que defender esto?.
- . Sí, con todas tus fuerzas, pues es lo que diferencia un pueblo de otro.
- . Y hace al Mundo más maravilloso: Verdad?.
- . ¡Claro!, niña.

Se fue comprendiendo algo que hasta ahora ni yo mismo había entendido bien; pero esta chiquilla logró abrirme los ojos y la inteligencia, de tal manera, que yo mismo supe el, ¿Por qué?, de muchas cosas.

En el Mundo hay misterios que ni leyendo libros se pueden comprender y en un rato hablando con una criatura inocente lo comprendes de momento y sin trabas en el hilo: Se trata a la vez de otro misterio, o de un enigma inexplicable.

Visité la Viñuela, Alamillo, Almadenejos; volviendo para atrás, después de visitar las famosas minas de mercurio de Almadén, cosa que me gustaron mucho, su forma y su contenido.

El coche iba funcionando, pero se le oía un ruido raro y la dichosa Capital sin aparecer. Ya tenía que aparecer, pues de un cuento de Hadas se trataba y como no hiciese ella sola su aparición, no se quién iba a dar con dicha Ciudad.

Llegué esta vez a Saceruela y de allí me fui al puerto Retama, para pasar por Luciana y darme en el Río Guadiana un buen baño y bien avanzada la tarde di con Piedrabuena, donde tomé fonda y salí a ver dicha villa, para conocer un poco a sus gentes y a sus calles.

Por la mañana temprano llegué a Puente Alarcos, donde había un letrero que ponía a Ciudad Real; por el camino que me indicaba me dirigí y en efecto, llegué a dicha Ciudad en un santiamén.

Se me arregló el coche y ya con el bien apañadito, me fui a visitar la ciudad: Lo primero que hice fue ir al Hotel, donde me hospedaba, cerca de Plaza del Pilar, donde está la famosa estatua de Don Quijote de la Mancha y sus famosos cafés, donde se puede uno sentar en una terraza a degustar un buen helado; seguí a pié por la calle Posta hasta llegar a la catedral, en donde se decía Misa, ayudado por un grupo de Sacerdote cantores, haciendo primicias a las épocas mejores del feudalismo y a los trinitarios: Orden caballeresca de los Calatravos, según he entendido yo.

Visité la plaza del Ayuntamiento, con su edificio nuevo y muy bonito, para volver otra vez a la plaza del Pilar y de allí con mi coche tomé la carretera de vuelta hacia no se adonde, pero que llegué a Campo de Criptana, en donde tuve que bajarme del coche e ir a visitar sus famosos “Molinos de vientos”, que tanta literatura han dado en todas las letras de muchas naciones.

Comprendí que en vez de dirigirme hacia el Sur, iba más bien para el Norte y decidí, dar media vuelta, para llegar, de trecho en trecho, otra vez a Valdepeña, después que pasé Manzanares: Estuve dando vueltas, para ver si daba con mis buenos amigos y al fin de un rato vi al de la boina, desde lejos; le llamé un poco fuerte la atención.

-. ¡EH!, señor.

-. ¡Ola!, Mister; otra vez por aquí.

- . Así es.
- . Nos saca de pena.
- . ¿Por qué?.
- . Íbamos a celebrar una fiesta con un par de corderos y nos cuesta el ojo de una cara.
- . Es usted claro; así me gusta: Pues yo le sacaré de pena. ¿Dónde está ese cordero?.
- . Primero veremos a la madre del cordero.
- . No, para qué quiero yo ver a la modorra.
- . No Mister, si no es eso. Veremos al que organiza la fiesta.
- . ¿El la organiza y yo la pago?.
- . Que quiere decir algo así: Yo invito y tú pagas.

Seguía siendo claro este labrador, pues no veía nada de malicia en él y parecía que nos conocíamos desde hace tiempo; ¡vamos!, que éramos ya parientes.

Fue una fiesta inolvidable, de las que hacen mella en la historia, de esas que se recuerdan toda la vida.

Por la mañana no pude continuar el camino, debido a la resaca de aquella noche, pues al decir verdad, me puse un poco alegre, sin perder la ecuanimidad del sentido y del tiempo.

No se como llegué a la fonda, pero lo cierto es que comí allí y pasé , inclusive, la siesta; esas horas atormentadoras de cansancio muscular y febril, y hasta volví a pernoctar en aquella fonda.

Continué mi camino lo buenamente que pude, pero bien despacio esta vez no llevaba prisa para nada; me importaba poco el tiempo y la velocidad.

Llegué a Santa Cruz de Mudela, donde me tomé un refrigerio en uno de sus bares-chilanes y pronto alcancé El Viso del Marqués y aquí sí hubo parada y fonda, ya que en Valdepeñas me aconsejaron ver su magnífico Palacio, del Marqués de Santa Cruz, en el que no faltaba ninguna clase de detalles; lo que más me llamó la atención fue su famosa biblioteca, que creo era de la Marina de Guerra, según entendí y su sala de maquetas de barcos antiguos. En fin, que al salir compré unos souvenir para recordar aquellas escenas.

Es maravilloso todo, pero seguí la calle abajo con el coche y paré justamente en la puerta de un bar, para tomarme un refrigerio, con un bocadillo.

- Mister, si quiere le enseño la provincia y de balde.
- Puede ser, que se la indique yo a usted, buen hombre.
- De verdad, se la enseño, por solamente la comida y el aposento.
- ¿Se siente cicerón?
- Es que lo soy.
- Siento desilusionarle; pero ya me la ha enseñado otro.
- ¿Quién?
- La providencia.

Sin saber adonde ir me dirigí a la carretera de Andalucía, para llegar en un momento a Ventas de Cárdenas, en donde hice un alto en el camino para ver el monumento que hay en la carretera al camionero y sus jardines colindantes; me tomé un refrigerio y miré hacia atrás como queriéndome despedir de la provincia entera.

Me bastó ver esta provincia a fondo para comprender como es la Mancha; no cómo es cada pueblo, pero sí en general: Sus hombres, son nobles y arriesgados, son hospitalarios y cuanto extienden la mano haciendo amistad lo hacen sinceramente.

Más tarde llegué a un mirador que se encuentra a unos trescientos metros de donde paré y allí arriba de la colina estuve mirando aquellas sierras y el paso del tren, que se ve discurrir por una hilera de peñas para más adelante adentrarse en el corazón de aquella sierra, por un túnel y como nada tenía que hacer allí y después de bajar a orinal en sus servicios, continué mi camino para hacer estancia aquella noche en Bailén.

Esta historia la he narrado en “La tacita de Plata”, en Cádiz, por medio de la buena pluma de sus compatriotas y mientras más días pasa sin ver , “vuestra tierra, ésa tierra”; grande y hermosa, en los confines del Universo, a la vez que virgen y productiva en cosechas y frutos, me atrae la ansiedad de verla.

Quiero hacer un canto a la tierra más bonita, que nunca he visto; la Mancha.

A ésa tierra y sus senderos,
a la infinidad de su gloria,
en grandeza y poderes,
a su perfecta memoria;
canto, como yo quiero
con el Alma; mi semblante,
de un hidalgo caballero.
Tierra de virgen y gracia,
en el subsuelo entero,
de cosechas y verduras,
con sus flores y mujeres:
Tierra, que tal frutos das,
hay que en ti admirarse,
para en sí ya quererte
en años enteros en la vida.

Tal vez sea su carácter de aquellas gentes, su tierra, tan productiva en cosechas en riquezas para sus habitantes.

En caso filosófico, observamos un movimiento social, no de decaimiento, de aquellas personas; sino más bien es un sentimiento amoroso de cuerpo, de su Alma, hacia sus prójimo en una fórmula filosófica bien entendida.

Esta fórmula está asistida por el quehacer cotidiano: Gentes trabajadoras y no de un solo trabajo.

Este trabajo duplicado hace que actúe sobre el subconsciente de tal forma, que al estar obligados

por el contorno que los rodea a obrar y a sentir de tal o de cual manera, hace de cada ser un tópicos de virtudes que aderezada a base de artesanía social parezca su SUM, un ser quijotesco y caballeresco a la vez.

QUIJOTESCO Y CABALLERESCO :

Si analizamos sobre los episodios acaecidos al Mister de este ensayo, vemos como en muchos de ellos hay una punta de hilo real, narrativa, pero que en cambio se rompe la forma pero no el fondo; es como un altisonante inflexible en la lingüística, que da al léxico un corto de encabalgamiento silábico. El acento no recae ya sobre la misma sílaba, quedando su contenido hueco de forma, pero que en el fondo, tiene una relación con lo que se comenta tan profundo, que en ningún momento la trama se desliga de los hechos.

Este Espíritu de aventura de disciplina a la vez, da una sensación de cansancio al lector, que no por ello deja de ser tan perfecto y elevado en forma como cualquier otra narrativa, conteniendo una descriptiva de lugar y sitios, tan maravillosos, que hagan de la farsita una verdadera comedia.

Aquí vemos dos formas bien definidas; la una es el Espíritu elevado pero a la vez repulsivo por lo que los rodea, otro es el Espíritu aventurero de aquellas gentes nobles y sinceras, pues no se entiende ser caballeresco sin nobleza a la vez.

Dos contrastes de misterios; la quijotesca y la caballerisca: Aquí decir o hablar de caballerisca no significa en nada las andanzas con lanzas y Rocinantes; es más bien la búsqueda del yo, el Espíritu comercial de esas gentes que van de un pueblo a otro buscando su manera de vida; ganar un algo para vivir un poco. Es hacer lo irreal, real; es buscar en lo imaginario para narrarlo como cosa simple y existente.

Se anda: ¿Pero cómo?; con fuerzas de comprensión y de hacer , con Espíritu de no saber a dónde ir, ni qué hacer. Ese es el Mundo hermanado en esas fuerzas que no se ven ni se tocan, pero que al ser designadas forman polos de atracción; unas veces carnales y otras, las más, sentimentales. Este sentimiento, unido a estas gentes, es el que las caracteriza y da vivacidad a su tierra, por ellas

mismas: A vuestra tierra. Son dos contradicciones opuestas, una de trabajo y la otra de relaciones con los demás.

El manchego es persona que le gusta ser gente no olvidadiza, por eso no olvida las cordialidades de antaño y venera a las mujeres, no las relega a un plano secundario, si no que las deja de hacer y le sienta bien que la mujer mande en casa y hasta que pegue voces de vez en cuando, imponiendo su voluntad; de aquí sacamos el meollo de la relación fraternal flexible, de la misma fuerza decaída de no tomar por igual a su cónyuge, le ve más desigual, como más débil, por eso le da fuerza de expansión y esta, su mujer, molestanda por esa galantería, le expande en casa su genio y coraje.

La sensibilidad, hecha naturaleza, se muestra en esta región más que en otras o a veces por igual, pero con un cariz de conciencia desigual hacia la mujer.

Como digo; la mujer es la sensibilidad hecha naturaleza, pero en grado superlativo; cuando en estos tiempos tiene que ser, en grado por igual: A la mujer se la ha llegado a poner en el puesto que la correspondía, no tantas reverencias ni inclinaciones, tratándolas por desigual, sino como a una más en fuerza creativa y de trabajo.

Aquí parece ser que la fuerza del trabajo ha avanzado por causa estatal, por la fuerza, pero lo que es creatividad; no se le mete al manchego en la cabeza, que la mujer puede ser por igual que el hombre: La mujer, piensa el, en casa y criando.

De todo esto se deduce, unas relaciones de dime y diete, no tan cordiales como serían por igual y compartiendo lo que la vida cotidiana trae en sí.

- . Me voy al fútbol.

- . Voy contigo.

- . ¿Cómo va a ir la mujer al fútbol! Tú, en casa.

Ya se empieza a decir que no a tu subconsciente, aunque creas que los tratos por igual, que estas líneas son más que material de relleno. ¿Dime cuantas mujeres aparecen en la trilogía del Mister?; una e indicándole el camino, mandando y nunca intentando llegar a la amistad, a las relaciones sanas del yo y del tú: No existe; algo se quema en el Alma, cuando falta eso.

Llegamos a un ser quijotesco, más bien venturoso en nuestra época, que busca el tiempo lejano y los hechos pasados; es una imagen retrospectiva en el espacio, al contrario que la ideología de la mujer, que avanza en su forma a paso agigantado: Este contraste, no entronca en sus gustos fraternales, quedando la mujer no rebajada a un segundo plano, pero sí suspendida en el aire, lo que le da un ambiente de revelarse contra el ser contingente, que es el hombre.

La obra presenta fraseología ambigua en su forma, pero no en el fondo: Manera difícil de conseguir en un tratado literario, como es este; pero que el autor no ha tenido dificultad de crear, supuesto que en ningún momento se hace alusión a la mujer, ni siquiera se acuerdan de ella, ningún protagonista en escena, de los presentados en la obra.

La ambigüedad se crea en el momento en que ya hay una escenografía de ambiente y de bienestar, que por otra parte no es posible sino existen los dos seres creados por la fuerza superior al hombre, llámese como quiera; la mujer y el hombre.

No hay gozo sin uno o sin otro y por supuesto no hay referencia a lo existente, a lo real, sin los dos: En la obra se busca un hecho ficticio, para que pueda ser real y abarcar todo el contenido del ente que nos rodea, que no por eso deja en sí de pasar; se convierte en realidad, en cuanto existe el protagonista, el Mister, sin esa realidad sería falsa, aunque acaeciesen los hechos.

La metáfora de la frase no está en el Mister si no en los labriegos que le ayudan a forjar la trama: El Mister deja de hacer, deja correr la obra al parecer que con el no va nada.

De aquí sacamos lo dicho al principio, que el manchego es persona realizadora, emprendedora, pero que se cansa a la mitad de su obra y deja a la providencia el resto. Esto es consecuencia de una apatía conyugal; muestra dos caras, la una cuando se enfrenta a los amigos y la otra en su mismo hogar; de aquí saca pié para obrar con dos personalidades, sin que sea psicosis, raya en el desdoblamiento, pero no lo consigue al mostrarse terco, se rompe este desdoblamiento por la furia que muestra, pero al pasar la causa pasa el efecto de expresar en hacer algo.

No que esto sea malo; por que el Mundo está escaso de personas emprendedoras, pero que esta región sería doble de próspera sin terminasen sus problemas y no esperasen a depender de la misma tierra, diciendo; que es muy rica, pero que no se hace nada. ¡Hazlo tú primero!

El cónyuge se cansa de esto, se revela como digo y ya tenemos tres caracteres diferentes; el uno fiero y los otros dos a la deriva, sin saber qué hacer para emprender otro trabajo y con fuerzas y a seguir siendo quijotesco todo su carácter.

Se ve encontrados los cónyuges y no por eso termina en cataclismo, sino que la mujer intenta hacer en ese preciso momento de hombre, saliendo a la calle, al bar; fuma, bebe y en sus relaciones sociales es bastante valiente.

Consecuencia de todo esto es el quijotismo del hombre: “Hacedla como queréis” , y no como las estáis haciendo y después no os quejéis.

Vemos que de inmediato salta a la vista, que este quijotismo trae consecuencias a un Espíritu caballeresco, en cuanto toma carta activa la mujer en casa; ya hay que salir del pueblo y buscarse el medio de vida, como también dije antes, en los mercados ambulantes de los pueblos, tan socialmente en boga en alguna época, o en un mercado dentro de casa, que no deja de ser tan arriesgado como las salidas que se hiciesen a diferentes lugares de la Comarca.

Se crea, por contraste, un Espíritu andante representado en la obra: “Vuestra tierra: ¡Esa tierra!” , al tratar del porte de mercancías de una parte a otra; al cambio de productos de un sitio a otro. Es característico de todos los pueblos, pero que en esta región, se confunde con un trabajo bastante fuerte, y este mismo trabajo hace que en esto sea en sí aventura, desgracia, depresión y por supuesto, andanzas y no mercado, lo nunca visto, la andanza, para en sí vender más; no de recorrer muchos kilómetros, sino de buscar, inclusive en el mismo pueblo lo inesperado y si puede ser lo no real, para hacerlo hechos gratos y reales en la vida: Es el Espíritu caballeresco, que se trata ogaño, no que signifique el andar, si no el quehacer inquieto. Esta depresión en las personas crea un Espíritu furtivo, pero que da una comprensión de ánimo y una humanidad en la forma: No es un hecho decadente, sino; sencillo y humano a la vez, en el que se realiza a fondo y busca andanzas

nuevas en un medio inexistente, pero real a la vez, en cuanto ellos mismos buscan esa realidad al poner su voluntad en son de quietud, de guerra, de lucha por lo inexistente, para plasmarlo en la vida cotidiana y hacerlo su modo de realidad.

Entronca aquí, una vez más, el Espíritu caballeresco de nuestra época con el quijotesco de estas gentes, en cuanto y en tanto se da una doble realidad a la forma y al contenido, en cuanto se divide la realidad de los hechos con una fórmula simple de gramática, sin volver la oración a pasiva, siendo simple y transitoria; lo hacen unipersonales, para más tarde recaer la acción sobre el mismo sujeto que ejecuta esa misma acción del tiempo en sí mismo.

Esa forma reflexiva, es lo que da un solo concepto a la idea, es la que enlaza lo noble y lo divino, con lo humano: Quiere decirse, que hay un sólo ser en toda esta trama, desligada del ensayo, para más adelante volverlo a unir en un solo punto correlativo, que al estar en un mismo plano marchen paralelo, supuesto que de hecho se tocan, cortándose en un sólo plano.

Esta filosofía kantiana, de una correlación múltiple, da una sencilla idea, buscando el número irracional, su lugar de pertenencia y, haciéndolo real, tendiendo al infinito con los nuevos números restantes.

Vemos, paradójicamente, que se unen los sentimientos en sí, que se mezclan en un solo; se confunden un algo que tiene el Alma de ser andante en la vida, con otro poco de ser Quijano en el nombre, en sus hechos.

Sacando la raíz cuadrada al problema y elevándola a la enésima potencia, sale algo así; como el ser idóneo, místico, espiritual y sencillo, que busca afanosamente colmar el vaso de su vida, con el néctar celestial de la linfa pura y limpia de una jalea sublime, de un panel exquisito, lográndolo o no.

De aquí nace ese ser real, que se hablaba antes, que raya en lo imaginario y que está dentro de las posibilidades y de las variaciones, logrando llegar al canal encallejado de las permutaciones en la vida: No sabe para adonde ir, ni adónde está.

RELACIONES HUMANAS -:

Pertenece a un tercer grado de inocencia, al ser muy superficiales; por eso mismo hace que se abran estas gentes en toda su sencillez y grandeza: Recuérdese como hablaba el labriego al Mister de que ellos invitaban y el pagaba. No llegan nunca diciendo, te invito un café; si no que lo primero que dicen: ¿Te pagas un café?.

Tú realizas las escenas por ellos y ellos cómodamente se ponen a la sombra de tus hechos o de el qué harás.

Esta candidez es fruto, como digo, de su franqueza que parecen conocerte desde siempre.

-. Por allí, Mister.

Claro está que nadie se atreve a decir a un desconocido donde tiene que ir o lo que tiene que hacer, él bien lo sabe ya; pero aquí parece ser que es todo lo contrario: Recuerdan ustedes como aquella vieja, se atrevió a indicarle el camino a nuestro protagonista principal y no solamente eso, si no que le desvió de su ruta sin importarla gran cosa.

Aquí lo superficial, está en relación primordial con lo real, importa poco que se haga tal o cual cosa, si todo conduce a un lugar sea el que sea, real o imaginario: Lo mismo te estrellas, como sales el triunfador número uno de este safari en el que te has adentrado en esta selva de aventuras.

¡Amistad!: Pues no sé hasta qué punto es profunda; más bien diría yo que es totalmente superficial. Nadie se arriesga a crear una amistad firme, ni con el compañero de trabajo, ni con la misma familia. Hay una interdependencia de un cónyuge a otro, se escuchan, mirándose de reojo en público y hablan de sí mismos como si fuesen conocidos, no se piden permiso para nada, si no que yo hago esto y tú lo otro, sino me molestas; pero si lo haces, deseo que entonces molestes al vecino, puedes desde luego hacerlo, pero ya sabes, perjudicando al vecino.

No es que sea una forma picaresca, pues la mujer del prójimo al molestar a su marido venga a realizar su acción en nuestro propio hábitat; que nosotros nos creamos tocados en la susceptibilidad y creamos una cosa por otra: Esto se da con mucha frecuencia en esta región. ¡Las manchegas! . . . ?

. . . Pues no.

Las manchegas, son mujeres tan fieles a sus hombres tan sanas como las demás, que aun la más loca de todas, se dejaría cortar un seno, antes que faltar a la promesa matrimonial, que hizo delante del altar; o ahora, que está muy en boga casarse solo por el Juzgado, la promesa esa, que esa unión lleva consigo, la vale también.

Parece que te dan algo, pero no es verdad; lo cierto es que las relaciones de hombre y mujer, que ya están casados unos con otros, se confunden en lo material. Se animan al hablarte y hasta te tratan como de casa: No se debe tomar mal, es el carácter entrañable de ellos.

Toda esta contextura de ideas y de forma parece que decae en la manera de ser, que no está sublimados los hechos y es todo lo contrario; arranca ya de un fondo primordial, en cuanto te dan confianzas y es tan noble que se sale fuera de los cauces sociales de la vida, al no demostrarte miedo tu interlocutor sexual, en conjunto es un compendio de virtudes lo que en sí tienen todas las gentes de ésta Religión.

La sencillez y lo humano se juntan en una sola y forman un galardón importante en la escena cotidiana de estas gentes; prueba la tenemos en la obra al tratar de los labriegos de Malagón, cómo con su sencillez vendían sus productos sin saber que posiblemente no llevaría dinero para todos ellos: Por eso mismo, esa sencillez se convierte de vez en cuando en candidez; pero no en el mero sentido de la palabra, es una candidez organizada y creada por el ambiente en que viven. Son así y nada más; y de verdad lo que se quiere es que no cambien.

Hemos hablado mucho del medio ambiente y en realidad hemos quedado para tratar del que hay ahora. Pues sí; es un medio ambiente un poco fuerte, yo diría que serio: Está arrancado de la nobleza manchega y sobrio como sus casas y sus muebles castellanos. Viven; excepto algunos pueblos, los menos, en casonas grandes antiguas aisladas del resto de las demás: Esta interdependencia hace que el carácter de estas gentes se afiance solamente en lo suyo sin querer saber nada de los demás; por eso lo suyo es lo mejor del Mundo, porque lo tienen en casa y es funcional para ellos. No se le puede decir a nadie, esto es bueno lo tengo yo; supuesto que como el lo tenga, también, y le sirva para algo en casa, lo mejor será lo suyo y no lo cambia por nada.

La vida es placentera y central, por aquello de que se vive en grandes comunas y se han creado los vecinos; que son mucho más que los parientes, pues si caes malo vas antes a la casa del vecino que a la de tu hermano, si está lejos.

Estas relaciones con los vecinos, hace que no admitas a nadie más en el ser de esa comunidad y por supuesto la convivencia se cierra.

Esto es cosa noble y elevada a la vez, en cuanto que miramos al medio ambiente, ya que se crea una sociedad más sana y más noble consigo mismo, pero que peca en cuanto que de una comuna a otra se conocen lo que acaece en la vida por noticias unas veces falsas y otras seccionadas; no queriendo saber nada más de ellos aunque los tengas muy cerca, tan próximos que diga el barrio tal o la calle cual.

Vemos como cada bario celebra sus fiestas e inclusive cada calle y como se pican los unos con los otros, como abren las puertas de esos barrios las gentes; los engalanan para que vean los demás sus buenas dependencias.

Esto es un caso curioso de querer ir hacia adelante, de no conformarse con lo que se tiene, como decía el Mister en la obra, que el glamour de aquel pueblo se sabía que estaba en segundas manos; pero lo cierto es que está en el lugar que por ahora le ha tocado estar, más adelante ya veremos.

Una cosa es conformarse con lo que se tiene, con la suerte, y luego luchar con fuerzas y otra es lo que hacen estas gentes, que luchan sin dirección; porque no admiten en el lugar que les ha tocado en este juego, vivir.

En un impulso desenfrenado, el que hacen estas gentes, ante la lucha por la vida, pues sin ir más lejos el buen cicerón del Mister, el que portaba el aceite, era nada más y menos que rico: ¿Le haría falta trabajar en algo, a este buen hombre?. Pues la vida no la entienden como no sea así. Si en una de las pensiones en que durmió el Mister, el jefe, era Maestro nacional y desde que amanecía hasta que se ponía el Sol trabajaban sus hijos y su mujer con el como leones.

Para el resto del Mundo es una manera falsa de entender la vida; pero para ellos, para las gentes de ésta Región, es la única manera de sobrellevar la vida, no la entienden de otra manera: Es como el herrero, no sale de su trabajo porque lo único que sabe según el es dar golpes en el yunque.

No predomina nadie dominando uno a otro, dado que el mismo ambiente en que viven, socialmente, no los dejan ya que esa misma sociedad se opondría a esa dominación, debido al carácter sincero que en otras ocasiones nos hemos referido: Es paradójico comentar, que mientras más sencillas las gentes de una Región, por encumbrados y ricos que sean, son más nobles unos con otros y aquí pasa eso, que rayan hasta lo grotesco, llegan cerca de lo ridículo; pero bendita ilusión, piensa uno, si todas las personas fuesen así.

En un ambiente, en el que la narración se hunde, se ahoga, no hay forma social de expresión, de expresarse, dado su variedad de formas; aunque a simple vista parezca sencilla, de labradores y ganaderos con un ambiente fresco y sincero.

Tiene muchas contradicciones en el fondo de sí misma, hay pueblos muy cercanos que si se uniesen las calles se vería una desigualdad en sus costumbres rotundamente: Observamos lo que le pasa al Mister en Manzanares, que se atraca de comer y luego en Valdepeñas, que bebe como un cosaco y tiene diversiones como no hay igual.

Son dos contraindicaciones en el ambiente y en una misma Región muy cercana la una de la otra.

Se rompe esa monotonía que existe en los pueblos de labranzas, para chocar con un misticismo de formas desmesuradas; vemos en los caminos arriba indicados como eran voluminoso y desorbitados.

Se hace todo a lo grande: si se bebe no se para en un cuarto de litro sea de la bebida que sea y máxime si es bebida veraniega, si no que se tiene que llegar a un par de litros en la fracción menos de tiempo posible; parece que alguien los espera, que la vida se termina, es ese nerviosismo clásico de un ambiente cargado, no de tensión pero sí de quietud por hacer algo, por poco que sea, enseguida si puede ser hecho.

¿Esto es una virtud o es un vicio?. Supuesto que fuese un vicio, sería entonces una decadencia cómoda de la vida y todo altibajo en los hechos cotidianos, no puede ser vicio real o por lo menos vicio en sí. El vicio se caracteriza por un hecho perfecto en su hábito, por su repetición cotidiana y no una reminiscencia en los hechos: Buscamos más bien hacia las Virtudes Cardinales y allí parece ser que la encontramos en la misma Esperanza; esa quietud que se hablaba antes, es una forma de creación, de hacer, ya que lo que se estudia con la mente sale en forma de hechos al siguiente día y en cuanto nos levantamos, pues enseguida queremos formar la realidad, aquella ilusión tan firmemente esperada por todos nosotros, es un ambiente sobrecargado en quehaceres y en pasiones de obras, de realizar algo que perdure en el tiempo, que se conserve en el ente, para *sécula seculorum*.

En una palabra; decir manchego, es decir patria, porque al pronunciar esa palabra se forma un conjunto de masa bien diferenciado del resto de los demás regiones y con la misma ideología, con el mismo sistema, no solamente en sus mentes, si no en sus corazones y algunos en hechos; forman una Mancha unida y grande: Este mismo querer, hace en sí Nación.

Recordándome a Tagore, cuando hablaba de las nacionalidades, ya en el segundo periodo de aquel hermoso y gran pueblo, del que trata su obra; se ve que formaban al principio en un pueblo, el Kam, el más viejo, englobaba en sí bajo su dominio al pueblo y más tarde unía varios pueblos en sí, hasta una misma región a la vez; se caracterizaban aquellas gentes por pensar de una misma manera, eso hacía que de repente formase una Nación, contrario a aquellos pueblos en que el pensar de cada individuo es diferente, cada uno tiene su modo de vida y su hábitat; entonces no llega al rango de Nación, es un País.

Esta forma de Nación arranca de la primera parte de la obra, del autor antes mencionado; cuando ese pueblo se encerraba en murallas, cuando cada villa tenía sus costumbres: Veo en ello a los castillos medievales, recuerdo el de Calzada, visitado por nuestro Mister.

LA MACHA: Vemos pues que es Nación y con una identidad bien definida en la forma y en el tiempo: Hemos estudiado su fondo y es perfecto; una potencia económica y está al tope, un buen

despegue sería lo ideal en esta ocasión, busquemos el piloto que sepa llevarla, por así decir, la nave a su lugar debido y tendremos una completa Nación.

El dilema es ser o no ser, ya que la vida es sueño y como dijo Calderón: “los sueños, sueños son”.

Esta contrariedad, este revulsivo, hagámoslo patente en una realidad que no nos durmamos de lleno en: Ya lo hará otro. Hagámoslo nosotros, y hagámoslo a la forma y manera de la Mancha, con actos nobles y puros, para que salga bien.

Unos golpes secos, pero contundentes, seguidos de la llamada de un timbre, dejó despertar mi ilusión por las letras, ya que me encontraba escribiendo para fijarme más en quién sería el que llamaba.

- . Abre tú que yo no puedo.

- . Sí, yo voy.

No le di tregua ni lance, para proseguir su pregunta, ya había contestado yo a la mitad de la frase.

- .Tengo el gusto de presentarme a usted a la vez que pedirle un momento de su trabajo. Si es tan amable de dejarme pasar, se lo agradeceré en el Alma. Yo soy . . .

- . Sí, ya lo sé Maestro.

Otra vez corté al maestro, debido a los nervios que me produjo aquella visita inesperada, pero a la vez llena de fe e ilusión, por tener tal cerebro de la Universidad de Madrid, en mi misma casa, Le conocí en el acto y por modestia me callo.

- . Está muy bien comunicado con Madrid, éste pueblo.

- . Salen a horas diferentes, muchos trenes, Ómnibus, Expreso y sobretodo el Ter de aquí a Madrid y viceversa.

- . Sí, yo he llegado en el Ter.

- . Pero por favor, siéntese, Aquí en este sillón.

Yo arrimé el otro sillón hacia la mesita de estar, que había en el medio y vi como sacaba su tabaquera, dejándola en la mesa, para más tarde sacar la pipa dando con ella unos golpes en la mano.

- . ¿Tiene cenicero?.

- Sí, aquí lo tengo. ¡Tome!

No salía de mi asombro y me había descuidado una vez más al no arrimarle el cenicero.

- ¿Quiere tomar algo?

- ¿Cómo dice?

- Perdón; digo que si le apetece alguna cosa, comida o bebida.

- ¿Qué tiene de beber?

- Vodkar, Ginebra, Whisky, Coñac, Anís, vinos, champán . . . ? . . .

- ¿De qué clase es el Whisky?. Bueno es igual, es una pregunta capciosa.

De inmediato le serví una copa de whisky a secas, no quiso rebajarla con nada; como le había echado poco, tomó la botella y se sirvió más.

- No es usted manchego: ¿Verdad?

No señor, no soy manchego; pero como si lo fuese.

- Ya sé, ya sé que vive en ésta región desde hace bastantes años.

- ¿y eso?

- Se nota bien pronto. ¿Ha entrado usted en casa de algunos de ellos?

- Pocas veces, señor.

- De eso vengo a tratar, Se me ha dicho que está usted haciendo un Ensayo sobre la Mancha, pero que ha escogido usted la tarea más ardua y difícil que hay; tratar dicha obra, sobre el concepto clásico, uniendo el moderno a unas formas sociales de relaciones humanas, pero bajo el punto del trabajo: Trata usted sobre la fatiga en dicho trabajo; al igual que Elton Mayo, pero enfocando esta fatiga a un término relativo de existencia o no existencia, sobre lo real y lo imaginario, pero que da un giro a la cuestión, ya que de ahí nace el espíritu caballeresco, moderno y el espíritu quijotesco, y usted lo ha tratado antes de tener el concepto de trabajo en las manos, en su pluma.

No . . . Un momento . . . Vengo muy bien informado como usted puede ver; tal vez lo sepa todo; usted comenta su obra antes de corregirla y ya lo ve, hasta puede oír su misma voz si quiere.

Creo, que ha hecho bien en haber tratado su obra con tanta esbeltez y sencillez y sinceridad y por el camino que eligió pues otro camino no sería factible para comprender muchas cosas, como se explica y se comprende en esta obra: Su obra.

Soy Sociólogo como usted bien sabe y entronco bien con la filosofía, sobretodo la existencialista, y digo que usted ha tratado, con su caracterización de siempre, sobre el ser o no ser; sobre esa materia viva existente en la mano del que puede crear, sobre esa potencia de que sea la materia, esa cosa o aquella otra cosa, que su creador prefiera, es una forma Cartesiana de crear vida.

Cualquier hombre crea algo, o crea nada si no es perfecto o casi perfecto en las formas que contienen: De aquí sacamos la célebre pregunta de que. ¿Si la vida se crea o está creada, de que si la vida se hizo, que si hay una primera fuerza que le de tal impulso o no y sobretodo; si en realidad esa vida se destruye o sigue para siempre en su concepto?.

Quitándonos, de encima de la mente, a los Pluralistas a los Neoplatónicos, vemos un sentimiento amoroso y sobretodo en su obra, muy enorme por la supervivencia. En cuanto la vida es creada, hay un afán de supervivir, unas veces falso y oras llevadero, y como usted bien trata, se unen en comunidades para defender sus intereses, tanto materiales como filosóficos de sus pueblos, como usted explica en su monologo a la niña, por medio de la boca del Mister, aquella noche de Luna llena. Pero no en un sentido de comunidades estanco, como bien puede tratar Fourier, si no en un sentido de expansión económica y de expansión en sus relaciones humanas, aunque estas se limiten solamente a un sector muy reducido; tan reducido, que ese es el carácter de mi visita.

-Dio dos vueltas al vaso de Whisky y prosiguió-.

Estas relaciones; muy superficiales, como usted bien dice; es que no son ni relaciones siquiera: Se enquistan en su concha, que en este caso es su casa y ni siquiera saben sacar la cabeza la Tortuga por el caparazón, no teniendo relaciones sociales más que limitadísimas y muy pocas; me estoy refiriendo, a los legítimos manchegos.

-. De eso mismo trato yo, pero encuentro en ello una virtud, no un vicio.

- Sí: Eso mismo encuentro yo, dado a los tiempos que corremos, en otra ocasión no sería tal virtud, les favorece el tiempo en sí.
- Saco por el simple hecho de que si unas relaciones sociales son mejoradas y sinceras, sería mejor que fuesen pocas, si al ser más ya se desperfectiona esa correspondencia de tú a mí.
- Sí pero no obstante, no deja de ser un mal real en el hecho; ya que en la forma, no ha habido mutación en tales relaciones para tratarlas por caminos virulentos.
- El mal está, según creo yo, en la manera superficial y diría yo aun más, en la manera irreal de tratar las cosas: Esta forma vaga, dejarse de hacer sin quererlo, es un concepto falso de realidad social, en cuanto se pone por delante de cada persona una película de ficción, para dar al sentido de su vida un hecho no real y convertirlo en verdadero.
- De ahí, viene un carácter fuerte, que rechaza todo lo ajeno; e inclusive, a lo propio, si esto es anticuado, si es viejo, y ya tenemos otra cosa que nos sea más funcional en la vida.
- Es una manera de irse encerrando en un círculo para formar comuna, de forma meritória, que no legal; rechazando lo existente por lo inexistente.
- Son dos rechazos fuertes, de ser o no ser, forjando a esos caracteres: Admitir una doble personalidad, sin tenerla, a formar una pequeña sociedad libre, pero a la vez dependiendo de una ideología ambigua en la forma.
- Da al espacio una dimensión tridimensional en su contenido, de ahí que no exista la verdadera forma Comunidad Estanco, como decía Fourier, ya que son otras formas, se escapa en el tiempo y en la existencia, creando una comuna libre en el movimiento económico e ideológico.
- Llegamos a la doble forma sionista de comuna democrática, Nuevo Estado en la que se da otra imagen de la misma, no tiene cabida en ella, por más esfuerzos que se haga: Este mismo sentido rechaza todo signo de Gobierno que venga; ya sea de fuera como de dentro, ahogándolo en su doble contenido, al final y los postres termina siendo tal gobierno democrático.
- Sacamos en consecuencia una perfecta sociedad para la democracia, por lo cual no puede ser vicio, lo que por perfecto se entiende.

- . Y de esta manera llegamos al perfecto entendimiento de esa comuna por pequeña que esta sea, de unas personas a otras.

Doble vuelta al vaso de Whisky y unos golpecitos a la pipa, para quitarla el tabaco ya consumido en ella.

Creí que me ahogaría en este tema, cuando empecé, pero veo que he podido salir de el, poco o menos bien.

- . ¿Ha estado usted en la Facultad alguna vez, ha estudiado algún cursos, o ha oído clases en ella?:

- . Sí, estudié primero, por oyente.

- . Bien: ¿Usted sabe el Espíritu que reina en ella?.

- . Pues yo, profesor, creo y pude ver, que algunos se pegan la vida padre; vamos, que se enteran del espíritu reinante y otros no se enteran de nada, no hacen más que estudiar, ahí sea porque nadie los llama o debido a su carácter de empollones, que son los menos.

- . Perfectamente. Unos se enteran y otros no. Esto da una especie de libertad relativa a esa misma sociedad, ya que son libres de hacer o no hacer tal o cual cosa: Relacionado en el Ensayo, a las personas manchegas y más bien las comunas en que hablábamos, se ve una correlación semejante a la facultad, una libertad prendida de un hilo, pero que al acercarse a ella el hilo se ve ya maroma y aproximándose cada vez más y más a esa sociedad, la maroma se convierte en algo inmenso a la vista, que escapa de ella; son las fuerzas y lazos de unión de estas gentes entre sí. ¿Me sigue usted, está de acuerdo?.

- . Yo señor, no sé si llamarle Profesor, Catedrático o Eminencia.

- . Pues precisamente no soy ni Eminencia de nada, ni Profesor de nada, por lo que yo he podido ver y creer; lo único que soy es Catedrático, que a mi simple entender, es no ser Profesor de nadie. ¿Está de acuerdo en lo anterior, conmigo?.

- . Sí: Sí claro; estoy absolutamente de acuerdo.

- . Por cierto, que he leído el periódico y veo que hay muchos cines en este pueblo y en uno de ellos hasta hay función de teatro y de las buenas estos dos últimos días.

- Sí, viene un conjunto estupendo: Es lo único que nos faltaba en el pueblo, un Teatro, pues el que había le han tirado; se cree que harán teatro, pero no está claro.
- Veo, que sale una revista mensual.
- Pero no llega al rango de periódico, que tanta falta nos hace también.
- Porque radio hay y de las mejores de la Región.
- ¡No tanto!: Y con perdón.
- Sí; créalo: Usted es que está metido aquí, en esta comarca, y no oye nada más, pero se lo digo yo, que es una de las mejores radio que hay por estos contornos, en estos tiempos del año ochenta.
- Bueno, si vamos en plan de diversión, hay muchísimas.
- Sí, veo que tienen buen fútbol, buenos bares, que nada tienen que envidiar a los de Madrid.
- Y las discotecas.
- ¡AH!; ¿pero también las discotecas?.
- Sí, oiga. Créame; las discotecas son estupendas.
- O sea, que estas gentes se divierten como si estuviesen en la Capital de España.
- Exactamente.
- Entonces, se divierten como cualquier otras personas.
- Usted lo ha dicho.
- Y ese carácter: ¿A qué viene?.
- ¿Qué carácter?. ¿En qué sentido?.
- El carácter irascible que gozan todas esas personas manchegas.
- Debe de ser de su condición castellana, enraizada con un doble sentido quijotesco y caballeresco a la vez.
- Tal vez hay algo más.
- No sé; será su hábitat, su modo de vida.
- Ahí iba yo. ¿Puede, usted, explicarme alguna visita de pez a paz, que haya efectuado algunos de ellos?.

- . Pues sí: Subimos las escaleras, a pie, mi mujer y yo, ya que es un primer piso; sonó el timbre y al salir el, enseguida llamó a su señora: Dudaron si nos pasaban o no y al final, pasamos. Nos sentamos en el sofá, nos sacaron café y coñac y luego un Whisky con frutos secos. La conversación era amena pero siempre llevaban ellos la batuta y nos trataban a nosotros como cosa secundaria. Al terminar del todo, que en general, la visita se prolongó bastante, nos enseñaron la casa, que tenían hasta dos cuartos de baños y una espléndida terraza, para al finar terminar queriéndonos vendernos el piso; no nos lo ofrecieron: Lo vendían.

- . Lo ha contado usted, muy deprisa, pero lo suficiente para que sea el final causa de mi llegada a esta su humilde casa: Si no les hubiesen vistos, acobardados, no les hubiesen querido vender la casa, que por supuesto, otra como esa, va a ser difícil de que encuentren y por otra parte, nunca han tenido en la mente ganas de venderla; es como diciéndoles a ustedes dos: ¿Disponen de estos millones, como nosotros?. Y desde luego, ustedes hicieron lo correcto, de mostrarse tímidos a la llegada, pero ellos no lo entendieron así, ni lo agradecieron, mostrándose superiores a ustedes, no solamente en conversación, sino que con el café que hubiesen sacado, bastaba para agasajarlos; pero ellos querían más; querían llegar a hundirlos a ustedes dos, desbordando su fantasía. ¿Sus ingresos son muchos?.

- . Poco más o menos a los nuestros.

- . Ya dieron consecuencia a sentirse superiores a ustedes, y desde luego: ¿Conocían bien su casa, verdad?.

- . Sí, vinieron de visita y se la enseñamos.

- . Los dio hincapié para alzarse con la visita en aquella ocasión.

- . Pero este carácter en nada se parece a un ser inquieto en Espíritu.

- . De ahí se ve que lo guardan muy en el fondo, porque si ese carácter irascible lo sacasen a la luz, si se viese a simple vista, ya habrían rebramado y tendrían más picardía, pero menos fuerza de pasión en sus hechos y en sus conversaciones: esa sinceridad cortada, sería una manera de no colarse en sus relaciones sociales.

- . No obstante, queda uno bien agarrado de esta manera.
- . Sí, pero la clase humilde, que no se da mucha cuenta, que eso sale fuera de sí, no está en la realidad.
- . Mientras más les llenes la tripa, más bueno eres para ellos.
- . ¿Qué bares; o mejor, qué clases de bares visitan ustedes aquí?. Quiero decir: Entre sus compañeros y ustedes.
- . Pues visitamos los bares que mejores aperitivos den y más nos sacien las ganas de comer, las tengamos o no; en general son tabernas o tascas, que atraen a su clientela con tapas abundantes y buenas.
- . ¿Son variadas?.
- . ¡OH!, sí; los hay de chopos, calamares, sardinas, paella, tortillas, carnes, papas . . . Etc Ya lo veo que varían.
- . Y hay bares, que te ponen hasta dos tapas a la vez en una misma consumición.
- . Eso es un despilfarro. ¿Qué ganaran con eso?.
- . Pues no se sabe, ya que las tapas son bastantes mayores; no crea que son pequeñas por ser dos a la vez.
- . Deben comprar estas gentes por camiones enteros y les salen más baratos.
- . Eso es lo que pienso yo. O que tienen ellos mismos una granja.
- . Dígame. ¿Va usted sólo a mejor sitio?.
- . Siempre que puedo.
- . ¿Sus compañeros van también; vamos, que si los ve usted, cuando van solos con sus familias a sitios buenos también?.
- . Siguen yendo a la misma tasca.
- . ¿Cuénteme a qué clase de sitios va usted con su familia?.
- . A Lifet, a Pub, en general a sitios que tengan ambiente musical agradable, buenos sillones y que sea saludable, con su Barman de traje uniformado, con pajarita; pues hay muchos bares hay en este

pueblo de esa manera.

-. ¿Usted cree que ellos saben que les han puesto allí esos bares?.

-. Creo que sí, porque cuando yo les he entrado, que es cuando no se cogía en los otros, ellos no han puesto mala cara.

-. ¿Quién pagó?.

-. A la mitad; pero la mayoría de las veces iba con uno que no es manchego.

-. ¿Y si no?.

-. Me encargo yo de que se pague a la mitad.

-. Y todos tan contentos.

-. No, a regañadientes.

-. Por haberles metido en ese lugar tan caro, ¿Verdad?.

-. Así es.

-. ¿Una vez que aprenden?.

-. No entran nunca más; el dinero que cobramos es muy poco y bien sudado, y hacen bien, que nadie se ría de ellos.

-. Mal entendida la vida de esa manera, por su parte también, ya que usted; según me ha dicho, sí entra en esos Pub.

-. Sí; yo creo que toquemos de todo y vivamos la vida lo más agradable posible.

-. ¿Su economía, modesta como me dice, se resquebraja mucho por eso?.

-. No, que va, supone unas cientos de pesetas más o menos.

-. En definitiva; poca cosa, ¿Verdad?.

-. Así es.

-. Creo, no merece la pena, que expliquemos tal manera de ser; esos caracteres se comprenden ya muy bien.

-. ¿Qué me quiere usted decir?.

- Su hábitat, su manera de ser, y de ahí parte ya las relaciones sociales de estas gentes; que aunque siente mal, son huraños y retraídos, hasta en el mismo seno de aquellos, sus conocidos.

- ¿Esto es malo?.

- Tengo que decir que sí, con gran pesar de mi corazón.

-¿Entonces, qué pasa, por qué estudia usted estos caracteres?.

- Porque son los más fáciles de todos.

Hice un espanto para atrás, como diciendo que un cerebro así no entendía yo como escogía lo fácil.

- Sí. No se asuste usted, porque a parte son también los más difíciles de todos.

- Lo veo claro; son fáciles y difíciles a la vez.

- Eso es, el que lo estudie superficialmente lo ve todo muy fácil, pero el que lo estudie muy profundamente lo ve todo tan difícil, que no nada en el tema, sin saber por donde ir, se ahoga de inmediato en su mismo trabajo, por el contenido tan inmenso de la forma. ¿Usted ve algo semejante en este tratado?.

- Por lo menos he venido yo a poner un poquito de salsa y pimienta en el; no debe estar tan mal.

- Sí; pero sigo diciendo, que si ve algo malo en ello. ¿Qué hace usted aquí?.

- Es que veo muchas más virtudes, que maldad: Veo mucho más bueno, Sobretudo cuando se ve algo mal no se debe callar uno, no es ningún pecado denunciarlo, aunque en realidad está feo decir a unas gentes, esto lo estáis haciendo mal, pero cuando tiene que ser así, hay que hacerlo. Es una Región muy bella y muy profunda en estudio. Y dígame una cosa: ¿Usted por qué lo hace?.

- Porque ha salido un concurso, tengo mil libros y ninguno editado; con este dinero que me puedan dar, edito uno poniendo yo algo más.

- Es este análisis que usted hace desinteresadamente también; quiero decir, que no es partidista. ¿Verdad?.

- Sí señor, estoy en el término medio.

- Igual que yo. Y ha contado tantas virtudes de la Mancha sin pasión; luego las tiene en realidad, Porque se diga algo que salga fuera de sí, es cosa normal; de ahí se ve, que los dos lo hacemos con

pasión de ningún género; luego, somos dos que se nos puede leer y creer sobre todo: Sin revanchismo de ninguna especie.

- Sí, yo he sido muy sincero y veo que usted, profesor, también lo ha sido.
- Puede creerlo, sin duda alguna.
- Quien nos deben creer, sin duda alguna, en este caso, son los manchegos.
- Como si fuese acto de Fe.
- Y doy un, ¡jole!, por los manchegos y por esta Región.
- Que al fin y a los postres, piensan todos iguales.
- Son muchos cientos de miles.
- Luego, forman por así decirlo, y como usted bien explico, una Nación.
- No al revés; potencia el sentido patriótico y la capacidad a la causa del español.
- Bien venido, sea entonces esta nación; y la tierra que la ha visto nacer.
- Sin efusivas declaraciones, que como ya hemos dicho antes, es peligroso.
- No, si yo no lo hago con nerviosismo; es por la manera de cómo hemos visto nacer una Nación.

Se levantó, dio unos pasos hacia la ventana, miró a la calle y sentándose más tarde, el profesor prosiguió.

- Parece ser que va a cambiar el tiempo; viene un aire fresco y como de lluvia.
- Sí. Eso hemos comentado hoy los compañeros y yo.
- Dígame: ¿Aquí llueve mucho?.
- Es muy variado, ya que hay temporadas que llueve mucho y otras no lo hace ni para llenar un vaso de agua.
- No regula la lluvia, como en otras regiones; es lo que quiere usted decir.
- Sí; pero esto no tiene nada que ver con el carácter regional.
- No lo crea; desde luego que los fenómenos de la naturaleza, acondicionan toda una región para perpetuar su voluntad y los hace querer una cosa u otra.
- Pues esa voluntad, debe de estar seccionada.

- . ¿Por qué?.
- . No llueve desde hace nueve meses, que el pluviómetro arrojó un milímetro por metro cuadrado.
- . No es alegre tal noticia como veo.
- . Y no es eso sólo, profesor; si no que por el verano se cree que viene aire del desierto.
- . Desde luego, sopla todos los veranos aire de África hacia la península.
- . No es eso; si no que viene arena y todo.
- . ¡No me diga!.
- . Como se lo cuento . . .

Vi que tenía vacía la copa y no sabía cómo dirigirme sin cortar la conversación para ofrecerle más bebida y antes de terminar mi pregunta me arriesgué a decirle.

- . ¿Toma más Whisky?.
 - . Sí; pero le voy hacer un ruego.
 - . Usted dirá, profesor.
 - . He oído que tiene usted un vinillo que quita el hipo; se llama algo así como: Pitorreo.
 - . Pitarrero.
 - . Eso es, y sin hacer de menos a nadie, le ruego que me saque usted dicho vino, con esas aceitunas aderezadas en casa a base de artesanía.
 - . Está usted bien informado, profesor.
 - . Antes de hablar directamente con una persona y sobretodo si yo la busco, me informo bien.
- Saqué lo que me pidió y mi mujer le puso las aceitunas con unos trozos de jamón y lomo con chorizo y morcilla patatera.
- . Lo que más me ha gustado es lo que usted me ha ofrecido más humildemente.
 - . Es que desde siempre, profesor, se ha tenido por cosa más rebajada; al chorizo.
 - . Sí, pero esa morcilla patatera, está exquisita.
 - . Y sobretodo, si está blanda y se puede poner en el pan como si fuese mantequilla.
 - . Aquí también hay . . . ¿Cómo dirían ustedes? . . .

- Cecina.
- Entendido en el amplio sentido de la palabra, no como se entiende en otras regiones. Cecina para ustedes es cualquier embutido, ¿No?.
- Así es.
- Pero como digo, aquí se da mucho y muy buena.
- Intenté decir que no es a base de artesanía; se emplean máquinas.
- Tiene ya una normativa; ¿Verdad?.
- Por así decir.
- ¿Se da cuenta la diferencia, la manera, de vivir de una región a otra?. Aquí llegó más que en la suya el mecanismo a la matanzas, como dirían allí.
- Es por que allí, cada casa mata su cerdo y aquí lo hacen mataderos Municipales.
- Muy bien. Ha cambiado la posible costumbre; no estaba muy arraigada en esta región. ¿Ve usted algún cambio más?.
- Casi todos.
- Dígame: ¿En dónde?.
- La manera de envasarla: Se usa ya la tripa no animal,
- No me refería yo exactamente a eso, pero en fin; bueno va.
- No se compra una cosa hecha en casa, no la venden y si lo hacen las gentes no las compran porque están mentalizadas ya que; o vale más barato lo otro o que ya por intuición tienen que comprar cosas a las que se haya echado colorantes y conservantes.
- Carácter controvertido.
- Pero dígame: ¿Qué tiene que ver esto con la obra?.
- Se acuerda como corrían las gentes de Malagón, hasta con sacos al hombro.
- Sí. ¿Y qué?.
- Pues que si esos productos no los venden ellos, ya no los venden nadie: Las gentes van a los supermercados y si estos labradores no colocan en esos mercados, enormes, sus productos y pasan

por un intermediario, este por un almacenista, comprados estos productos a muy bajo precio, se tienen que vender carísimos por los gastos tan elevados que ha producido.

-. Pero vamos haber. ¿Yo he hecho bien el ensayo?. ¿Creo que es como lo he hecho?.

-. Es la manera más literaria de hacerlo; de lo contrario, es una narración sola o un verdadero cuento, Parece ser, que ha estudiado usted toda clase de géneros literarios.

-. Íntimamente.

-. Le veo muy fuerte y pegando

-. ¿Pero: Ha qué conduce eso de la venta?.

-. Al acondicionamiento pasivo de las personas de esta Región.

-. ¿Ese acondicionamiento, está ligado a algo o va ello sólo, Es una forma decadente o sublime en contenido?.

-. Sublime de fondo; ya que sin esa repulsa a los hechos, no puede haber una verdadera forma en los quehaceres cotidianos. Eleva el contenido de la materia hasta hacerla infinita; busca de lo real una cosa irreal.

-. Pero antes nos hemos referido que se busca de una forma irreal, lo real.

-.Sí, y así era.

-. Pero en cuanto a lo que hemos estado hablando ahora, de que en realidad existen los chorizos y los frutos que se venden; eso es real.

-. ¿Entonces?.

-. Busca que el precio no exista, de que el dependiente tampoco; en una palabra: Que esos chorizos están colgados para el que quiera ir a tomarlos, sin cortesía ninguna.

-. O sea, que sí se parte de formas reales, verídicas; pero se tienden a una imaginación.. Perfectamente; es imaginado, tanto la cosa como el lugar.

Se hizo el silencio por un momento y los dos miramos por la ventana; aquella monotonía fue rota por el ruido del motor de un coche al pasar y, por una joven, que taconeando ligeramente la acera,

hacía sentir dentro de nosotros la llama de mil bellas campanitas, produciendo con su tintineo el más tierno delirio de éxtasis al mejor de los vate.

Sonó el timbre de la calle y enseguida abrió mi señora la puerta y apareció un chico pequeño.

- . Que vengo por la pelota.

- . Sino la tienes aquí.

- . Sí, que la tengo metida en la alacena.

- . ¡Vaya sitio de meter la pelota!

- . Sí, la tengo en esa habitación.

Entró en una habitación pequeña que servía de bodega y sacó un precioso balón, viéndose al pequeñito, cara de satisfacción.

- . ¿Quién es?.

- . Mi sobrino. ¡EH!, chaval, ven aquí y saluda a este señor.

- . Buenas tardes. ¡Nada más!: Que me tengo que ir a jugar a la pelota.

- . Así no se saluda. ¿ Qué te pasa: Te están esperando?.

- . Sí.

- . ¡Ven aquí.

No fui capaz de que se parase, dio media vuelta y salió corriendo como Alma que lleva el viento.

- . Perdónele: Es muy pequeño.

- . Es normal que a esta edad sean traviosos, pero hay que enseñarles mejor para la vida.

- . No logramos en esta casa enseñarle nada, está muy cerrado.

- . Pues desde esta edad se empieza a enderezar a los chicos.

- . Ya le digo; está negado del todo.

Se volvió hacer el silencio y miramos otra vez al infinito, como buscando algo a la lejanía. Tomó un sorbo de vino con una aceituna, para echar, más tarde, una bocanada de humo de la pipa: Parecía que lo saboreaba todo.

- En ésta Región, quieren mandar más las mujeres en casa, En general, debe de ser así, siempre que no sea un mandato de yo ordeno y mando.

- Sí, el hombre se revela y lo exterioriza hacia fuera.

- Sí; en sus relaciones sociales, no obstante estas gentes no son malas, porque esa exteriorización, se basa solamente en: Yo soy el mejor.

- Dígame: ¿Cómo todas estas formas exteriores, pueden acondicionar a la persona, para tener tal o cual carácter?.

- Con pocos años, no se puede; pero a través del tiempo sí se puede hacer, que a base de lucha continuada el Espíritu encuentre una resistencia, que sea trasmitida a los cromosomas y estos sean receptores de ese impulso negativo.

- Se relaciona primero la materia prima, en sí.

- No solamente esa materia, sino hasta el pigmento de la misma piel.

- Es caso curioso.

- Mire si se está tan acondicionado, que solamente hago mirar la hora, tengo complejo de ella, a base de tener que vivir paralelo al tiempo, de asistir a tal o cual clase, de ir a tal charla, a tal redacción, a tal convención, etcétera.

- Y terminaría usted, si viviese mucho, siendo un perfecto reloj.

- Terminaría, hasta dando la hora.

- ¿Eso puede ser?.

- No en el mero sentido de la palabra; pero sí en su significado más amplio. Terminaría obsesionado por la hora.

- Ya comprendo.

Sonó el timbre otra vez, de la puerta y al abrirse apareció una pareja bien vestida.

- Señora, venimos a ofrecerla la Biblia más moderna de todos los tiempos.

Nos miramos el profesor y yo extrañados, pero en el se encendió una llama viva, resplandeciente, en sus ojos; algo quería decir que se lo callaba.

- No gracias, ya nos han regalado una.

- ¿Quién?

- El Sacerdote que nos casó.

- Mejor; así puede comparar cual de las dos le llena más.

Al decir esto miró hacia adentro, yendo a chocar su vista, después de atravesar el pasillo y penetrar en el despacho, con el profesor, que cómodamente se encontraba balanceándose en una confortable poltrona.

- ¡OH!. Perdone, perdone; hasta luego.

Parecía que se lo decía al profesor, esto de perdone y hasta salieron a paso ligero, para desaparecer de nuestra vista.

- Me parece que conozco quién puede ser.

- Sí y yo también.

- Todas las creencias son lícitas.

- Sobre todo, en la manera de pensar.

- ¿Sólo de pensar?.

- ¿Qué quiere decir?.

- No, nada, profesor.

Me miró; parecía llevar la batuta parlante y hasta la conversación y así era, ya que yo le ofrecía humildad.

- Sigo diciendo, que va a cambiar el tiempo.

- Sí profesor, hace frío y lo malo es que se ha echado de repente.

- Sí . . . Ya que me dijo antes que es variado, o casi brusco . . .

- Es brusco del todo; creo yo.

- ¿Por qué?.

- Pasamos del invierno al verano sin término medio.

- . Es lógico en ésta Región: ¿No lo sabe usted?. Estamos en la mitad de España: Es característico, este tiempo en el cetro de toda nación extensa.
- . Una cosa así leí yo en los libros de ciencia, en el Bachiller.
- . ¿Pero lo había olvidado?.
- . No, me había masificado.
- . ¿Cómo?.
- . A base de repetir las gentes este cambio y de que no puede ser.
- . ¿Usted se hizo al no poder ser?.
- . Exactamente.
- . ¿Y todo esto en seis años?.
- . Sí, señor.
- . Pues imagínese, qué no será cuando un hecho se repite en una persona toda la vida y luego vuelve a repetirse en su descendencia.
- . Terminan las personas acondicionadas a ese echo. ¿Verdad?.
- . ¡Claro que sí!; y tan acondicionadas. ¿Qué cree usted, que es el resabio en la perdiz, sobre los cazadores?.
- . Pues a mi simple opinión, es guardar las plumas a un posible fracaso.
- . Bueno, sin chascarrillos. Esa perdiz es joven, jamás ha visto a un cazador, como no sea esa sola vez y ya tira para otro lado con vuelo rasero y perpendicular.
- .Es un acondicionamiento.
- . Pero ese acondicionamiento, ya viene de los padres y estos de otra generación.
- . ¿Quiere decir, que si esto se da en los animales? . . .
- . En las personas, con mucha más fuerza se tiene que dar.
- . Parece que vamos llegando a una conclusión.
- . ¿No lo adivina?.
- . Mal carácter.

- Pero no es debido o imputado a el.
- Parece ser que se habló antes de la mujer.
- Se habló, pero era para hacerla un elogio.
- Ha sabido liberarse, por lo lista que es. Ésta Región, es una de las pioneras.
- Sí; y creo que no es por la mujer. El carácter de la hembra, es de mandar porque se cree más superior al hombre.
- Lo ha demostrado muchas veces; en las mismas oposiciones, vale mucho más que el hombre y ella lo sabe.
- Por esa valía se lanza hacia adelante, pero no con el mal sentido de la palabra de que quiera mandar más que el hombre; es que sabe, que puede hacerlo mejor que el y este pasa una vida feliz con ella.
- Claro, no hace nada en casa; todo lo hace ella.
- Exactamente, puede hacer la mujer de ésta región de: Carpintero, fontanero, albañil, etcétera; puede hacerlo mucho mejor que el hombre en su casa, de aquí un canto exaltando a la mujer.
- Y yo, la elevo hasta los Cielos, es constructiva y humana. Es la sensibilidad hecha mujer, la naturaleza personificada.
- Sí, el hombre de ésta Región, no tiene mal carácter debido a la mujer; le frena esos impulsos adquirido por el tiempo, Es una pareja buenísima para el hombre. Veo, que como usted dice; parece que le da una confianza, que no es lo que aparenta, pues esa confianza la da poder para hablarle por igual.
- Esto es maravilloso, es divino a la vez, ya que da una sensación de quietud y bondad, que quita el sueño; pero lo que usted no ha dicho, es que estas gentes tienen mal carácter.
- Pero claro, yo no caía, debido a que esas cosas, cuando se hace un escrito no piensa uno en decirlo; se expresan otras cosas: Según mi parecer.
- Pues era lo más importante.
- No entiendo.

- . Sí. Fuera de estas latitudes; se tiene a la mujer de esta región, un poco colgada y hay que purificarla a base de que caiga un tanto el hombre.

- . Tal vez se comprende mejor las relaciones humanas de esta Región, que de otras.

- . Sí; porque si no, se derivan hacia una imperfección poco puritana.

- . ¿Entonces: Esa imperfección es brutalidad?.

- . No tanto; es carácter poco bondadoso.

Se miró al reloj, consumió el poco vino que tenía en el vaso y la última aceituna.

- . ¿A qué hora sale el Ter, Para Madrid?.

- . Creo, profesor, que debe salir a las ocho menos cuarto; no obstante llame por teléfono y así le informarán bien.

Tomó el teléfono entre sus manos y marcó el número de la estación, no esperando mucho.

- . Creo, que me debo marchar; ha sido un placer haber hablado con usted,

- . Lo mismo le digo, profesor, ha sido para mí la mayor satisfacción de mi vida.

Se despidió muy cordialmente de mi señora y de mí. Salió a la calle, no sin antes habiéndome despreciado de que le llevara a la estación en coche, Se fue a pie y parecía, cuando yo le vi de marchar por la ventana, un ser de otra época: Con su pajarita, su paraguas, con su sombrero un poco de lado.

Quedó como un vacío al irse, hasta el punto, que estuvimos mirando a la ventana, para ver pasar el Ter y luego nos derrumbamos, mi mujer y yo en los sillones.

Me quedé solo, después de un buen rato y empecé a pensar una y mil cosas; vi lo pequeño que somos en la sociedad, lo insignificante en la vida y lo poco que se puede alcanzar, debido a que hay un camino largo y extenso para poderse mover y solamente se puede hacer en una pequeña parcela de ese camino, lo contrario sería hundirte.

¡OH!, vida mía,

¡OH!, vida de mi pasión;

ser o no ser querida,

qué más da, si es por compasión:

El amor, que te demuestra
 todos los seres extraños.
 Ser de templanza querida,
 aunque en el llano pedregoso,
 el afán con que es admitida
 tu persona entre lo humano,
 siendo en ello perfidia,
 en la bondad de esta moza.

Puse un poco la televisión, para ver si me quitaba tal decaimiento y había un programa, en el que el Espíritu decaía mucho más; se trataba del paro infernal, que hay en todo el Mundo, menos mal que entró mi sobrino, preguntando algo que a lo primero no le entendí bien; estaba yo un poco distraído.

- Tío; que digo: ¿Cómo es la Televisión?.

-. No te entiendo.

- Sí, hombre: ¿Qué cómo se hace?.

- ¡AH!; bueno, pues mira, yo no soy técnico en ello, pero leí en una revista, hace tiempo y escrita por alguien que es perito en la materia . . .

- ¿En qué revista?, y, ¿qué es perito?.

-. No me acuerdo bien en qué revista fue; en cuanto a lo que es perito: Es hombre o mujer, que ha estudiado sobre el tema en una escuela o en una Facultad y ha logrado la licenciatura o el título sobre la materia que se trata.

- ¿Qué sabe de ello, que está ducho?.

-.Sí, hombre; eso es.

-. Ya entiendo lo que es la Tele.

- ¿El qué?.

- Si tú lo has explicado ahora: ¿Cómo una ducha, no?.

Se me cayó el Alma a los suelos; es muy impulsivo este chico y no espera explicaciones.

-. No.

-. ¿Que no? . . . ¡JO!.

Lo cierto es, que se enfada enseguida y así fue, pues entró el padre en este instante.

-. ¿Qué te pasa?.

-. ¡Que te pego!.

-. Suelta esa regla.

Había cogido una regla, que tenía yo encima de la mesa y quería pegar al padre con ella. Lo hace con frecuencia, quiere imponerse; espero que cuando sea mayor piense y recapacite.

Me volví a quedar solo otra vez más y los pensamientos me volvieron a la mente, como el agua fluye del caño a la fuente, a borbotones limpios del chorro.

Miraba por la ventana y vi jugando a unos chicos; veía como después de haber terminado, por cansancio un juego, uno de ellos, el gallito, los atraía hacia otro juego más peligroso: Se tiraban piedras unos a otros, hasta que uno de ellos, alcanzó a un pequeño haciéndole llorar; acudió su madre a toda prisa riñendo muy fuerte al mayor, pero sin meterse con su familia, solamente le tiró dos o tres piropos a él.

Una persona, mayor, que se acercó dio a su paso sin ton ni son y sin tener que ver nada una patada a un montón de piedras, que tenían bien puestas, sirviéndoles de casita y claro está, otro lloriqueo de espanto; parecía que yo también iba a llorar y me retiré de la ventana.

Este ensayo ha querido ser una cosa ficticia, reglada con un pragmatismo dogmático; ha querido arrancar de una cosa irreal, de algo inexistente, para hacerse algo real y al final quedarse en la fraseología prosódica; tanto lo ha llevado a la práctica el pragmatismo dogmático, que ha terminado en cero, sin ninguna cosa real, después de haber buscado en lo finito, en algo real, es así que ni nombre se ha dado; solamente se dará los nombres que actúan en esta obra, cuando se pida personalmente. Tanto el sueco, como el profesor de Universidad con carácter internacional, como

el autor, han coincidido no dar nombres, para hacer la obra un signo de belleza irreal sacado de algo real; está pensado hacia formas infinitesimales, que quiere decir algo así, como: Juego con el existencialismo Cartesiano y el realismo pragmático en cuanto a ideología se refiere.

Se busca un pensamiento, para hacerlo forma y encontrar un fondo en el que enseñar una ética, más o menos regular.

Esta enseñanza que se intenta dar, encuentra su mayor altura en los hechos de la vida real, contados como no reales y minimizados en la cuantía real.

La Mancha es real y la Nación que forma también: Sus explicaciones sobre libertad económica es perfecta, su carácter, sus costumbres y sus relaciones humanas; todo este análisis descriptivo, forma un todo real verídico, teniendo una enseñanza constructiva, exacta en la materia, pero va pululando y buscando hacia cosas no reales, hasta llegar a un vacío de fondo al no dar ni nombre tan siquiera. Solamente se dirige toda la acción de la obra hacia el temario, para realizar la forma y lo logra tan perfectamente, que el lector se embebe en la obra, para luego opinar el mismo, por que en sí le deja la misma falseta libertad de opinión.

Se escucha en el análisis descriptivo de la forma de los manchegos, para sacar un todo homogéneo y paralelo en el pensamiento, con unos hechos sociales reales, yendo a caer en un pozo sin suelo, para convertir a esos hechos en algo infinito, no imaginario de contenido y viceversa; unos hechos no reales, se hacen perfectamente visibles con pasar de lo estático a lo movable. En cuanto esos hechos tienen movimientos empiezan a ser reales, ya que en sí todo movimiento tiende a correr un trayecto y avanzar; luego todo lo que avanza es real.

Nada más que esos hechos imaginarios pasan a lo progresivo, se convierten en hechos reales, patentes, por ese avance en la vida; aunque esos hechos sean producto de una imaginación.

Aquí, los protagonistas, por no significarse y aunque son tres, sueco, profesor y autor, se convierten en uno mismo, para el lector; de tal manera, que en cualquier lugar y tiempo le parezca al lector el mismo protagonista, logrando no romper la forma por lo menos bruscamente. El lector lee mansamente, como en un lago de aguas azuladas y mansas, esa quietud de espíritu, que se le

produce al lector, hace que algunos monólogos largos no le sean cansados o que en algún tiempo no veía que se cortaba la obra o la explicación; porque sea en sí bastante extensa y empalagosa.

No abstente, se ve unos altibajos en la forma narrativa, que le da más realce a la frase y a los hechos; los agiliza más en el fondo, en cuanto que esos giros, o cortes, están creados; no en la misma obra, no en la forma, sino en materia que contiene la misma sustancia de esa forma, en esa magia de crear palabras y hacerlas altisonantes de otras, para al final y los postres, que peque bien al oído, puestas unas detrás de la otras, es un algo que nunca puede sonar mal, pero que construyen las reglas en forma de oraciones gramaticales, con vocablos, adverbios, no con conjunciones, ni mucho menos preposiciones; en sí, vocablos adverbiales.

Es una forma bien agarrada al fondo y a su enseñanza moral; está bien definida en el espacio, ya que este en algunas escenas se confunde con el tiempo, va paralelo. Espacio y tiempo es una dimensión tridimensional, buscando el espacio plano a la vida; no obstante le es difícil encontrarla, en sí no lo puede encontrar y entonces imagina hechos, que al salir de la imaginación y no de la trilogía plana, al convertirlos en fechorías reales y al avanzar en la obra, como se ha dicho, se convierten en hechos reales.

II PARTE

Proseguí mi camino y no lejos de allí, di con las estribaciones, de una cadena montañosa y escarpada, más bien de color moreno y en un regazo de la carretera me paré para observarla bien a dicha codilleara: Me pareció asombroso; ya que quebraba una cañada por donde pasaba, serpenteando, el tren. Me pareció haber estado allí otra vez más.

Arranqué el coche y no sabía dónde me dirigía: Presentía que estaba en otra Provincia y hasta en otra región; pero no comprendía, adónde podría estarme dirigiendo con mi coche, ya arreglado.

Sí: Mi coche, iba perfecto, pero quien no se encontraba también era yo; ya que me había producido un desequilibrio psíquico, todo aquel evento acaecido en aquellos días de imprevisto y avatares.

Unas veces más alegres que otras, unas veces más complacientes que las anteriores, pero todas ellas en perfecta armonía y en grata compañía.

No se, no se; donde o adónde estaba e iba, o si yo era la misma persona, con el mismo carácter o se me había cambiado sustancialmente la manera de pensar, debido a la mucha humanidad y comprensión de las gentes que dejaba atrás.

Se decía, que iban hacer una autovía y en general, la carretera no estaba mal, lo único malo era una señal de limitación que a mi parecer debía reducir mucho más la velocidad y una señalización de un pueblo, quince kilómetros antes de llegar; nos dirigía por otra villa, con peor carretera, después se encontraba bien orientada y tan bien, que cuando me quise dar cuenta, me pasé el letrero indicador de Córdoba, Yendo para la dirección de Granada: Y he amé, aquí en dicha Ciudad.

Observé el carácter de fiesta, de estas gentes; o por lo menos así me pareció a mí.

-. ¡Oiga!. Me puede decir usted, si es tan amable: ¿Por dónde continuo?.

-. No puede ir más p'allá con el coche.

-. ¿Por qué?.

-. Son calles empinadas.

-. ¿Cómo dice?.

-. Sí, Mister. Son calles muy repentinas.

-. ¿Adónde estoy?.

-. En el Generalife.

-. ¿Y lo demás para allá?.

-. Lo otro, es : El Sacromonte.

Eché mano a mi diccionario y no observé nada de lo que me decía mi buen hombre, pues me encontraba nervioso.

Aparqué el coche y bajé la plaza para tomarme un refrigerio en un bar, en la esquina de la calle de abajo.

-. ¿Whisky?. Mister.

- Me puede usted decir: ¿Qué diferencia hay entre, el Generalife y el Sacromonte?.

- Ninguna.

Me le quedé mirando y sin saber lo que pensar; ya que el señor, que me indicó primero, puso énfasis en sus palabras, significando con ellas una sustanciosa diferencia.

- Mucha, Mister.

Salió a la conversación otro señor con sombrero y vara en mano, que más bien parecía oriundo de dicha Ciudad.

- ¿Cómo dice?.

- El Sacromonte, tiene una gracia especial, no solamente en sus calles; cortas y estrechas, y algunas veces cerradas: Sino que esa misma gracia lo transmiten sus habitantes y el Generalife es la puerta de esa misma gracia, mas que más acoplada a sus condiciones de vida.

- Esas condiciones sociales: Son dos maneras diferentes de vivir?.

- No, una sola; Pero diferentes de sentir y hasta de pensar.

- Quiero ir al Sacromonte.

- ¿Y está preparado?.

- Sí.

Si hubiese respondido, que no estaba preparado, tal vez: ¿Hubiese sido mejor?; ya que el paso de aquellas calles me era difícil, Muy repentinas y con poca o nada de aceras. Las cuestas del Albaicín. Yo observé, que se fueron agrupando, cada vez más un grupo de chavales detrás de nosotros y ya en una calle, que bifurcaba con otra, nos empezaron a pedir dinero.

- ¡Anda!: “Dame jargo”.

Ponían las manos, llenas de grasas, algunos y otros de barro, hasta que de una chavola de aquellas salió una morenaza, bien plantá y con garbo de flamenca. Se dirigió hacia mí y poniéndome la mano en el pecho, me paró diciéndome.

- ¡Josú!. Buen moço. ¡Janda!; déjame, que te eche la buena ventura.

Me miró la palma de la mano y después de fijarse mucho en ella, replicó.

- . V' a a tener tu, mucha pasta.

- . ¿El qué?.

- . Sí, jombre: Parné.

- . Mujer, Te agradezco lo mucho que voy a tener: No sé el qué; pero que venga.

No sé como salí de allí; lo cierto es , que llevaba en las manos un buen ramillete de ramitas, dado por cada una de aquellas mujeres a quien las pagasen. Al llegar al barrio de abajo los deposité cerca de una farola. El hombre de la vara y el sombrero, se despidió desapareciendo como por encanto.

- . ¿Taxis?.

Un señor, metido en un coche, me ofrecía su vehículo, para llevarme no sé adónde.

- . ¿Adónde me puede llevar?.

- . ¿Ha estado en la Alhambra?.

- . ¿Qué hay allí?.

- . Murallas, Alcazaba, El Bañuelo, Palacio Real de la Alhambra, Palacio de Carlos V, Capilla Real, con el sepulcro de los Reyes Católicos, en la Catedral, con sus tallas flamencas y la Iglesia de San Juan de Dios y Capilla de la Cartuja, o la casa de los Jirones, y la casa de Reina o Dalahorra. Todo eso le ofrezco, por nada y menos.

- . Si se queda en menos: Acepto.

- . Entonces puede usted montar, le cobraré lo normal, lo estipulado, para nuestra clase de turismo.

- . ¿Tiene dos tarifas?.

- . Y hasta varias.

Pues sí: Yo le pregunté por la Alhambra y el me contestó por toda la ciudad de Granada. Me quería llevar por todos los rincones y recoletos de aquella hermosa Ciudad, para que la viese toda y la conociese a fondo, y recrearme en sus bellezas.

Era una cuesta empinada, por donde circulaba el taxi y allá, en un recodo, estaba la entrada de la Alhambra y lo primero que vi, fue el Palacio Nazarí: Obra monumental, en su arquitectura y contenido de belleza. Su mosaico; único en el Mundo, por sus dimensiones y aquella fuente de los

Leones, dando la hora continuamente. Y si nos adentramos en sus jardines: Allí no es ná. Grandiosa flora, con sus calles bien delimitadas y sus fuentes tan exóticas, como sus colores de formas; cerca de fabulosas ruinas, con su Alcazaba, todavía floreciente: Por cierto; que subí, de trecho en trecho, a La Torre de la Vela y divisé una cosa nunca vista, un paisaje de ensueño; se veía casi toda Granada.

-. Mister, Lo que usted está mirando ahora es el Generalife.

-. ¿Y aquello?.

-. El Sacromonte.

-. Ahora me explico.

-. ¿El qué?.

No respondí por respeto aquella persona; pero lo que me explicaba en aquella ocasión, era la forma de ser de sus gentes.

Comí cerca de la salida de la Alhambra, y lo hice muy copiosamente, a manera de sus habitantes tenía que españolear y lo estaba haciendo. Ya por la tarde me dirigí a la Cartuja, para ver sus afamadas Capillas y quedé en ellas, totalmente anonadado; créanme. Es de construcción barroca, pero retorciendo las formas, de tal manera, que en vez de hacerlas grotescas, las realzaba en su medio, ya que no es un espacio considerable; sus dimensiones son reducidas, para tanta figura barroca, dando por dicha causa, una belleza singular al recinto, no cayendo el espectador en un panteísmo absurdo, en contenido y forma, ya que su arquitectura es vivaz al medio entorno, haciéndolo agradable a la vista, sin decadencia alguna. No marea a los ojos sus figuras, por muchas que hayan; ya que explican un sentido y un contenido: Están enlazadas unas con otras; en forma de pasajes.

Salí de allí, diciendo el tiempo que tuvo que pasar para hacer aquello. Eso no se hacía en unos años.

La noche la pasé en uno de sus Hoteles y por aquello, que a veces se cae en suerte; yo caí aquella vez.

-. ¿Dónde puedo ir esta noche?.

-. A la feria. Mister.

- . ¡AH!. ¿Pero hay feria?.

- . Sí. Y toda la noche.

- . ¿Qué locomoción tomo?.

- . Un taxis. Los hay a todas las horas; hasta de madrugada.

- . ¡Bien!.

No sé cuantas casetas habría en aquella feria, pero si no eran ciento cincuenta, poco se tardaba en contarla a ojo de buen cubero.

Se podía entrar en todas ellas y sin pedir permiso, cosa que me gustó bastante; por lo social y amable que eran las gentes.

En una caseta tocaba un grupo, en otra cantaba otro grupo, la de más allá estaba animada con otro espectáculo y así una tras de la otra, y ya a hora de madrugada, tomé en un chiringuito unos churros con chocolate sabiéndome a gloria, pues tenía hambre.

Era verdad que en la entrada de la feria y formando hilera había unos cien taxis, esperando a que alguien los contratasen.

Llegué al amanecer al Hotel y dormí como nunca, con unas ganas enormes, como si hubiese trabajado muy fuerte y con muchas ganas.

Por la mañana y a hora avanzada, me levanté prosiguiendo mi camino para donde y cuando; sepa Dios dónde iría. Volví hacia atrás, para tomar el cruce de Córdoba y así fue; pues en pocas horas estaba en la Capital de los Califas y no se cómo: Entré por un puente y me encontré en el otro lado de la Ciudad, camino de Medina Azahara, pasando antes por un aeródromo pequeño, que servía de cobijo a las avionetas.

Fabulosas ruinas y grandioso monumento artístico e histórico: su Palacio era maravilloso; viéndose en el, el paso de aquellas gentes por nuestra península.

Pero lo que más me sobrecogió fue la Mezquita, con sus numerosas columnas y su estucado de cerámica y su policromía de colores del Al-Andaluz; pueblo de costumbres y de saber bastante amplio en todas clases de conocimientos, en aquellos días. Sus gentes, limpias, con sus fuentes,

donde se lavaban los pies y su capilla cerrada, formaban un conjunto de ensueño para el visitante. Y cerca de allí, la Sinagoga, rodeándola calles estrechas y cortas, pues hasta con un pañuelo se las puede abarcar.

Muy cerca del río, tomé en uno de sus bares, una manzanilla y un tentempié.

-. ¿Qué Mister, le limpio?.

-. No tengo polvo.

-. No: Si digo, los zapatos.

-. ¡Pero si estoy sufragándome en estos momentos!

-. Usted siga, y ponga aquí este pie.

Acogiéndome el un pie, me lo colocó encima de un taburete, hecho de madera y comenzó, de inmediato, a limpiarme los zapatos y yo creo, que con lo que me limpiaba el calzado era más bien con saliva.

Se arrimó un crío, que al parecer sería familia del que me estaba limpiando los zapatos.

-. ¡Darne jargo!.

-. ¿Qué es lo que pide el chaval?.

-. Mister: Monises.

-. ¿El qué?.

-. ¡ Sí, hombre!: Parné.

-. Sigo sin comprender.

-. Dinero.

¿Ustedes saben lo que es la procesión del Rosario?: ¡Pues eso!; lo mismo, más que a lo bestia. Uno de tras del otro; desde el nieto, madre, hermanos y abuela, fueron pasando por aquel puesto,

ambulante, pidiendo: “Parné. Es así, que todavía me faltaba por limpiar algo del otro zapato y con todo y eso, me levanté y pedí la cuenta.

-. ¿Cómo dice?.

-. Lo que has oído, Mister.

-. No me he comprado unos zapatos nuevos; me los ha limpiado usted solamente.

-. Me se da lo que te he pedido.

-. ¿Se me da!.

-. Es igual.

-. Pues yo te doy la mitad y confórmate con ello.

Alargué la mano con el billete, el la extendió también no sin antes mirar para un lado y otro y sin decir palabra me cogió el billete guardándose de inmediato, para salir corriendo calle abajo.

Yo por mi parte decidí dar una vuelta por aquellos alrededores y no muy lejos de allí me fui a dar de cara con otro limpiador.

-. ¿Qué?, Mister. ¡Limpio!.

-. Me los acaban de limpiar hace media hora.

-. Los lleva, mal limpios.

-. ¿Si parece que me veo en ellos la cara?.

-. Le digo, que están mal limpios.

Miré para el recodo que formaba la calle y vi el grupo familiar, observando atentamente aquel hombre y al percatarme más fijamente en su figura, vi que se parecía un tanto al primer limpiabotas, No dije nada y proseguí mi marcha para entrarme en un bar, donde ponían con la bebida unas tapas de bacalao y morcilla.

-. ¿Qué desea?.

-. Quiero me sirva de las dos cosas que pone en la entrada.

-. Siéntese en aquella mesa.

Me señaló a las afueras del bar, en unas mesas que tenía colocadas a la entrada del mismo.

No crean ustedes, que terminó la procesión del Rosario de la Aurora; pero esta vez, se trataba de otra familia distinta a la primera, más que; aun, todavía con un número mayor de miembros familiares.

Me levanté antes de terminar la degustación e indicando a un chaval y a una señora el plato; repuse.

-. Puede comérselo.

-. ¡Josú!. Que desaborio.

Fue la respuesta de aquella señora, pero el camarero, que estaba al quite, entró al ruedo dando un buen pase de pecho.

-. Mister. Eso en tu tierra; aquí no. ¡EH!.

-. A qué se refiere?.

-. Aquí no se pasa hambre: Mister.

-. Es porque va a sobrar; no es por otra cosa.

-. ¡Eso!: Son sobras.

No dije nada y comencé andar calle arriba y eso los desesperó más; pues todavía quedaba por llegar a la mesa a la abuela y a dos chavales más, y entre improperios e insultos, conseguí salir de aquel lugar como pude, ya que casi me siguen en unos metros.

Créanme; he preguntado y me han dicho, que ese lugar, ya no está como antes.

Hice noche en unos de sus Hoteles y al preguntar por los lugares de diversión, me indicaron por un señor.

-. ¿Cómo dice?.

-. Sí, hombre: El Tostao.

-. ¿Supongo, que se refiere a una persona?.

-. ¡Pues, claro!.

El Tostao, era un hombre rudo y bastante mal vestido, a mi simple opinión: Iba limpio, pero con traje negro y un sombrero ente elegante y semi hortera. Con zapatos de colores: Blancos y negros; pero que por lo visto, no se los limpiaba hacia tiempo, o había estado con ellos en un lugar arenosos, en aquella misma tarde.

-. ¡Mister!.

Alargaba la última frase y tenía acento, semi cortado, entre el andaluz y el castellano, a mi simple opinión; aunque tampoco era del todo andaluz.

-. ¿Dígame usted?: Buen hombre.

-. Gracias, por la preferencia.

-. ¿Preferencia?.

-. Por lo de : “Buen hombre”.

-. ¡AH: Vamos!.

-. Ten cuidado y sígueme.

Sí, que le seguí y desde luego fue una sorpresa en hacerlo; pues ese mismo sobresalto, lo recibí en la puerta, Cogió una vara, que tenía en la albarda, que sostenía el lomo del mohíno y casi acariciándole con ella y casi pegándole sin fuerzas, le hacía para un lado al animal dejándome sitio para empezar nuestro camino.

-. ¿Qué significa este animal?.

-. Ya veras, Mister.

Sí, sí; si que lo vi: Ya sabrán ustedes como lo vi. Aquel personaje, pues ya hay que llamarle así, el burro y un servidor de ustedes conseguimos llegar en un santiamén a una especie de tablao flamenco, en un local que había allí cerca.

Se cantaba y se hacía bien; no era afamado, pero su cante pegaba al oído y hacía resurgir los más puros sentimientos humanos. Aquellas notas desgarradas, aquel quejido de improviso, aquella falseta única que con su letra decía, hablaba de querer en el presente y de desamor en el futuro. Buscaba y bien, buscaba algo de comprensión en el olvido . . . ¿Qué saben ustedes? . . . Fue

delicias, lo que yo sentí y lo que yo pasé, escuchando aquellos acordes de guitarra, con aquel cante jondo y sublime.

-. Mister.

-. Sí.

-. Hay que comprarle a este jargo.

-. ¿Y ese algo, qué es?.

-. Cerámica . . . Jarros, cántaros, vasijas, o lo que tú creas, lo que creas conveniente.

-. Aquel cántaro, me ha gustado.

Me pusieron una botella de buqué con un plato de jamón y otro de queso, y desde luego nuestro amigo también comía. Pero no crean ustedes que compré solamente aquel cántaro, pues a poco de salir del establecimiento vi todas las alforjas llenas de elementos de cerámicas de todas las clases.

Como a la primera botella de vino siguió otra y a esta otra tercera . . . Pues me encontraba a la salida con Morfeo por las nubes,

-. ¿Un poco pesao?. Mister.

-. Y bastante.

No sé cómo me encontré encima del burro, recostado hacia adelante, besándole las orejas. El animal, iba con pasos firmes, pero cortos; parecía como si ya lo hubiese hecho otra vez más, o varias veces más.

Cuando desperté a la mañana siguiente, ya cerca de mediodía, en el Hotel, me encontré solo en mi habitación, sin burro, sin cerámica y sin aquel buen hombre. De este relato; hace ya bastantes años.

No sabía si quedarme, si no quedarme en esa Ciudad, pero mis esfuerzos de aventurero pudieron más.

Yo presentía que por la vía donde discurría el coche era carretera y desde luego lo supe bien, al pasar un puente; pero no fui capaz de leer el rótulo de sus indicciones, que ponía la señal de tráfico.

Llevaba ya un buen rato por aquella carretera y con todo pasé un pueblo, sin poder conseguir leer la dirección que llevaba; hasta que ya en unos de los tantos trayectos conseguí ver lo que ponía una señal de tráfico a la que pasé: Sevilla, cuarenta y siete kilómetros.

Por fin; por fin sabía en qué dirección me estaba moviendo y a poco tiempo me encontraba tomando un refrigerio en el parque de la Alameda, según me enteré allí mismo que se llamaba así aquel lugar.

-. ¿Y dice usted, que no conoce Sevilla?.

-. Se lo digo y se lo afirmo.

-. ¿Está usted cansado?.

-. No lo bastante para dejar de ver sus maravillas; pues al parecer tiene ésta Ciudad, una y miles construcciones dignas de ver.

-. La Giralda: Por ejemplo.

-. Por ejemplo.

Se levantó aquella persona, pues esta vez tenía una especial sensibilidad y yo me dirigí, detrás de ella. Llegamos al pie, a las inmediaciones de la Giralda y después de ver el patio de los Naranjos, conseguimos entrada para en un rato estar subiendo sus rampas, un tanto articuladas. Subía mi guía con una maestría espeical, aquellas rampas hasta el punto que a su vestido le hacía flamear, como si fuese una bandera; y créanme que me estaba poniendo un tanto nervioso.

-. Mister. ¿Ha visto, usted, campanas como estas.

-. Sé, dónde se encuentran.

-. ¿Pero no las ha visto?.

-. No.

Maravilloso; era maravilloso, tanto el encontrarme arriba del todo de la Giralda, como la vista parcial que se contemplaba desde allí.

A la bajada me condujo por un arco y una calle estrecha, hasta llegar a un restaurante en dónde nos pusimos como : “ El chico del esquilaó”. Creó, que saqué hasta un poco de tripa de la comida tan copiosa, que hicimos los dos.

- . ¿No toma café?.
- . No
- . Esta vez sí, Mister.
- . ¿Por qué?.
- . Para tener una pequeña sobremesa y hablar un tanto de mis estipendios.
- . ¡AH!. ¿Pero usted se encarga de esto?; quiero decir: ¿Si es Cicerón?.
- . No. Soy estudiante.
- . ¿En qué curso está?.
- . Estoy terminando. Me saco unas pesetas con los turistas y así no soy tan gravosa a mis padres.
- . ¿No la intercepta, su labor, ser mujer?.
- . En absoluto.

Supé que hasta allí la debía de dar un dinero y si me enseñaba aquella noche la Ciudad, ya aumentaba el triple de Euros, para descontar una parte de ellos, sirviendo para los refrigerios: Acepté de buenas ganas.

- . ¡AH!. La Giralda es del siglo doce.
- . ¿Si no sigo, no me lo hubiese dicho?.
- . Se me olvidó.
- . ¿Pero tuvo un comienzo, dicha Ciudad?.
- . Los Turdetanos; siendo colonia romana de Híspalis, decayendo con los Almorávide en el 1.091 años, para volver a tener esplendor con los Almohade en el 1.146 años.
- . ¿Quién la cristianizó?.
- . Fernando III en el 1.248 años.
- . ¿Ha tenido dominio de sí misma o siempre ha estado dominada?.
- . Buena pregunta.

Me miró a la cara y agachó la vista, como si quisiera perderse entre las alas, como hacen las avestruces. Su colorido Rosado la delataba una timidez un tanto vergonzosa.

- No; no tenga vergüenza por eso.

- No lo considero vergonzoso.

Ya verán ustedes, el por qué digo de no tener vergüenza y si estuvo, en parte o en toda su historia, ocupada en general toda ella.

No crean ustedes que fuimos lejos aquel mismo día, pues a parte de visitar la Torre del Oro y la Maestranza, nos entramos en un mesón cercano, muy afamado y allí pasamos casi toda la noche, entre raciones de caracoles y manzanilla: De vez en cuando, paraban los grupos, la faena del cante y se oía alguna que otra sonata rasgar los cuatro vientos, entre sus cuerdas musicales de una bella guitarra y batir el viento un grito desgarrador de un flamenco que contando a la concurrencia unos hechos reales, o no, se debatía entre lo triste y lo serio de su Espíritu casi siempre con un: ¡AY!, ¡ay! . . . Continuamente, vibraba por todo aquel contorno y hasta retumbaba en los azulejos Cartujanos de aquellas cuatro paredes.

Salimos fuera de aquel recinto y ya en sus inmediaciones, no sabía como abordar la conversación con aquella bella joven, un poco avanzada en edad; lo que la hacía, aun, más atractiva. Yo fui contundente con mis deseos y enseguida lancé mi pregunta.

- Necesito saber.

- ¿Sobre qué?.

- Todo lo de éste Región.

- Mañana le explicaré lo que yo pueda saber.

- ¿Y esta noche?.

- Me voy a mi apartamento.

- ¿La puedo acompañar?.

- Vivo con tres chicas más; pero aunque viviese sola, no voy yo acompañada por ningún hombre.

- ¿ Se debe a sus estudios?.

- Totalmente y hasta por la tarde no le puedo ver; tengo exámenes por la mañana.

No se hizo esperar, pues a primeras horas de la tarde se presentó en el Hotel la joven vestida sencillamente, pero con una gracia impar, ya que la caía la falda con un señorío sin precedentes. Se veía que aquella chica tenía clase y estilo, en toda su persona; ya que hasta sus gestos eran acompañados con unos movimientos casi estudiados.

Salimos a la calle y nos dirigimos a un bar sin decirnos a penas nada y tomamos en el un café y siguiendo, después, con nuestra muda conversación, nos montamos en el coche para ir no se a dónde.

-. Dirección?.

-. Calle abajo, tuerza a la izquierda de la avenida y a las dos calles a la derecha; ya le indicaré.

-. ¿Camino?.

-. Mairena y el Viso.

-. ¿Motivo?.

-. Una merienda en un bar, cerca de la carretera.

No se confundió: El lugar estaba en un paso privilegiado y el establecimiento era estupendo. Al entrar en aquel recinto, observé como un ambiente señorial y calmado: Sus comensales eran gentes de clases pudientes; aunque también los había de un Estatus mediano, y a esos mismos nos dirigimos, pues al parecer conocía aquella joven algunos de ellos, o tal vez a la mayoría; ya que se fue hacia aquella mesa con paso firme y segura de sí misma.

Yo, por mi parte, me puse en guardia al ver un ardid tramado por la juventud: No podía sospechar de qué se trataba, pero casi estaba seguro sería cosa que se pudiese solventar con dinero. Me presentó a la concurrencia; y créanme, que todavía no sé sus nombres. El único nombre que retuve, fue el de nuestra cicerón.

-. ¡Ola!. Encarna.

-. Traigo al Mister.

-. Bien hecho.

Eso de traigo al Mister, me sonó a cosa ya hecha y por supuesto, se trataría de dinero ya que pude contemplar la consumición que estaban haciendo dichos chicos y me supuse sería cara.

-. ¿Toma algo?.

-. No sé qué se toma aquí, en estos casos.

-. Yo estoy tomando un refresco y estos una clara.

-. ¿Una clara?.

-. Sí: Cerveza con Gaseosa o agua de Seltz.

Me confundí de pez a paz;: pues lo que consumían estos jóvenes, era bebida corriente y moliente. Y aun apostilló uno de ellos; creo, llamado Carlos.

-. Somos amigos del camarero, por eso tomamos bebidas más populares.

Después de charlar un rato sobre la presentación y de los dimes y dietes; me quedé mirando a la joven, viéndola toda ella radiante de esplendor.

-. Señorita Encarna.

-. ¿Se ha quedado con mi nombre?.

-. Sí.

-. ¿Dígame?.

-. ¿Usted: me puede decir, algo de la Mezquita de Córdoba?.

-. La conquistaron los romanos en el año ciento cincuenta y dos; de allí era Séneca y posteriormente fue ocupada por los árabes en el año setecientos once. Se convirtió en la Capital andaluza, en Capital del Al- Andalus, más tarde en Emirato independiente del Califato; no me acuerdo en qué año, casi en el mil. Fue conquistada por Fernando III.

-. Se olvida de algo.

-. Que fue la Capital más importante de occidente, Y. ¿Usted, por qué sabe eso?.

-. Me lo ha contado un pajarito. ¿Y, Granada?.

-. Ya se lo dije.

-. ¡No!.

- . Pues: Fue fundada por los Mulsumanes en el siglo octavo y al desaparecer el Califato de Córdoba, fue la Capital del reina Taifa. Los Zuries la expansionaron hasta la entrada de los Almorávide, al caer los judíos, y éstos fueron desplazados por los Almohade, pues aquí se fundó la dinastía Nazarí, siendo la dominante en varias provincias andaluzas, durante dos siglos.

- . ¿Y?

- . La reconquistaron los Reyes Católicos.

- . Eran Castellanos.

Tuvimos una bonita velada toda aquella tarde y parte de la noche. Yo veía, que sus amigos nos quedaban solos de vez en cuando y como con ganas de que hablásemos mucho, en pocas horas.

Era tarde y estábamos por despedirnos, ya que aquellos jóvenes lo habían hecho hacía media hora y Encarna todavía seguía hablando y hablando.

No supe cómo, pero me encontré dando un paseo por las mediaciones del río, que más tarde supe, era el Río Guadalquivir, Una noche preciosa por todo lo alto, pues a penas si hablábamos, nos mirábamos el uno al otro como queriéndonos pedir no separarnos: Yo por supuesto era en son de amistad, creo que a la chica la pasaría lo mismo. Y ya en las cercanías del Hotel y después de tomarla el teléfono, ya que fue lo único que hablamos, la agarré de la cabeza y bajándosela en la frente en señal de escrúpulo y de despedida y con las dos manos, haciendo un cruce con ellas separándolas hacia un lado bruscamente, la quise decir: Esto se ha terminado.

Fui entrándome en el Hotel mirando hacia atrás, como para decirla: ¡Adiós!. Pero ese adiós no llegó nunca con palabras, ya que pude darme cuenta, que su faz no estaba como para una charla: Se la veía seria y cabizbaja, con sus ojos pálidos.

Ahora sí que me veo sólo y sin saber qué decir al respecto, sobre un análisis filosófico pero con tratado sociológico y sin medio de ningún enlace, que me pueda yo acoger: Pero eso sí; lo que hemos tratado me valdrá para mi comienzo, como estudio de una ciencia sentimentalista: Sí, a los mismos pensamientos los vamos hacer ciencia, tratándolos como:

SENTIMIENTOS FILOSÓFICOS - . . :

Como digo, no sé empezar bien yo sólo a redactar filosóficamente este segundo ensayo y para ayudarme hacerlo, me viene a la mente un cantar: ¿AY!, leré, leré, lerelé .. O este otro: Sentimiento, sentimientos míos, mis sentimientos . . .

Pueden ustedes compaginar estos dos cantares y sin agitarlos mucho se forma un cóctel de gran fe e ilusión a la tierra y a las gentes; a sus gentes.

Por otra parte se ve el desarraigo, con que viven sus habitantes; sin pensar en el más allá de su historia, en otro tiempo futuro, Se vive en el presente. Sin querer saber nada de lo que pueda acaecer en un futuro inmediato, ya no digo yo a gran plazo, si no; a medio plazo.

Ese “lerele” es un desplante que hacen estas gentes de ir y de venir a las cosas; sí, a las cosas que poseen. En sí, no se tienen que preocupar tanto por adquirir tal o cual materia, ya que como su región es tan extensa, lo que merma en una parte abunda en la otra provincia y viceversa.

Ese desplante se hace dentro de un albero fino, donde se puede andar muy bien en zapatillas; y así ha sido, en casi toda su historia. Estas gentes han andado en zapatillas casi toda su historia, pero con sus sentimientos sublimes a la vez que tristes y sin saber por qué; ya que como digo, no carecen de nada, o de casi nada. No obstante sus sentimientos triste les hacen parecer más humanos que en su relevancia: Están ensalzados por un eje, no muy acorde al que yo puedo hacer. Parece ser que aquí no se puede hacer mucho, y me explico: Ésta Región, y de ahí ya viene el segundo sentimiento y son los sentimientos míos, mis sentimientos . . . Ha sido ocupada siempre por pueblos ajenos a ella y ha sido dominada por otras civilizaciones; es así, que se ha acostumbrado a estar dirigida por Celtas, Romanos, Almorávide, Almohade, para por fin llegar Fernando III, con ramilletes de naranjas, para estas gentes, en una mano y otro ramillete de limones, en la otra mano, para los árabes. Y no digamos nada, en tiempos de los Reyes Católicos; ya que la mitad de su población no eran muy adictos a la confesión de sus creencias, o por falta de saber o de otras vivencias: Ya lo creo, que tuvieron unas enseñanzas de las misma, aunque su Majestad, no se cambiase de blusa, ni de camisetas.

Desde un principio se les obligó hacer y a pensar; cosa que ellos no hacían, ni por soñación creían nunca fuesen a vivirlo. Ese paso, poco a poco, de un pueblo dominado, pero nunca subyugado, eso sí; fue lo que le ha condicionado, para ese dejar de hacer y no hacer nunca nada, para ese sentimiento de pena . . . de Andalucía, mi Andalucía, ¡AY!, mi Andalucía.

Como hemos visto: Juntando el primer sentimiento con el segundo es lo que forma una filosofía compacta; pues piensan todos a unisono, formando un país. He buscado por si puedo hallar el rango inmediato superior y no lo he encontrado . . . Ya verán ustedes por qué.

Creo recordar se habló de dos sentimientos distintos descritos, que distinguía un barrio de otro, en Granada y si mal no recuerdo, un señor, que era oriundo de aquella tierra, al parecer, no dio más importancia al tema, que el concepto de ser de allí; en cambio, otro señor, también oriundo, sí vio por desigual a dichos barrios, Los sentimientos eran iguales, amar a algo; uno a las cosas y otro a la tierra, que le vio nacer.

La manera de pensar no está acorde por igual en todos los seres; defienden un algo, pero aman diferentes pasiones y diferentes sentimientos: Mientras el uno, veía la tierra, aquella tierra compacta y suya, el otro observaba la arquitectura, los edificios, las casas, más que a sus orígenes abolengos.

Saco una consecuencia muy lógica de todo esto; se siente algo, se lucha por una u otra cosa, pero no se piensa por igual: Por lo tanto, se forma un país considerado, pero no ya una Nación.

Si de provincia a provincia se portan de diferentes maneras; acuérdense, de que en una provincia se me hizo visitar todos sus Monumentos a su forma, y en otra estuve besando las orejas a un burro, por así decir; se me mostró su manera de ver las cosas, con una filosofía humana de la forma de ser de aquellas gentes a las que le hacen falta lo substancial, la forma de vida para su sustento; por eso pedían. En otra se me mostraba el “Lerele” de vida y el sabor alegre de las cosas, ya que no paré de taberna en taberna y de Tablao en Tablao. En cambio, en la tercera provincia, por ser cosmopolita y haber tenido una afluencia de personal foráneo, bastante considerado, debido a la demanda de mano de obra, se mostraba más acorde a las circunstancias Nacionales, a una sociedad reglamentaria y hasta se encargaban de saber algo de su historia.

Esa diferencia de vida, de manera de ser, de forma de pensar hace que ésta región tan extensa sea tan diferente a las demás regiones, por ser ella misma diversa en su folklore y en sus costumbres. Es lo que la diferencia de las otras, al distinguirse en sí de pueblos a pueblos, de valles a valles, de zona a zona; pero con un sentimiento de tristeza al ver sus formas de leyes no correspondidas por cada una de sus provincias; la ilusión no hace mella a esa constitución parlamentaria, por los Himnos y más alegría que se exprese, exteriormente, al visitante y se demuestre un sentir generalizado por igual en su corresponsabilidad de una descripción folklórica y de un ambiente abierto, en sus sentimientos.

Como ven ustedes; ya no puedo apoyarme en alguien para que afirme o refute mis ideas en estas cuartillas: Así, que les pido a todos ustedes perdón de antemano si daño la susceptibilidad del sentimiento humano de algunos de ustedes, Más lejos de mis formas de opinión, al exponerlas en estas cuartillas.

Quiero ser constructivo, no sé si lo lograré, y lo quiero ser porque así lo he visto y lo he podido palpar; yo narro la historia y la cuento tal y como ha sido y la he visto y desde luego, yo a mi simple y humilde opinión la he visto así y así la cuento. La he visto así; a no ser que se me presente una vida, o una forma de vivir falsa: Entonces pueden ustedes refutármela, y refutarme todos mis conocimientos. Creo no estar poseído de la verdad, y mucho menos siendo extranjero en tierras extrañas.

Ahora bien; quiero hacer una salvedad y es que cuando he escrito Ley, lo he hecho con minúscula, no me he referido en ningún momento al cumplimiento de la justicia, no lo he llevado en una forma de Jurisprudencia, ni tan siquiera. Me refiero a la manera de ser; a sus costumbres: Esas mismas costumbres tienen unos hechos y la repetición de esos hechos hace que se eleve a rango de Ley. Sería muy osado por mi parte tratar sobre la fuerza de la Ley o sobre su cumplimiento, por parte de la justicia. ¡Dios me salve de tal intento.

Como he dicho, las costumbres hacen Leyes; en cada provincia tienen las suyas y son bastantes variadas y complejas algunas, pero por medio de esa complejidad se hacen simples a la vista y a la

presencia humana. Son sencillas como la vida misma, aunque algunos me puedan estar diciendo, que esa vida en ésta región no es tan sencilla; que haga el favor de entrar en cualquier casa y ver lo que pasa dentro de ella.

Ya sé que hay hogares donde por falta de picaresca lo están pasando bastante mal; pero es que Manuel, no se levanta del sofá, deja a un lado el botijo y se hecha a la calle para buscar cualquier clase de trabajo que salga y perpetuar su nombre en un ordenador para ver lo que pasa; pues si él, Manuel, es capaz, si ha entrado en una constructora de peón, saldrá como de apuntador o capataz: Lo mas fundamental es empezar a trabajar y sobre todo a valer en sus hornadas, en su tarea.

Se lo han dado todo por añadidura, historia, medio ambiente, casas . . . Y por lo tanto no lo busca: Manuel, prefiere estar estático y que sigan dándole ferias y fiestas, que lo demás ya viene como caído del Cielo. Una diversidad de región como ya nos hemos referido en otra ocasión y por consiguiente, esa diversidad da motivo a una compensación bancaria y a otra de trueque, en el que el pago de enseres está al cabo la calle, al cabo del día.

Ese carácter árabe de yo te doy esto y tú lo otro de allí, se estila todavía, aunque con menos asiduidad, gracias a la gran economía, formada por una pensada aunque sofisticada contabilidad en dicha región. La economía no da para más, con estas clases de asientos contables.

Bien entendido, que las empresas y los comerciantes tienen sus asientos en orden; pero debido a esa contabilidad masificada, del pueblo llano, se obliga a una llevanza contable y a una teneduría de libros: Por algo se empieza.

Lo cierto es que cuando llegue la brisa europea a la península, ésta región estará preparada para acoger en sus brazos a tal bruma desenfadada para ellos mismos, habiéndolos cambiado su gran forma de ser y poco a poco sus sentimientos y sus pensamientos. Ya no será igual que antes, como se solía decir, al llegar a estas tierras un forastero, que hiciese tiempo no viniese a ellas.

-. ¿Cómo sigue esto?.

-. Igual que antes.

No: Eso no será posible debido a ese cambio económico tan fuerte y a esa variedad de vida, a la que estamos abocados a entrar. Por vez primera tendrán las gentes de ésa región que valerse por sí solas; luchar en la vida por algo y verán sus aficiones sobre otro punto de vista y hasta sus negocios se verán truncados por otra manera de vida, otra manera de verlo, otra manera de mercado.

Proliferó el mercadillo, hace un tiempo, en los pueblos de plaza en plaza y de calle en calle, al igual que en el Medioevo, pero poco a poco se va perdiendo esta figura impositiva, para irse reuniendo en un gran mercado, con sus puestos y asientos definidos, donde el control básico y fiscal está más legalizado. Unos vocean y cantan en voz alta un producto y otros vocean otro producto, ninguno espera solo a la posible ama de casa que se digne llegar al puesto y mercar un algo para el sustento personal: No se espera cantando una canción a solas en el puesto, ese vendedor, y maldiciendo la vida tan arrastrada que el lleva; ya que al reunir todos los productos y todos los puestos le es más fácil que esa misma ama de casa llegue a su puesto, sin darle tiempo a un pensamiento malo en la vida.

Yo creo que eso de: “Andalucía; ¡AY mi Andalucía!. Trabajadores; ¡AY trabajadores . . . Se va a quedar relegado a un segundo plano, se escuchará ya menos; al que en sí no haya querido entrar en tal economía: Ese carácter sentimentalista, triste, se va a dar de lado, en un futuro inmediato.

El populismo se verá mermado por dicha causa y al considerarse la clase baja, que las cosas hay que buscarlas y trabajarlas; los diferentes Estados se verán libres de una mayor presión fiscal y presupuestaria, como hasta ahora ha estado siendo: Ya que para defender a ese pueblo, estático, hay que ayudarle como buenamente se pueda.

Se verá la vida sobre otro ángulo de vista, más acorde a estos tiempos y así poco a poco y paso a paso, invadirá tal circunstancia, comarca a comarca, lugar a lugar, sitio a sitio, para entrar en la concordia de Naciones, sobre todo en su sistema de la llevanza contable.

Ese Sistema contable nos dará paso a un MERCADO NUEVO, como hemos dicho, que por estar en sus principios con respecto a la clase baja, pero bien alto en las Empresas, no viene al caso explicar en estas cuartillas esa clase de Mercado, esbozado más arriba, cuando se explicaba el cambio del

trueque por unos asientos, aunque sofisticados y una teneduría de libros, con una mayor presión fiscal; cosa esta bastante buena para equilibrar regiones y repartir subsidios y beneficios, unos a otros.

Sus pueblos son “bancables”, cien por cien en toda la extensión de la palabra, lo que hace que ese capital flotante se pueda compensar en futuras letras, ya que en el pueblo que no hay camarilla es que hay Cámara de Compensación; siendo como el cauce de un río, al que se le ve arrastrar, con sus aguas, toda cosa que se introduzca en el: Por lo tanto, ese cambio de carácter, no será brusco al no tener existencias reales; aquí si que hay que decir: Todo sigue igual. Al estar acostumbrados al trueque o al yo te doy esto y tú eso a mí; siguen haciendo lo mismos, más que con la letra de cambio y algunos recibos y facturas: Se las van cambiando, creándose nuevas unos a otros. Tú compras bajo crédito, yo compro también con el mismos cambio y para ello necesito una entidad bancaria que me acredite dicha operación.

Como se ha dicho; se está en las puertas de la Comunidad Económica Europea y completamente, estamos preparados de llenos.

Algunos de ustedes, y lo digo por intuición aunque a veces falle esta misma intuición, se están preguntando el por qué no hablo de la Orografía, ya que también condiciona el carácter al limitar la manera de vivir. Vemos al norte un conjunto de montañas llamada Sierra Morena, dividiendo su estructura el valle del Guadalquivir y más al sur la cordillera Bética, seguida más abajo por la Penibética, ya en la provincia de Granada, configurando Sierra Nevada.

Ese conjunto de cadenas montañosas condiciona a las gentes de ése país, a vivir de una manera y no de otra: La vida en esos pueblos era lenta a veces monótona, pero al abrirse diferentes vías de comunicaciones, autovías, aeropuertos, vías férreas, y cerrando el broche sus puertos; se ha logrado dar a ésa región un dinamismo singular de forma de vida, ya que las mercancías llegan a todos los sitios por igual y rápidamente: Ya no se necesitan varios días para llevar una lata de sardinas aprensada a tal o cual pueblo; si no que a ese mismos pueblo llegan los camiones cargados de Langostinos, Langostas, Merluzas . . . Etec . . . Desde la lonja directamente en el mismos día.

Esa forma de mercado nuevo, esa rapidez en su transportes, condiciona muy mucho a sus habitantes; acostumbrados en otros tiempos, como hemos dicho, casi a una mendicidad en el comercio, delimitada a una llegada de carne seca, pescado conservado en sal y algunas clases de frutas, como plátanos, y no siempre.

Este transporte rápido ha hecho que se construyan grandes recintos de ventas en locales ubicados ya de antemano, cuya sede social se sabe bien donde se encuentra; en tal o cual calle. Se ha facilitado a la persona encargada de la casa, señora o señor, la facilidad de salir y hacer sus compras en un tiempo ínfimo y con productos más variados que antes y tal vez a más bajo precio al llegar masivamente a dicha ciudad, dichos productos: Alimentos, enseres, medicamentos, utensilios . . . Etc, que antes no se encontraban tan asiduamente, como ahora.

Se compra todo, ya que al poder cargar en sus buques, en sus trenes, en sus aviones, más toneladas de dichos productos va disminuyendo el coste de tal manera que son más asequibles a la economía doméstica.

Pero hago una salvedad a dicha economía: Si es un cambio no se debe efectuar de tal manera. Me explico: Ésta región ha sido predominantemente agrícola y ganadera; ha ello se debe la memoria de las genes de estos pueblos, que en su totalidad son jornaleros del campo y por un causal, allí donde haya olivar, sea en la cuantía que sea, y esto vale a todas las comarcas de España, en vez de producir su caída, asfixiándola económicamente a ese personal por falta de buenas subvenciones y precios remunerados; hay que potenciarles a esos pueblos, ayudando a su olivar, dándoles ideas como debe entrar en el Mercado; bajo un banco y una filial, que exporte sus productos y compense sus faltas, tanto de laboreo, conservación, poda, herbicida, abonos, mano de recolección, arado . . . Etc. Para que esa mano de obra, no decaiga y no le sea tan traumática su vida a ese jornalero, que los hay por miles, para obtener un cambio, su trueque, unas pesetas y seguir viviendo.

Lo mismo que me he referido al olivo, que es lo más masificado; se puedo uno referir al melón, sandía, tomate, pimiento y toda clases de hortalizas y frutales, tan perpetuados en la historia como sus mismos siglos. Pese a la gran industrialización que se está llevando a cabo, no se debe olvidar

uno de sus orígenes de sus costumbres más viejas: Si esas personas no saben hacer ya otra cosa; potencia lo que en sí ya ejecutan bien y obtendrás más beneficios fiscales.

El trauma de estas gentes ; es el haberseles troncado sus hábitos, por otros y no haberseles dirigidos por falta de medios materiales y económicos para ello. Su tristeza ya no es de el amor a la tierra, de verla desvaída; es más bien de no poder seguir su camino, como ellos hubiesen querido hacer: Es una tristeza de miedo, que representa un odio al que lo hizo . . . ¿Es que tuvimos una contienda? . . . No; la contienda se tuvo después, con estas gentes, al no dejarlas expansionarse en su medio ambiente . . . ¡Yo nací en Andalucía!, pero vivo . . . ? . . . Esa es la contienda que tienen, dónde vive y eso no lo va a olvidar nunca por más longevo que llegue a ser. Hay que saber atraerlos a la región que los vio nacer y darlos su medio de vida, poniéndolos en las manos el efectos para ello.

Como no hemos metido en la ciencia de la Sociología, y sobre todo enseña dicha ciencia en sus comienzos de la misma; que nada sucede porque sí, todo sucede por una causa. La prueba principal del miedo actual es el cambio de su economía; quitarle su trapicheo en la calle y quedarle con una obtención de medio de vida, no logrado por el, a base del prorrateo: Claro, que esa contabilidad elude muy mucho al fisco.

Y como sería por mi parte muy osado seguir con Sociología, yo sé mis limitaciones; ya está bien que esté tratando este tema filosóficamente por medio de la sociología, ya que dicha ciencia es muy amplia: Lo malo es, que al tratar como microeconomía, estoy a punto de naufragar, ya que la macroeconomía se estudia más a fondo por los estudiosos de la Facultad, mientras yo lo trato bajo el punto de vista de mis vivencias personales. No sé si estará llegando al pueblo llano, a la clase media, estos apuntes de mis cuartillas; ustedes son los que lo tienen que decir.

Y para salimos de la Sociología vemos otro género que es el fenómeno fundamental de su carácter de estas gentes y es, la gran infinidad de kilómetros de costas que forma el litoral de ésta región. Éste pueblo está totalmente marcado por sus costa: ¿Quién no ha vivido del beneficio de sus costas, alguna vez en Andalucía?. Muy pocas gentes de estas zonas ribereñas no han tenido alguna que otra ocasión para echar un pulso al Mar, a la Mar.

Ya en sí, fuera de los grandes centros de buques, de los grandes muelles como digo, quedado para la Macroeconomía, se forman núcleos urbanos con sus pequeños embarcaderos, cuando no por pequeños muelles, donde arriban sus lanchas y motoras y sus pequeños barcos pesqueros, para vender a las lonjas la obtención del fruto jornalero de varios días en alta mar, o en pleamar. Dicha vida ha tenido repercusión en su manera de ser en estos tiempos, debido que han tenido que expansionar su zona de cogida de pescados a otras latitudes, por la gran demanda que se hace a estos armadores; y, ¡claro!: Se ha constatado con otras creencias, otras religiones, otras costumbres de vivir, asumiéndolo rápidamente; ya que estas gentes acaparan lo que ven en un santiamén.

El acondicionamiento de vida de las gentes andaluzas no estaría completo sin nombrar antes a la flora y a la fauna, pero sin hacer salvedades de ninguna de ellas: Ya sabemos la diversidad de flora y fauna que existe en estas comarcas, que por ser las más meridionales, están dentro de un trópico un tanto ambigües, siendo la causa por las que se dan esa variedad de plantas y grupos de todas clases de animales. El nombrar una a una sus plantas y animales sería, como he dicho, una ambigüedad en la forma y en el hecho, ya que sus caracteres no corresponden a la situación de algunos de ellos: Hay dentro de esta región una flora y fauna que no corresponde muy bien al carácter descrito de el sentimentalismos filosófico, ya detallado más arriba. Si el Mister, cuando entró en los confines de Sierra Morena empezó a ver una flora de mil colores flores de variados pétalos y un sinfín de aves surcando el Cielo; no tiene mucho sentido que en vez de alegrarse por ello esté la persona con un pesar en vez de otra cosa y sobre todo un pesar en su Alma. Y es que esa persona no corresponde muy bien a lo descrito por la configuración de esas plantas, y de esas aves, siendo debido que las ve: Pero como si no las mirase.

Sus problemas están muy por encima de lo que pueda dar la tierra y de lo que pueda estar viviendo encima de ella: Sus problemas son un reajuste económico dentro de un plan contable y fiscal, empezando hace ya tiempo en ésta región, al que no se ha sabido asumir bien por parte de la clase más baja, que es la más numerosa, todavía; aunque en si ya se va cambiando y tiende a ser clase media, para vivir diferente a como lo ha hecho siempre en la vida: Hasta de ir modificándose, ese

carácter triste, por otro más acorde a las circunstancias, pero que a la vez es un carácter más rudo y fuerte en su trato, con respecto a su vecino, o a quien le trate. Se defiende de algo, aunque el no sepa muy bien por qué forma la guardia una vez que entra en conversación: Lo hace intuitivamente.

Andalucía mía,
patria del Cielo,
donde tienen su trono
los malagueños;
su puerto y paseo:
¡AY!, cómo lo quiero.
Granada, Almohade,
su Nazarí,
su gracia árabe
con sus murallas, están aquí.
Córdoba la mora,
un Emirato
dependiente del Califa:
un Sultanado.
Cádiz con su tacita,
embelesado Mar;
envuelve al que la visita
en un gran Altar.
Sevilla, siempre Sevilla,
quién lo diría;
que la gracia y mantilla
la llevaría.

Huelva, descubridora
del Océano,
un pueblo nuevo
la llamó hermano.
Almería y sus tierras,
bien de Cowboy,
a las que amo y quiero,
un beso doy.
Jaén y sus olivos
plantaciones, respeto,
de puro aceite virgen;
Más bien macero.
¡Mi Andalucía!; Andalucía mía,
cuanto te quiero,
con fiero orgullo
mis sentimientos
están diciendo:
Que eres la puerta
del mismo Cielo.
Andalucía: ¡Mi Andalucía!,
que eres la hermana
de muchos pueblos;
¡cómo te quiero!.
¡AY!, Andalucía;
quejido noble
de todo un pueblo,

desgarró de sentimientos
 por todos tus muertos.
 Andalucía, mi Andalucía;
 ¡cuánto te quiero!:
 Sentir en mis venas
 ese requiebro,
 de quejido noble
 y sentimiento.
 ¡AY!; mi Andalucía:
 ¡AY!, el Alma mía.

SENTIDO HOSPITALARIO: . . . Y después doble a la izquierda . . . ¡Que no se te ocurra doblar a la izquierda!: Ya sería lo último que hicieses. No lo hacen adrede; si no que al no fijarse bien en lo que se les dice y al estar pensando en otra cosa, a la vez que responde, tergiversan los conceptos para ellos, lo que tenía que ser la derecha, en sí está siendo la izquierda.

El andaluz hace un mundo de sus problema, por pequeños que sean y al tener algunos in memoria, no se da cuenta del deterioro que produce, el responder de esa manera; ya que choca con la sociedad de algunas regiones colindantes, con merma para esas tierras. El forastero queda con un sentido aturdido y poco confiado, para volver a preguntar otra vez . . . Por dónde . . . Lo busca el como pueda.

Máxime si al preguntar por la variedad de algunos conceptos ya que los está viendo el y al decirle que todo es igual; lo primero que piensa el foráneo, es que aquí está sucediendo algo fuera de lo normal, pero ve de pronto que se le está tratando por igual y como si se le conociese toda la vida. Así entra rápidamente el forastero en ese ambiente, al que ya nos hemos referido; un tanto ambiguo para vivir de lleno la vida de esa región.

Aquí es al revés que todo; de una cosa real se quiere hacer una cosa irreal al querer atraer a lo irreal de una manera irracional, al no pararse en pensar sus contestaciones: Y ese irracionalismo surge del surrealismo de forma, muy dado en las casas andaluzas.

Ese ser y no ser esto; si no lo otro: Ese surrealismo de forma, dado como una razón irreal en su contenido, produce una idea vaga e incorrecta; incide en el visitante un desplazamiento febril, en sus ideas y en la manera de acometer los hechos. Tiene un poco de reparo en hacer o decir, tal o cual cosa, al no saberse correspondido en su conversación; pero que sí ve se le admite como igual en ese medio ambiente: Lo real y lo irreal, está presente.

El visitante tiene una forma esporádica de reproche ante tal circunstancia, metiendo se de lleno en el palmeo y la guitarra, en sus fiestas y en su chateo; tan arraigados en estos pueblos andaluces.

Deja esa seriedad atrás para mostrarse muy diferente a como es el . . . ¡Sí!; sí: Como quieras . . . Todo lo deja . . . Todo lo deja de lado.

Te acogen bien, pero llevando ellos solos la batuta y si no, acuérdense del señor del burro; no me dejó opción a elegir medio de transporte. Y muy comerciales como los Fenicios, aunque no venga al caso y los Romanos, que esos sí que participaron muy directamente en la fundación de algunas ciudades, aunque ya existiesen como núcleo urbano; pues al conquistarlas, pusieron las bases de su derecho romano y ampliaron esas ciudades, haciendo de ellas un asentamiento principal como sede comercial, siguiendo todo su contorno; como ya hemos dicho: Córdoba.

Otro punto principal y entroncando con el primero, fue la acción de los Musulmanes, ya que al fundar esas ciudades hicieron de ellas baluarte de comercio y foco principal de la cultura occidental. Por una parte tiene el sentido comercial y por la otra el de conquistadores, como conquistados: Se mezclan dichos caracteres en uno y por eso de ser hospitalarios a su modo, haciendo que se defiendan a la vez de algo; un algo inexistente para ellos, pero semejante aquel pajarito en libertad, que huye nada más que ve acercarse a alguien. Es un sentimiento de conservación, sin saber por qué y a qué es debido. En vez de llegar en taxis al hotel, llegué aquella noche besando las orejas de un burro: Cosa, que sucedía solamente en aquellos años cincuenta y dos, pues al fundarse la cadena de

hoteles y hospedería tan enorme como hay hoy; se crearon las escuelas hosteleras y se montó un gran complejo, haciendo las delicias de sus visitantes, al tener toda clase de comodidades y a la mano medios de transportes, modernos, a los que se puede contratar su servicio a cualquier hora del día.

Claro que explotan comercialmente ese hospedaje, pues acuérdense que no llegué aquella noche, solamente, besando las orejas a aquel burro; si no cargado de toda clase de vasijas, de cerámicas en sus aguaderas, a las que no pude tomar nunca posesión de las mismas por haber desaparecido aquel personalillo, al siguiente día de mi vida y de la escena principal, al que ustedes asiduos lectores, pudieron percibir con sus sentidos, a través de sus ojos, lo que acaeció en aquellas horas nocturnas y pudieron participar en aquella fiesta hasta altas horas de la noche, en la que me recogí al hotel, en plena madrugada.

Éstas gentes, lo primero que creen es en la posibilidad de que el forastero no viene para verlos a ellos, sino a sus grandiosos monumentos, y casi tiene razón, pero como hemos dicho; también se les ha dado a toda esta región, por añadidura, dichos monumentos y lo primordial para ellos no son unas personas, si no lo que ya se han encontrado hecho debido al culto de la forma, no al culto del Ego, del yo. Parece un romanticismo trasnochado en su contenido; ya que la idea es tener y no ser, es el amor al sentimiento un tanto pensativo y no el amor al yo.

Esta visualización de ver las cosas, le da a este personal un vuelo de saber andar y guarda la ropa: Le hace de ser más despejado en sus relaciones humanas, con sus iguales. Entra en las fiestas, pero siempre en grupos y en familia; admitiendo entonces y solamente entonces al forastero en dicha fiesta y hasta en su mismas casa, pero un tanto despegado de sus relaciones humanas.

Ese tener y no tener las cosas, le hace ser o no ser en la vida, encerrándose en sí mismo y gastando lo único que tiene, para cuando no tenga. Las fiestas proliferan, no por la manera de ser, ya que están acondicionados al medio entorno, como decimos, pues para ellos lo principal es no pensar en lo que se tiene que hacer; si no en lo que se ha dejado de hacer: “Es lo que te vas a llevar”. Lo

primero que piensan éstas gentes, que si te diviertes es lo que has ganado y si no te diviertes es lo que has perdido en la vida.

Se dice del andaluz, que es alegre pero al mismo tiempo con un pensamiento algo frío, con pesar en su pensamiento y que inclusive es fulero: No creó yo eso y no es para tanto. Ese acondicionamiento, como hemos visto, que tiene ese mismo ambiente, hace que al acondicionar a la persona, por esa misma regla de tres, no sea esa persona consciente de sus variaciones en el ser y en el querer; quita, o da a la vez fuerzas de don y de coraje para ejecutar tal o cual hecho y a la vez se de o no cuenta de su significado y de sus relaciones con el otro mismo de su mismo género, ya que el subconsciente no recibe ese influjo de onda a su cerebro, para sentir que hace el mal o está haciendo el bien a esa otra persona; ya sea, hablando o demostrándole algo, aunque sea con grado de superioridad.

Rompo una lanza a favor de los andaluces, para seguir diciendo, que no hacen absolutamente nada para ser así, ya que todo se le da por añadidura, hasta se le ha dado su historia por diferentes culturas: Esa mezcla ha hecho la pasibilidad con que toma en serio o no la vida y al medio que le rodea.

Una persona puede querer o no querer una cosa, siendo consecuente con sus mismos hechos al ser consciente esa persona del acto que ejecuta y que en realidad quiere ejecutarlo. Pero: ¿Qué me dice usted, de estas gentes; ya que su consciente no es racional en la ejecución de ese acto, al ver como lejano el medio ambiente que le rodea. No tienen la conciencia del tiempo ni del espacio, que le rodea al tratar a su interlocutor, como a alguien que le habla desde lejos, aunque esté bien cerca.

El mercado le está haciendo abrir sus conocimientos hacia otras metas, hacia otros derroteros y poco a poco, está acaparando esas olas nuevas, de un racionalismo económico, aunque sea como ya nos hemos referido otras veces, microeconomía, debido a la macroeconomía; ya que paulatinamente, estas medidas empresarias van juntas al aparato de filiales en regla y por consecuencia, al tener que obligar a vivir su vida de una manera diferente a como antes lo hacía.

En el sentido de servicio, se ve una gran infraestructura, siendo un baluarte en estos medios turísticos y de acaparamiento de capitales fuertes, sorprendiendo también en los astilleros, así como

en la siderurgia, y en la construcción de elementos muy sencillos electrónicos, acaparando una gran mano de obra, proliferando las empresas constructoras debido a esa demanda de personal y si no; véanse estos últimos años en Sevilla, al igual que en otras capitales de la región.

No se puede olvidar uno, como ustedes me lo pueden estar diciendo, de las exportaciones; ya que las importaciones de mercancías ha bajado el cupo de las mismas para aumentar las exportaciones con carácter general: Eso, sí, con carácter general todavía, pues no están muy especializadas sus exportaciones, pues cuando unas veces aumenta un producto, en otro tiempo disminuye considerablemente, ese producto.

Se espera que en un tiempo, no muy largo y ya debidamente considerado, se estabilice dichas exportaciones al tener una demanda normalizada de las mismas.

Un papel muy importante goza también en estas gentes el adelanto de la industria química, con algunas más, formando un propósito de abrir a éstas gentes otros horizontes de ver la vida; ya que a lo referido antes, lo sitúo sobre los años cincuenta y dos al cincuenta y ocho y todavía mucho más anterior.

Es muy importante, que comprenda aquel ejecutivo empresarial, que a el no nos hemos referido; ya que como digo, lo contado trata de muchos años atrás, donde el tal vez no existía y sí existía, que haga una valoración de cómo se vivía en aquellos tiempos señalados anteriormente.

Todo este ir y venir, todo este evolucionismo económico, acondiciona esta región para entender la hospitalidad de otra forma, aunque como ya he dicho: Un tanto sui géneris.

Está más acorde a lo que en general se da en toda la nación y recibe a sus visitantes, aunque sin inmutarse, con otro punto de vista, con otro parecer; pero con la misma forma de ser. Yo creo, que no cambia sus costumbres; de tú ahí y yo aquí.

El palmeo y el guitarreo, está más delimitado, hay que ir a verlo, ya que existen casas domiciliadas para ello; pero eso sí: No juntes a más de dos personas, que de momento se forma un tablao flamenco y hasta sin ellos quererlo. Comienzan a palmeo y a cantar, con tan sólo un chato de vino que se tomen. ¡Brotan!; sí señor: Brotan la alegría tan pronto tienen un pequeño motivo para ello.

¿Pero, qué alegría? . . . Comer no comeremos; ¡Pero anda lo que nos divertimos y reímos!. Si analizamos esa frase y la diversión, nos encontramos una similitud de contenido en su etimología, más bien refiriéndonos al tema de la espontaneidad; no en la forma de saber estar.

Esa espontaneidad; se la brinda, no la tierra, si no su carácter pensativo, de ver tantos y tantos turistas al rededor suyo, o de ver en auge sus ferias y fiestas, sostenidas más bien por el vulgo; ya que las costumbres hacen leyes, como se dice.

Esas fiestas, entroncan creencias religiosas, pues siempre son para una Virgen, con creencias paganas: Tienen sus actos religiosos con sus actos sociales de diversiones. Cosa esta que gusta tanto a los extranjeros y sobre todo tanto más al ver esos actos sociales, ese baile y ese cante, con la fiesta de los toros; por lo cual vienen corriendo a estas tierras los extranjeros, para ver tales hechos.

Su clima claro y puro, hace que sean idóneo para el arte fotográfico; ese Cielo gris claro, que vislumbra un hado algo desigual a otras partes, hace que el turista se ensañe haciendo todas clases de fotos a sus paisajes; dando un contraste con las aguas azules de sus mares, puras y cristalinas: Viendo surcar a su fuera borda, como nunca jamás, lo ha visto. Observando en el fondo de su acuoso líquido infinidad de pescados de todas clases y de todos los tamaños, que por cierto es de un sabor inimitable según pude comprobar.

Surcando sus cielos y navegando sus mares, se aproximan todos los años infinidad de turistas a su región, para poder disfrutar de sus bellezas y de sus gustos culinarios, que es otra consecuencia al alza, para atraer toda clase de personas.

Su comida es abundante; pero no es esa abundancia exuberante, sin ton ni son, es más bien una consecuencia de la gran variedad de productos cosechados y criados en sus tierras, debido a la gran extensión de sus regiones y a la gran variedad de sus climas, unas veces más trópico que otras. Se come toda clase de alimentos conocidos en estas latitudes y bien aderezados y bien condimentados.

Aquí el turista que haga régimen se le rompe en los días de su estancia en estas tierras, viendo su tripa más hinchada y su balanza con más peso; así, que al cabo de ciertos días se va a su tierra, a su pueblo, casi desconocido, con la barbilla más aumentada y su ropa más estrecha.

Bueno es, que sea buena; se cuente algo de sus playas, de sus costas: Son diferentes a cualquier otras playas y tienen toda clase de variedades. Aquí se encuentra arenas gordas y en el otro sitio hay unas arenas finas y suave al tacto, que hacen las delicia de sus bañistas, más para allá se ve una costa serpentear por todo el litoral desvelando el sentido humano, ya que en cada recodo de sus requiebros terrestres se observa cada vez más y más diferentes un lugar de otro; allí donde hay una quebrada, en otro sitio hay un llano de playa o una vegetación exuberante que hace hasta daño a los ojos, o un montículo de arena, formado por dunas permanentes viendo la navegación majestuosa de sus barquitos pesqueros, al amanecer el día siguiente, para mercar sus productos que traen dichos barcos.

Sus tierras son maravillosas, ya que forman un conjunto variadas de gran extensión: Allí donde hay una cañada, más allá hay un llano, cuando no, unos montículos o una montaña o una cordillera: Todo ese compendio de tierras, forman una masa alternativa para sus visitantes, haciéndoles más maravillosos sus deleites, en su estancia en estas tierras.

Al turista, que no le gusta el llano, le atrae la montaña; donde existen infinidad de campamentos, muy uniformemente unificados y estratégicamente elegida su ubicación social: Resguardados de toda inclemencia del tiempo y de todo seguro humano.

Su clima, acompaña al turista, en estas latitudes, como si fuese un escudo protector, ya que se puede respirar a pleno pulmón, sin ninguna clase de perjuicios y todavía me atrevo a decir, que hay muchas enfermedades que se ven disminuidas en sus efectos por dichas causas.

-. Vengo más fuerte.

Sí, es lógico, que se diga eso, ya que donde ha estado esa persona, es un lugar no dañado por la industria, ni por la contaminación de ninguna fase que le asfixien. Son aires puros y cuando no, acompañados por unos pinos o arbolada, que hacen las delicias de sus visitantes.

Además se encuentran infinidad de fuentes naturales, que hacen no llegar a cientos de kilómetros, para abastecerse de agua, al turista; Pues sus aguas de esas fuentes, como por encanto, en general sus aguas son frías, pero también las hay de aguas termales con sentido curativo y medicinales.

Este conjunto de asombro, de encanto, contrasta con la gran variedad de sus playas y de sus hoteles; donde su servidumbre está diestra y dada para aportar a sus huéspedes toda clase de confort, haciéndoles, sin palabras, mudamente, a que vuelvan otro año para vivir unos días de ensueños, allí donde no los hay, allí donde no los encuentren por falta de acomodo, o por falta de ese desvelo. Acompaña al forastero gran variedad de pájaros y de animales de todas clases, dejándole un relax al visitante en su Alma, como sino tuviese ninguna clase de problemas en sí.

Todo este mare mágnum de formas y contrastes de paisajes, se entrelazan con el carácter afable del andaluz, que deja de hacer y a la vez obra él por su misma cuenta; parece como si tuviese el lema de: Deja hacer y haz tú también.

El turista acampa a sus anchas por esas tierras, ya que como digo, el aborigen lo ve tan normal que visiten sus comarcas, que no le da gran importancia al hecho ni a la persona en sí y deja de que vaya y venga a su acomodo por dondequiera dichos turista; solamente le ve como sentido comercial. Al andaluz, le importa poco quién sea el turista; que tenga clase o no la tenga, que esté, el caso que se quede allí su dinero.

Ha conocido a muchos extranjeros, ese andaluz, al cabo de su vida se acuerda de ellos, pero si no vienen a dejarse su dinero, es un recuerdo vago en la historia; pocas personas se cartean con otra persona de otro país, por mucho que la haya conocido en el tiempo de un verano.

Esas relaciones, hacen también, que ese mismo turista recuerde a dicha tierra, como eso; como a la tierra donde pasó unos días de estío y nada más. Se lleva grabada en la memoria y en su cámara fotográfica o en su vídeo, algo que el, un día vio en estas tierras, para después recrearse en ello, cuando esté lejos de ellas.

Y poco más, los puedo contar yo a ustedes, que no haya visto y que a mi simple opinión me pareciese como se lo he narrado en aquellos tiempos, dentro de un concepto erudito, con lo que conlleva con eso: El fallo.

Puedo haber acertado o no; pero les ruego, sepan cubrir mis impertinencias con ese hado de pasión, con ese amor característico de sus habitantes a su tierra, pura y virgen; es así, que hay una ciudad, que se le denomina: “ La tierra de María Santísima “.

Humildemente, les pido perdón por todo los agravios que haya podido cometer con mis escritos, pues lo he hecho con amor a su tierra; esa tierra.

Y no quiero despedirme de la tierra en donde por vez primera supe del amor verdadero, supe del fatuo, como se diría en Latín, y empleando ese orgullo en sentido de amor a la mujer amada, hago una oda verdadera para su grandeza y señorío.

Seguiré con la historia de mi vida y les narraré los hechos, que se hayan producidos en esta, mi tierra.

/////

III PARTE

Amanecer; ya había amanecido y como solo tenía pagado la estancia en aquel hotel hasta ese mismo día, no era cosa de prolongar por más tiempo mi presencia en el, así que bajé de mi cuarto y decidí desayunar en las dependencias de ese alojamiento, para más tarde coger el coche y emprender mi marcha.

Quería salir de la ciudad, fuese como fuese, y me dirigí río arriba, pero bien pronto vi que esa avenida se cortaba, debido a un gran edificio que al parecer era una estación de ferrocarril. Doblé a la izquierda y me encontré en una plaza con una calle prohibida al frente, haciéndome bajar a otra más abajo, para doblar a la derecha, ya que vi en ella unos letreros, como indicándome un destino. Más adelante y después de pasar un puente, consideré que el primer pueblo se encontraba a la derecha y allí me fui; le pasé bien pronto, pues la carretera le cruzaba por el medio. El nombre del pueblo era así, como: Cama.

Efectivamente, después de pasar la vía del tren al final de dicho pueblo, se encontraba una carretera para llegar enseguida a Santisponce; lugar obligado a parar, ya que vi en un letrero algo romano, y así era, una vez que traduje en el diccionario su contenido, ponía: “Ruinas romanas”. Tuve suerte por lo que pude comprobar, ya que aproveché una excursión de una escuela a las mismas y pude ver en ellas el mejor mosaico que nunca he podido observar en mi vida, así como a donde las personas luchaban con las fieras.

Pasé un letrero indicándome a Gerena y mi diccionario encontró una Capital, la que deseché por encontrarse a mil y pico kilómetros de allí. Pasé varios pueblos y después de bajar una cordillera, encontré una carretera en la bajada de la mismas, pero decidí seguir el camino que llevaba, para volver a subir un poco las mismas estribaciones montañosas y llegar a un pueblo donde lo primero que se veía en su plaza, era una estatua. Paré el coche y me dirigí a un bar que había a la izquierda.

-. Mister.

-. Nos conocen aquí, ustedes, a lo lejos.

-. Son ustedes inconfundibles. Mister: ¿Qué desea?.

-. Lo que más me apetece es un refresco.

-. Eso está hecho.

Me lo adornó todo lo bien que pudo, aquel hombre, y después de mirarme fijamente un buen rato, replicó.

-. Mister. ¿Quiere algo de comer?.

- No me apetece nada.
- No mucho; pero tiene cara de que si le doy esta morcilla, sí se la come.
- Es hora de tomar un algo.
- Ustedes no suelen comer a esta hora, pero aquí solemos tomar un tentempié, para continuar la jornada.

Y claro que me lo puso, aquel buen hombre; es así que lo acompañó con unas aceitunas, que al parecer eran de allí cerca.

- ¿Quién es?
- ¡AH!. ¿La estatua?. Zurbarán.

De Arte, si sabía un algo; así que enseguida comprendí que se trataba de un gran pintor y que casi todos los cuadros estaban expuestos en un Monasterio de una región española y al tener ese pensamiento, enseguida me vino a la memoria una pregunta.

- ¿En qué región estoy?
- Se llama Extremadura.
- ¿Entonces, Andalucía?
- La ha dejado usted atrás.

Un señor que escuchaba la conversación, enseguida participó de la misma; como si me conociese de toda la vida.

- Sí, Mister. Usted está en Extremadura. ¿Dónde quería usted llegar?
- Quería dirigirme para la costa.
- Pues, si viene a España para algún tiempo, ya tendrá ocasión de ver la costa; usted siga y vea esta región que es muy bonita.
- Me lo dice usted, así . . .
- ¡Claro!. Se lo digo, porque lo siento. Hágame caso y siga usted hacia delante.

Esa misma carretera me llevó a pasar por Los Santos de Maimona, Almendralejo para llegar hasta Mérida; parada obligatoria por su infinidad de ruinas romanas: El acueducto, el circo, el anfiteatro y unas veintiséis casas con sus termas y sus mármoles por todas las habitaciones de su recinto máxime hoy con su museo romano.

-. ¿Y ya está?.

-. Mister. ¿Le ha parecido a usted poco?.

-. Lo digo, por la rapidez que usted me lo ha enseñado todo.

-. Aquí vienen los turistas, y se van en el mismo día casi todos, sí señor, es paso obligado.

-. ¿Sabe lo que le digo?.

-. ¿Dígame?.

-. Esto es para verlo en varios días y más detenidamente. Tienen ustedes aquí lo que no lo valoran en su totalidad, como debía de ser.

-. Le emplazo para verlo más detenidamente, como usted dice.

-. Tiempo habrá. Le tomo la palabra. De momento voy a continuar mi itinerario y algún día, ya hablaremos.

Salí a la carretera y decidí seguir a un autocar que circulaba majestuosamente por su derecha: Pasamos varios pueblos, los cuales abogo por su secreto y ya en unas curvas pronunciadas y en una carretera estrecha y angosta, decidí pararme a un lado, en un recodo de la misma, acobardado por sus curvas y sus puentes cortos y con casi doble vueltas.

Cuando pasó mi pequeño mareo, por acobardamiento de curvas y marchas cortas, decidí seguir y; ¡AH!, maravilla: A cada lado de la carretera se veía intercalarse, nogales con castaños e infinidad de pájaros de todas clases de plumajes y toda clases de colores. Sus trinos; unos finos y otros acoplados, aquellos más flauta y estos otros, graznidos, con el croar de los otros, y hasta algún piar de piar de unos pequeños pajarillos diminutos llamados: Moscas o Pincha-Uvas. De todos los tamaños y de todas las medidas, con miles de patas y miles de ojos, que divisaban la marcha del coche, como queriendo darle la bienvenida a un pueblo diverso por sus características y bello por su

monumento. Ese pueblo, me pareció estar escondido en una sierra, al que le demuestra sumisión y le da gloria a sus fuentes a su arquitectura: Parece, como si le formase la guardia, en son de grandeza y venerando a sus calles y a su construcción.

-. Mister.

-. ¿Dígame?.

-. Le veo azarado en el corazón del cobre.

-. ¿Cómo, cobre?.

-. No tiene más que echar un ojo a las tiendas que le rodean y ya verá usted lo que se expone, para su venta.

Me fui hacia una acera y en el umbral de un comercio pude comprobar que había vasijas hechas de un metal parecido al cobre, ya que eran un tanto amarillas; desde luego, eran muy buenos imitadores, sino estuviesen hechas de dicho metal.

Decidí entrar en el establecimiento y cogí un recipiente de tantos otros, como existían en dicho comercial y, ¡OH!, sorpresa de sorpresa.

-. ¿Para qué sirve este recipiente?.

-. Es una medida de aceite, Mister.

-. Pesa lo suficiente para saber que es cobre.

-. ¡AH!; aquí todo este lote es cobre. Esta casa se caracteriza por ser un establecimiento, comercialmente, serio. Es todo el, serio.

-. Ya lo veo. ¿ Su precio ?.

-. Pues para ser cobre, vale cinco veces más que si fuese hierro y tres veces menos, que si fuese un baño de plata; como así, dos veces más, que si fuese bronce.

-. Es bastante caro.

-. Es un precio justo

-. Para ser orfebrería, sí; pero para hacerse en estándar, no.

Se entró para la trastienda y salió, aquel señor, al poco tiempo con un jarro en la mano y desde luego me desveló mis sentidos.

-. Este sí es de un orfebre y como puedo ver, bastante bueno.

-. ¡Oiga!: Lo tenemos de lo mejorcito del Mundo, Me refiero, al personal que manipula estos objetos.

-. No me hace falta más que ver el recipiente, para saber su trabajo; aunque no conozco a dicho personal, sé que son bastantes buenos por solamente ver sus trabajos.

Merqué tres recipientes: El que había en la exposición, el del aceite y dos que me sacó de la trastienda, hechos a mano y con sus formas retorcidas, sin dañar a la vista.

-. Mister.

-. Sí.

-. Sígame.

Desde luego que le seguí y al doblar la plaza, que por cierto tenía una fuente barroca en el medio de dicho lugar, e iniciamos la travesía en una calle estrecha y en el centro, con una pequeña cuesta; era corta, pues llegamos enseguida al final de la misma, donde existía otra pequeña fuente de cantería: Se ve, que allí abunda bastante el agua.

Volvimos sobre nuestros pasos y como a mitad de la calle, nos entramos en una casa, después de llamar directamente al llamador.

-. ¿Qué es esto?.

-. Se llama: Llamador.

-. ¿Es de bronce?.

-. Sí.

-. ¿Cómo está cortada la puerta?.

-. Esto, se llama : Postigo.

-. ¿Para qué sirve?.

- Para ver al que pasa por la calle, sin tener la puerta del todo abierta y así entra el aire.
- Que por cierto, es un aire puro y fresco.
- Aquí lo tenemos así durante todo el año.
- ¿Qué venimos a buscar?.
- Miel.
- ¿Para quién?.
- Para usted: Mister.

Con mucho agrado, aquella señora nos invitó a entrar en su casa y parecía que sabía nuestras intenciones; se portaba como si ya lo hubiese hecho otras veces. Mejor dicho: Bastantes veces más.

- ¿Y este, qué quiere?.
- Dale una jarra solamente.
- ¿No se puede llevar dos por lo menos?.
- Dale una; pues va a mercar otras cosas más.
- ¿De esa de enfrente?.
- Sí.

Hablaban como si se conociesen de toda la vida, aquellas dos personas: Mi guía, aquel buen hombre, y el ama de la casa.

- Bueno, mujer; veo que estamos servidos, nos vamos a mercar otros productos.
- Espera. Este hombre tiene que tomar algo: No puede salir de mi casa sin tomar algo.

No sabía lo que significaba lo de tomar algo, pero pronto me di cuenta de la onomatopeya de aquellas palabras, pues a poco tiempo se presentó la señora de la casa con un vaso de leche y unas galletas, hechas por ella. Créanme ustedes; me sentó aquella comida demasiado bien.

- ¿La leche . . .
- Tenemos vacas en la finca.
- ¡Ya!. Veo, que es pura.

- Las galletas son para rebanar la nata, que hace la leche al hervirla.
- ¡No sabe usted, lo bien que me está sentando esta comida!
- Las galletas, las he hecho yo.
- Me estoy dando cuenta.

Cuando degusté aquella deliciosa merienda, pues ya tenía yo ganas, nos despedimos de aquella señora muy amablemente, dándolas las gracias y saliendo de su casa para dirigirnos al hogar de enfrente; otro receptáculo, acogedor, y confortable, como todos aquellos edificios.

- ¿No hay llamador?.
- Esa argolla.
- ¿Este hierro?.
- Ese metal, vale para llamar.
- ¿Y aquí, qué vamos a comprar?.
- Yo lo verás, Mister.

Era otra casa, como digo, de construcción medieval, pero fresca y acogedora a la vez: La señora de la casa tenía menos años y era más alegre su carácter, que la anterior, pero con más coraje, que aquella otra, pues se movía con más destreza y genio, a la vez que tenía otro vocabulario idóneo para aquel momento y un punto de vista para vender como a pocas gentes la he visto yo.

- ¿Qué: Habéis estado en casa de ésa?.
- Sí. Cállate.
- Que tú eres forastero y no sabes nada de aquí, aunque vienes mucho al pueblo.
- Lo sé.
- ¡Qué vas a saber!.
- ¿Qué haces?.
- Le peso dos kilos de nueces y otros dos de castañas, aquí, al Mister.
- Con uno vale.

- Ya los tengo pesados, ¡Haber: Sentaros.

Me ofreció la señora de la casa un sillón y haciéndola caso, me senté en el y enseguida se presentó con un plato de buen chorizo y parte de jamón.

- Hemos merendado ahí enfrente.

- Pues aquí se merienda otra vez, No hay quién entre en mi casa y salga sin haber comido algo de lo que yo tenga.

No quedé con hambre, al contrario; pues casi tripa había cogido al terminar con aquel plato succulento de viandas, ya que hasta una alcachofa me hizo aquella señora de comerme y por cierto que estaba muy buena.

Desapareció aquella buena mujer por una habitación. Para aparecer al rato, con una nota en la mano, dándosela a mi acompañante.

- Esto no hemos pedido.

- Las alcachofas, también..

- ¡Y seis kilos!

- Y si tardáis en salir de casa os echo dos kilos más.

- ¿No comprendes que hay que agradar?.

- Es lo que estoy haciendo.

Pagué aquella nota; que por cierto, no sé si serían las cuentas de los comensales de todo un hotel, o si se había equivocado aquella buena señora, pero lo cierto es que pensé no replicar y pagar cuanto antes para salir a la calle lo más pronto posible, pues vi detrás de ella otro plato de queso, que moviéndolo, hacía ademán de presentárnoslo.

- Mister, Yo diría, que se le ve un poco tripa.

- Casi tiene usted razón. Estoy pensando en desajustarme un poco el cinturón: Me aprieta.

- Hágalo sin reparo.

- Bueno:¿Pero dónde vamos?.

- El que llega a este pueblo y no ve el Monasterio, es como si no hubiese visto nada.

Nos dirigimos al centro de la plaza y en una fuente que hay allí mismo, me paré para contemplar aquel edificio, rectangular y hermoso, en cuya fachada se observa el rosetón gótico, del tercer periodo, y unas jambas en la puerta acompañadas por una madera muy antigua y al parecer de encina: Abundantes por aquellos contornos.

Su Templo, era una Basílica enorme, cuyo Altar Mayor estaba separado por unas verjas de hierro acompañadas por dos Toisones fundidos, al parecer todo ello a mano; era una forja bien hecha y coronando todo esto se veían unas banderas que flameaban de vez en cuando, como haciendo ademán de saludar al visitante.

No crean ustedes que todo lo contado hasta ahora formaba su gran ornamentación; pues decorando, como gran adorno principal estaba el Coro, con su sillería y su órgano monumental.

Otro gran monumento, era su Sacristía, con una infinidad de cuadros, a cada cual mejor pintados; todos ellos significaban la permanencia de los monjes por aquel recinto casi imperial; pues no hay que olvidar la época del Renacimiento, ya que el gótico plateresco, le ornamentó mucho a dicho periodo.

A la Sacristía la seguía el joyero del Monasterio, donde se guardan los más preciados minerales y las más bellas gemas, que el ojo humano haya podido ver nunca.

Me gustó mucho el Monasterio y en prueba de lo mismo, a su salida compré un souvenir de aquellos monjes; estaba hecho con un baño de plata y se veía en el claramente a la Virgen.

- ¿Qué Virgen es?.

- La de Guadalupe; Mister: Usted está en Guadalupe en estos momentos.

- ¿Es camino de Andalucía?.

- No; todas las regiones vienen aquí. Aquí se reparte, no se parte.

- ¿Qué se reparte?.

- Gracias; o la gracia de la Señora. ¡La Virgen!.

- Eso me agrada.

- Es hora de marcharnos.

- . Voy a por el coche.

- . No; yo le llevaré: Monte en este coche, es mío.

Subí a su coche, al que se le dominaba: “La Rubia”. Era una especie de coche y furgoneta muy potente, Lo único malo en el, era que la puerta del conductor no existía.

Después de llevar varios kilómetros discurriendo por la carretera, llegamos a un pueblo llamado Cañamero; parada obligada, según mi guía por algo que yo no comprendí bien.

- . ¿Qué ha dicho usted que existe en este pueblo, para que paremos en él?.

- . Vinillo, Mister: Un buen vino cosechero en éste pueblo.

- . Debe ser muy bueno para que lo probemos.

Me entró en un bar mi guía y preguntando por el mosto, le sirvieron un vaso de aquel vino, con muchos grados y buen cuerpo. Sin decirle nada a mi guía, el tabernero sacó una botella entregándosela a mi buen hombre.

- . Es para usted, Mister.

- . Dile cuanto es.

- . Dos chato y la botella, no le cuesta mucho.

Me dijo aquel hombre, que no me iba a costar mucho y por poco me asusto, ya que me pareció haber convidado a todos los que consumían en la barra, ya que aquellas personas me miraban sin pestañear, y por poco la idea no se me iba de la cabeza y para ello esperé un poco, aunque mi guía me metía prisa y vi de pagar a unos señores un precio algo convenido para lo que tomaron, pues se ajustaba más a su tarifa.

- . ¡Vamos!, Mister.

- . Cuando usted quiera.

Después de pasar por varios pueblos, Logrosán, Zorita, llegamos a otro pueblo con parada obligatoria por su Castillo y su plaza, Entró dentro de la plaza con su coche furgoneta y enseñándomela, me presentó la estatua del conquistador Pizarro, para después invitarme a visitar el Castillo.

- Es una fortaleza muy hermosa.

- ¿Pero no le parece a usted, que estas gradas, no están para que suba tantas gentes?.

- Están en obras en el Castillo y dentro de poco, las tocará a las graderías; pero confíe, Mister y suba detrás mí.

Se veía una extensión bastante enorme de campo desde sus almenas, pues a mi simple opinión, se extendía la vista así como a veinte kilómetros; ya que el Castillo fortaleza no es muy alto, pero se encuentra en un cerro de altitud considerada, dominando todo el pueblo de Trujillo: Como demostrándola a dicha ciudad, aquellas piedras, signo de sumisión a tanta historia y a tanta grandeza de insignes conquistadores.

Proseguimos nuestro camino y llegamos a Cáceres, Capital, haciendo otro alto en el camino para visitar su arquitectura antigua y señorial; toda ella de piedra de cantería. Era una Ciudad, como digo, con mucho señorío y garbo, pues hacía gala del pasado, sobre todo el Medioevo antiguo y de una gran corte y grandeza, en el esplendor de aquellos tiempos: Hasta me parecía haberme metido en el túnel del tiempo; se encontraba mi Alma transportada en el tiempo y en el espacio.

- ¿Y aquí, qué tomamos?.

- Su historia. Su historia nada más, Mister, ¿Le parece poco, lo que estamos contemplando con la vista?. Solamente, ver esto, ya se come.

- Por eso mismo me ha entrado hambre.

No me dejó coto mi buen hombre, e invitándome, no a un bocado, si no a entrarme en la furgoneta, para salir de aquella preciosa ciudad a la carrera y en un bar, de los que había en ella, antes de llegar a Coria, nos pusimos como : El chico del “esquilaó”. Frase que oí por estas latitudes.

- Va cayendo la tarde.

- ¿Y qué quiere usted decir?.

- No podemos volver a parar más.

- ¿Eso significa?.

- Que el coche hay que dejarlo en un pueblo, e ir a pié a otro.

- . ¡No me diga!

Sí, que me dijo; pues dejando el coche en una calle de aquel pueblo, que no recuerdo su nombre y después de emparejar a un burro, este mismo nos sirvió de guía durante todo el camino, por valles, montes y cañadas.

Ahora sí, que era bueno: Mi guía estaba siendo un burro, que aunque se había hecho a todo y ya de noche, el burro seguía y seguía su sendero hasta llegar a unas casas en forma de pueblo.

- . ¡Señor!

- . ¿Llama al Altísimo, o es a mí?

- . Es a usted.

- . ¿Qué quiere?.

- . ¿Qué hago yo aquí?.

- . Visitar estos parajes. Ver naturaleza y disfrutar de la vista, para vivir esta vida pura y sana de estos pueblos.

- . Y al parecer sin llegar la mano humana.

- . ¡Ya verá, ya verá!

¡Claro que vi!: Vi un pueblo puro y noble como ninguno, con sus genes emparentadas y derrochando amistad como en ninguna parte; pues era hora temprana de la mañana y ya me había llevado la señora de la casa el desayuno, una taza de leche y un poco de pan, que sabían a gloria.

- . ¿Qué es este lugar?.

- . Un pajar.

- . ¡Un pajar!.

- . Sí, Mister, Vino usted tan cansado, que sobre una manta en la misma paja, se quedó enseguida dormido.

Tomé nota de lo que me dijo aquella señora y todo perplejo, por aquella acogida singular, salí al campo para ver sus alrededores y créanme; eran preciosas sus flores y sus árboles frutales: Allí

pastaban sus ganados a pleno placer y allí se vivía como en la edad media, sin prisa y sin agobios de ninguna clases. Sus infinidades de arroyos fluían en torrentes con aguas claras y cristalinas, en donde se podía ver uno la misma cara y se podía peinar en el reflejo de sus aguas, a través de su corriente.

La merienda constó de una perdiz y abundante leche, así como de pan, mucho pan.

-. Bueno, Mister. Ahora tiene usted que volver a su destino.

-. ¿Yo sólo?.

-. No: Irá usted con el burro.

-. ¡Con el burro!.

-. Sí, Mister; el burro será su guía. Lo mismo que nos sirvió a la venida, le servirá a usted en la vuelta.

-. ¡Si no lo veo, no lo creo!.

Por aquellas sendas estrechas y angosta, donde ni las águilas volaban, discurríamos el burro y un servidor de ustedes a punto de estrellarme los sesos entre aquellas piedras, unas veces y otras despeñarme por aquellas rocas: Y créanme, que hasta recelo me dio de si el burro iría bien dirigido o no. Verse, no se veía a nadie; solamente se oía el graznar del cuervo, el piar de algún que otro pajarillo, o el gruñir del jabalí, así como el cloquear del urogallo en su cielo.

La flora: La flora constaba de infinidad de matas pequeñas, como yesca, o tomillo santero, con infinidad de flores de todos los colores que contenían aquellas jaras tempranas y frutas sabrosas, que ofrecían aquellos árboles silvestres, pero que estaban sembrados allí; sin ton ni son, donde sus productos se ofrecían salvajemente, ni tan siquiera cultivados: Ofrecía sus manjares a todo el caminante, que pasaba cerca de su contorno.

Otra vez me surgió la duda, que si el burro se dirigía por su instinto animal o no, y pronto caí en la cuenta de que el cuadrúpedo había desistido en su empeño: Se salió de la senda, agachó la cabeza y comenzó a comer la hierba.

Me corrió por todo el cuerpo un escalofrío, que me invadió toda mi Alma y sin pensarlo más, corrí a su lado para ver qué era lo que comía y, ¡OH!, sorpresa; respiré un poco al ver que era forraje, lo que degustaba el mohíno. ¿Si allá había forraje: Ese campo había estado sembrado?. No estaríamos lejos de algún sitio poblado, por lo cual me tranquilicé un poco. El animal estuvo comiendo, cosa así, como media hora y cuando le pareció bien prosiguió el sendero cuesta abajo y otra vez que hizo otro alto en el camino, al llegar a una charca para abrevar un poco.

Mi risa estaba entrecortada; mitad sorpresa y mitad recelo, de lo que estaba haciendo este burro: ¿O lo había hecho ya, muchas veces, o seguía adelante por su instinto?.

Duró, duró mi duda hasta que en un recodo del camino, comencé a ver una torre a lo lejos; lo cierto era, que al burro no le pasaba nada, iba sereno y el único nervioso que había allí era yo: No sabía lo que pensar; si era instinto lo que tenía el animal, o era otra cosa.

Hubo un buen rato, en que la torre desapareció de mi vista hasta que volvió aparecer otra vez más y poco a poco fui viendo algo más de ella; era un pueblo. Sin duda era un pueblo, pues ya observaba el tejado de su Iglesia, y así como a unos veinte minutos y a causa de los montes y las peñas, observé por fin las primeras casas y con ellas, la primera calle de aquel pueblo . . . ¡Ole! . . . ¡Ole! . . . ¡Ole! . . . Esos ole, se los echaba al burro y a toda su casta.

El pueblo parecía pequeño, pero con todo y eso, el burro pasó la primera calle y así otras, no haciendo afán de pararse y otra vez me entró un poco de repelo por la duda, hasta que en una casa y ya casi a las afueras y pegando casi con los morros en una puerta, se paró frente a ella. Salió una señora de la casa al oír los porrazos dados a la puerta.

Menos mal que por fin alguien conocía aquel burro y al parecer, le recibía de buenas ganas. Me parecía mentira todo esto, pero lo estaba viviendo y había que creerlo. La señora; tomó el cabestro del burro atándolo a una argolla, que había en la fachada de la casa, dándole unas palmaditas en el lomo al animal; este volvió la cabeza hacia ella resollando un poco, como pareciéndole bien y estando a gusto.

-. Señora: ¿Hay algún coche que me lleve por lo menos a la Capital?.

- . Hace media hora, ha salido el de por la tarde, ahora tendrá que hacer noche en este pueblo y por la mañana temprano, cogerá usted el autobús que va directo a la Capital.

- . ¿Pero hay carretera?.

- . Sí, sí; aquí si hay carretera, Este pueblo está comunicado por carretera con el resto de los demás pueblos.

Pues menos mal, ya que de donde acababa de llegar van solamente los intrépidos y los valientes. Vi aparcada la furgoneta, que me había traído el hombre de mis sueños; pues lo que me estaba pasando me parecía una pesadilla y pregunté por el aquella señora y alzando la mano y juntando los dedos, desde la cabeza hacia arriba, hacía como una especie de remolino, alrededor de su cabeza, Comprendí pronto, que a quién había hecho caso no gozaba de muy buena salud mental, pero por otra parte, a simple vista no se distinguía de el, nada de eso, ya que era un buen comerciante y un buen merchante en los negocios.

Me preparé para pasar allí, en aquel pueblo, la noche; cuando a poco tiempo llegó un hombre de edad mediana preguntando por las llaves de la furgoneta. Yo puse oído todo lo que pude y salí al paso de aquel hombre, pero antes me abordó la señora de la casa.

- . Mister.

- . Sí; dígame, señora.

- . Mi hijo va a la Capital dentro de unos momentos; llegará tarde, pero si se quiere ir usted con el, puede hacerlo.

Me importaba poco llegase cuando llegase, lo cierto es, que estaba mejor en la Capital y allá que me fui con aquel joven, rumbo a otros sitios más confortables que donde estaba; pues seguro que dormiría otra vez más en alguna parte un tanto exótica.

Me pareció mentira que el nombre del pueblo sin carretera, cuando pregunté cómo se llamaba, tuviese algo de Moro, o Morisco, pues si allí hubiesen llegado los famosos turbantes, de otra manera se encontraría, por lo menos una vía de escape tuviese aquel pueblo para cualquier otro.

Aquella noche la pasé en una fonda, donde me llevó a primeras horas de madrugada aquel joven y al parecer se quedaba todo en familia, pues la llamaba a la patrona, tía; y dicha señora nos hizo acostarnos en una habitación donde existían dos camas, no sin antes darla las ordenes de que me levantase para coger el autobús que me llevaría a Guadalupe.

Amaneció y como estaba previsto la señora de la pensión me llamó a la hora convenida, saliendo camino del primer pueblo, llegando a el a mediados de la mañana y cosa curiosa; no recordaba dónde había dejado mi coche. Vi a un policía local y me accionó con la mano, ya que iba yo por el medio, me acerque a el.

-. ¿Es un coche extranjero, que lleva ya tres días estacionado en el mismo sitio?.

-. Sí, señor.

-. Mire, allí se ven los morros de dicho coche.

Miré para donde me indicaba el agente del Excelentísimo Ayuntamiento y en efecto, se observaba todo el morro de mi coche; se veía toda su capota.

Salí raudo de aquel pueblo, pues mi idea era otra que el estacionarme allí y cuando ya llevaba un buen trayecto en la carretera, después de pasar por un acueducto y subir y bajar montes y tomar curvas, ya en un llano, se presentó una repoblación de pinos, invitándome dicha naturaleza a un alto en el camino. Me metí con el coche en el pinar bajándome de el para abrir el portamaletas, sacando la miel y las nueces; pues tenía ya hambre, Las nueces me servían de pan y la miel de fortaleza para seguir mi viaje comino de no sé adónde.

Después que me hube saciado proseguí mi trayecto pasando posteriormente por unas encinas perfectamente puestas allí y bien delineadas, me invitaba a otro receso pero no lo hice y eso que vi ovejas, cerdos y hasta águilas entre aquellas encinas. Después de pasar un pueblo y la indicación de otro, tomé la carretera que se dirigía más bien hacia el sur, a mi simple opinión.

Llegué a un pueblo, donde se fardaba de tener un lago y de pescarse los mejores peces de dicho contorno, ya que con la persona con quién entablé conversación parecía muy aficionado a dichos menesteres.

- . ¡Nada!, nada; tú te vienes conmigo, Mister, y duermes en mi casa, que mañana te llevo yo a pescar.

- . Como quiera.

- . ¿Hace otra?.

- . ¿Otra qué?.

- . Otra ronda.

- . Como quiera.

- . ¡Eh!; chacho, Otros dos chatos.

Me parecía mentira el afecto que cogían estas gentes con la simple vista; si a penas nos conocíamos hacía media hora y ya me estaba invitando a su casa.

Me llevó aquel señor a su casa y después de estar hablando con el y con su señora, hasta muy altas horas de la noche, me mostró una habitación, haciéndome pasar a ella para que pudiese descansar.

- .Hasta mañana, Mister.

- . Hasta mañana, señor.

A lo primero no me había dado cuenta, pero luego me percaté que el suelo era de barro, pues le habían dado una mano de un color pardo amarillo; pero no era eso sólo, sino que las paredes eran también de barro, unos adobes contruidos por ellos, al parecer algo resistentes. ¡Estaba en una casa hecha de barro!.

A una hora muy temprana de la mañana me despertó aquel hombre y me hizo llegar al río, andando y después de hinchar una barca de goma me hizo montar en ella y nos entramos en aquel lago enorme y algo profundo: No era mal pescador, pues pronto empezaron a picar los peces, y se comenzó a llenar la cuba, que llevaba para tal ocasión.

- . Mira, chacho, que barbo he pescado.

- . ¿En qué se distinguen los peces?.

- . Mira los bigotes.

A poco tiempo después y desde la orilla opuesta, se oyeron unos silbidos fuertes acompañados de un sonido de voz, algo característico.

- ¡Eh!: quillo; acucha.

- ¿Qué?

- Que, qu'acuche. ¿No es hora de llenar la panza?.

Miré hacia los lados sin ver a ningún cuadrúpedo, animal, y no comprendí bien lo que quería decir aquel respetuosos señor, pero sí le vi gesticular, con brazos y manos llamándonos a toda prisa a la orilla del lago.

- Señor.

- Sí, Mister: Dime.

- ¿ A qué animal hay que darle de comer?.

- A uno de dos patas.

- ¡Ah!: ¿Está desgraciado, dicho animal?.

- No: Está que muerde. ¿No le ves las ganas de chatear, que tiene?.

- ¿Se refiere a la hora del aperitivo?.

- Sí, hombre; a eso.

¡Y qué aperitivos!: Una pata de pollo, medio conejo, papas, ensalada de tomate y lechuga . . . Y así una infinidad de aperitivos, puestos entre chato y chato. Fueron llegando otros señores y poco a poco, se fue llenando el mostrador, de aquel bar, de personas.

- ¿Qué; has cogido muchos?.

- Hoy no tantos. Tenía ganas de ir a pescar lucios y le he montado, aquí, al Mister, en la barca para que vea que es eso.

- Si quieres, ahora mesmo le llevamos al Mister a por lucios.

- ¡Sí, hombre!; asina, ahora mesmo. Asina de fácil. ¿No ha guipao tú, la hora qu'es?.

- Tú cállate: Que naide te ha dao vela en este entierro.

- Y hecho yo una visual a la hora.

- . Pues tira p`allá.

- . Te he dicho que no, Es hora de dir a rumiar jargo.

- . Embueno; como guieras.

Rumiamos, rumiamos desde luego, pues la señora de mi buen amigo, nos sacó una cecina hecha en casa, que quitaba el hipo.

- . Y está hecha aquí.

- . ¡No me diga!.

- . Sí, Mister, Aquí mismo, entre mi hombre y yo. Aquí se matan muchos cerdos.

- . ¿De qué es?.

- . Patatera.

Conseguí convencer a mi buen amigo, de que yo debía seguir mi camino; pues ya me tenía preparada faena para los demás días sucesivos y no me fue fácil de convencerle.

Sin saber cómo, me encontraba otra vez más en una carretera estrecha y con curvas hasta pasar varios pueblos y ya en uno de ellos, me paré para hacer tiempo en el y poder descansar aquella noche, pues el día se encontraba ya en su cenit más avanzado.

En una especie de fonda me dieron alojamiento y por la mañana temprano, llamé desde una centralita que existía en aquel pueblo a mi amiga de Sevilla: Tenía una duda y quería que me la resolviese, mi pequeña cicerón y así fue.

- . ¿Si son todos tan hospitalarios, o pecan de inocentes?.

- . ¿Me ha dicho, Mister, el nombre del pueblo?.

Nada más que la dije algo así como Castillo, como un pilar, o la nombré las peras cirujanas, se echó a reír, para después invitarme a no moverme de dicho pueblo: Ya que iban a ser las fiestas en él y llegaría ella al siguiente día; pues me dio una sorpresa, diciéndome que era de allí, y así lo hice, pasando aquel día viendo todo el pueblo.

Llegó el día siguiente y con el, el autobús que traía a mi amiga y en efecto, se bajó de el con una parsimonia supina; miraba para todos los lados como buscando a alguien, pues sí que lo encontró.

Un joven corrió a su lado . . . Tal vez sería su novio, aunque más bien parecía su hermano. La fisonomía la tenía muy . . . Semejante, la cara era casi igual . . . Pero entre enamorados . . . Ya se sabe. No solamente la saludó dicho chico, si no que también se arrimó a darla la bienvenida un señor de edad avanzada, dándole un cordial saludo, muy afectuosos.

Me miró y me hizo una indicación con la cabeza de que me estuviese quieto; cosa que hice y después de un buen rato, cuando hubieron intercambiado parecer, entre ella y sus familiares, se dirigió a mí con pasos cortos, pero firmes. Cuando llegó a mi altura, yo la quise saludar con un beso de amigo y ella me extendió la mano en son de amistad; cosa que me disipó toda duda, de que aquel chico era su novio.

Se despidió, no sin antes haberme presentado a los suyos y yo me quedé solo en aquella plaza, desolado y sin compañía alguna; de modo, que me fui a tomar un café en el primer bar que encontré. Bueno, mejor dicho, lo primero que encontré en aquella plaza fue el letrero de: “Notaria”. Salía una persona de ella y fue quien me indicó el bar; ya que iba ella misma a tomar café allí mismo.

- ¿Le he observado?.

- ¿Cómo dice?.

- Sí; que le he visto por la ventana.

- ¿Y qué?.

- Es buena chica.

- ¡Ah!": ¿Es eso?. La conocí en Sevilla.

- Está estudiando allí.

- ¿Es usted de aquí?.

- Sí y no; vengo con frecuencia a la Notaria.

Me vio un poco inquieto, así que echando una sonrisa picarona, repuso.

- Anda con ése muchacho, dicha chica; pero no creo que cuaje la cosa: No le hace mucho caso.

- No le he preguntado a usted nada de eso.

- . Pero se lo digo yo, para que lo sepa.

Quedé enterado y bien enterado de las relaciones que existían, entre aquel chico y mi amiga . . .

¿Pero por qué, de aquel interés mío, en saber algo de aquella chica? . . . Casi, casi estaba yo por sospechar algo . . . Pero no; no podía ser.

Ya como a mediodía, salió mi amiga a buscarme y me encontró en una calle un tanto repentina y casi sin nadie.

- . He salido como a comprarme unos pichulines; pero en realidad ha sido por verle : Mister.

- . Tenía yo ganas de verla a usted, ¿Qué hacemos?.

- . Esta tarde nos juntamos todos los amigos: Yo le llamaré.

- . Está bien.

Así fue; por la tarde vi un grupo de jóvenes reunidos y acercándome a ellos fui invitado por mi amiga a juntarme con el resto de los chicos; una vez que me hubo presentado. Yo me sentí confortable entre ellos; pues iba entre los mismos, mi amiga de Sevilla.

Estuvimos un buen rato sentados en el velador, en la puerta de un bar, hasta altas hora de la tarde para después dirigirnos a la plaza y ver los fuegos artificiales y visitar un poco el real de la feria.

- . Donde mejor estamos es allí arriba.

- . Por lo menos hace más fresco.

Así hablaban dos jóvenes, sin dar mucha expresión a sus palabras, pues yo no comprendí bien dónde era allí arriba, y me quedé con mis sentidos igual que a lo primero.

Mi amiga replicó al cabo de un buen tiempo, que no podía ir su acompañante; pues tenía un problema en casa y estaba atento a su llamada.

- . Ves tú, si te apetece.

La invité a ir si así era su gusto, aquietándola parecer alguno y mi amiga tomó la decisión de seguir al grupo, por ella misma.

Subimos por un camino empinado y algunas veces hasta por peñas muy finas; por unas pizarras, que cortaban como cuchillos las manos al agarrar se a ellas. Pero por fin nos vimos cerca del

Castillo en una explanada que había allí y en ese mismo lugar hicimos el hato: Nos acomodamos en el suelo, con unas botellas de cervezas y otras de refrescos, permaneciendo bastante tiempo en grata compañía.

- . ¿No conoces sus alrededores?.

- . Si se refiere al castillo, no.

- . Venga conmigo; le enseñaré todos sus contornos.

Así fue, pues después de dar una vuelta completa a sus alrededores, vimos una entrada perfecta en el mismo Castillo y aprovechamos que se veía algo, entramos en él sin contemplaciones ni clases de reparos. Estaba oscuro todo su interior, pero se divisaba un algo de sus formas y su arquitectura.

A causa de la poca visibilidad, mi amiga tropezó y yo tuve la suficiente certeza de conseguirla sostener con mis brazos, Nunca jamás, empleé aquellas fuerzas, como en dicha ocasión lo hice.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro, muy cerca de la cara, y yo la eché una vista a los labios rosas que en aquella ocasión presentaba la chica a través de la penumbra. Miramos el uno y el otro para la puerta, pues nos pareció ver algo así como una sombra y nos separamos al momento; pero pronto comprendimos que aquella sombra había sido de una mariposa: Cantadas muchas veces por los poetas y en dicha ocasión, maldecidas por mí.

Hubo otro tropezón y cogidos de la mano, salimos los dos de aquel lugar, afuera: Ella no hacía por desasirse de mi mano y yo como caballero separé poco a poco los dedos para irlos resbalando por su palma y conseguí quedarme libre; no sin antes haber sentido unas vibraciones, como de un fuerte fluido eléctrico. Fue una sensación nunca percibida por mí.

Ella me miraba de reojo y hasta yo creo, que se la hincharon los pechos, en unos cuantos suspiros que dio al aire.

- . De día será preciso.

- . ¿El qué?.

- . Mujer, el Castillo.

- Si quiere, se le enseño mañana.

- ¡Hecho!

Mañana fue otro día, y otro día de feria, pues de la calle principal no se movía nadie, a parte que el chico que salía con mi amiga, tuvo que marchar al centro de la comarca por causas de una enfermedad familiar.

- El chico, con quien salgo, se ha tenido que marchar.

- Ya lo sé; me lo han dicho.

- ¡Cómo corren las noticias!

- ¿Sigue en pie lo del Castillo?

- Esta tarde hay capea y luego ya veremos.

Característico, muy característico de aquellos pueblos y sobre todo, antaño, la plaza era en la era y rodeada de carros con aquellas ruedas de llantas acero de y otra pincelada característica, que daba a las fiestas, es tener que matar la Guardia Civil algún toro por aquellas fechas, debido a malograrse el intrépido novillero. Y así fue, se sacó a un toro al campo y allí le remató la Benemérita, aquella tarde, al astado.

Había observado a mi amiga la cara tan rosada que tenía durante la lidia de las reses y me pareció, que estaría pensando en aquel chico; de modo que no la quise despistar en sus pensamientos y la hablé poco, en aquella ocasión.

Tercer día de la feria y cuando llegó la hora de los aperitivos me encontré con todos aquellos jóvenes, en la terraza de un bar, charlando de lo bonitas que estaban las fiestas y de lo mucho que se divertían las gentes, en aquel pueblo.

- Bueno; estos se van esta tarde al lago que vio usted, Mister, estos días de atrás.

- ¿Pero acampan?

- No; es para pasar la tarde, nada más.

- La llevo a usted.

- Hecho; pero tiene que venir con nosotros mi vecina, para que no me vean sola con usted.

- . Como quiera.

No estaba mal, aquel lugar; pues sentados en el velador de uno de los chiringuitos que hay a la orilla del lago y debajo de un enramado de cañas, estuvimos casi toda la tarde hablando mi amiga y yo, mientras los demás, se bañaban en las aguas de aquel contingente sostenido.

- . Es difícil.

- . ¿El qué?.

- . Analizar, filosófica y sociológica a esta región: A sus gentes, a sus pueblo, a su manera de ser . . .

- . ¿Cómo ha empezado usted casi siempre?.

- . Por su hospitalidad. A las gentes de los pueblos, que estudio, las comienzo analizando por su manera de acoger al forastero al visitante y luego por su manera de ser.

- . ¿Ha contado, usted, y ha narrado sus vivencias en ésta región: Al pasar por ella?.

- . Sí.

- . Pues con eso vale. En ésta región vale con eso.

No hablamos más en bastante tiempo, hasta que se dispusieron los amigos de aquella chica, que también estaban allí, a secarse en la orilla del lago. Una vez que me crucé con su mirada me estaba observando fijamente y sin pestañear; ahora sí, que no pensaba en nadie más que en mí, así que alargué mi brazo por la mesa y tomándola la mano izquierda, la asir de ella con poca fuerza, así que hizo afán de desasirse de mí y lo estaba consiguiendo, aunque en sus deseos, no se sus deseos, no se encontraba muy segura, ya que cuando lo logró quedó la mano muy cerca de la mía y yo sin pensarlo la volví a coger sus delicados dedos con la mayor sensibilidad que pude; como si cogiese los pétalos de una flor y no quisiera hacerla daño.

A una hora prudente estábamos de vuelta, otra vez, en el pueblo de origen después de habernos divertido bastante en el lago; y ya una vez en nuestro lugar de origen entré a la pensión para arreglarme un poco y pasar en ella un rato descansando.

No dejaba de pensar en mi amiga y en lo que me dijo de aquella región: Que se estudiaba por sí sola; con su sola explicación, sencilla y escueta, de contar las vivencias.

También me acordaba de la mano tan fina y suave de aquella chica, pues me pareció como de seda y los dedos de algodón: Era un tacto inigualable en mi vida; yo no volvería a tocar manos tan finas como la de mi amiga.

Llegó la tarde y con ella la salida cotidiana a la feria para participar en sus fiestas y expresamente, en aquella ocasión, vi una carrera de sacos y una subida a la cucaña; que por cierto, dieron bastante sebo al palo y todos los jóvenes iban al suelo.

Cayó la noche y con ella llegaron los bailes verbeneros, a los que me asocié a participar yo con mi amiga, siendo la comidilla de todo el pueblo; pues las personas mayores nos miraban como extrañadas y cuchicheando ente ellas.

Yo ya me empezaba a cansar de tantas fiestas y mi amiga me observó invitando a otra pareja a dar un paseo por la carretera allí cerca. Veía, que poco a poco, se distanciaba la otra pareja y me puse nerviosos, pues comenzamos a subir la cuesta del Castillo, a la luz de la luna.

-. Ya estamos en el.

-. ¿Y tus amigos?.

-. Se habrán quedado atrás; a la vuelta los cogeremos.

Nos acomodamos en la explanada, después de asegurarnos que no hubiese nadie por aquellos contornos y así era; ni un Alma, ni un animal, se encontraba a menos de quinientos meros de nosotros.

Muy cerca el uno del otro, acostados en una especie de hierba fina y casi dándonos con la cara: Yo comprendí que aquella chica, quería oír bien lo que yo la decía.

-. Es preciso.

-. ¿De qué tiempo es?.

-. No; si digo, que es preciso dicho momento, La Luna . . .

-. El perfume.

- Solamente me refiero al sentido prerromántico que produce esta situación desenfadada, entre el medio y la Luna.

- ¿Por qué no, entre nosotros y el evento del medio y la Luna?.

- Somos amigos . . . Y nada más.

- Siempre es lo que se quiera.

Y acogiéndola la cara con mi mano derecha, hizo un gesto de quitarla, pero ya no pudo ser; la di un beso en la frente.

Se me quedó mirando y como unánime nos besamos los dos en los labios, con un beso de ardor y fuego; sellando nuestra nueva amistad.

- ¿Ves, como ahora es romántico?.

- Luego te vas . . . Si fuese para siempre . . .

- Es que lo va a ser.

No terminé de decir eso, cuando nos vimos enteramente abrazados y con frenesí; besándonos por todo nuestro cuerpo. Yo sentí lo que nunca hubiese sentido en mi vida; esa sensación no la había tenido jamás.

Nos quedamos, como muchos, mirándonos un buen rato, para después apartar la vista de nosotros y contemplar la Luna y las Estrellas, en todo su esplendor.

Cuando me di cuenta la tenía agarrada, a la chica, de la mano para después dejarse caer ella sobre mi regazo y abrazarla por completo y a plena satisfacción.

- ¿Te vas a tu país?.

- Pero volveré.

Se la veía como indecisa y sin comprometerse mucho; ya que sus dudas, la asaltaban todo su pensamiento por completo. Ella me miraba, con su cara rosada y redonda, de completa enamorada, por las circunstancias.

- Estoy estudiando.

- ¿Y qué?.

- Tengo que terminar mis estudios.

- ¿Qué te queda?.

- Quisiera especializarme.

- Lo puedes hacer.

No fue una convicción aquella respuesta, pues ya se sabe que una vez casadas las personas adquieren unos deberes que antes no los tenían. La tomé la cara y la besé la frente, para desembocar en un frenesí de caricias y besos en la boca y por todo su cuerpo.

Ella se encontraba avergonzada y aunque era gustosa, no hacía mucho por la faena; así que me la quedé mirando y con la vista aplaqué sus indecisiones.

Poco a poco nos fuimos levantando del suelo e iniciamos el camino de bajada hacia el pueblo y así como ya terminando dicho camino, se encontraban la pareja de amigos esperándonos. Se notaba que eran buenas amistades, pues habían estado, como mínimo, tres hora quietos en aquel lugar.

Cuando llegamos al pueblo, todavía había abierto un puesto de churros y allí prácticamente desayunamos, con un buen chocolate.

No pude dormir, aunque en sí, estaba ya amaneciendo y permanecí despierto, hasta la hora de levantarme e ir en busca de aquella chica.

La encontré en el sitio convenido y a la hora adecuada; nos tomamos un café y salimos, sin querer saber nada de nada y de nadie, a dar un paseo por la carretera, pues aunque el levantar, parecía haber sido temprano como comprenderán ustedes, fue a una hora más bien avanzada de la mañana y ya en un pilar sentados, donde estábamos solos, en aquella ocasión por ser día festivo, entablamos conversación amena el uno con el otro.

- ¿Me dijiste, que la vivencia de sus estudios . . . ? . . .

- Tú porque eres extranjero, que si no, ya verías cómo es así.

- ¿Y qué me dices de su hospitalidad?.

- ¿Y tú, qué me dices a mi de la manera de ser que tenemos?.

- Primero hay que dar los rasgos de la hospitalidad.

- . Viendo la manera de ser, se ve su hospitalidad.

Me quedé pensando en lo que me decía y desde luego sí casaba dicha premisa; pues la propuesta era un reflejo completo y se complementaban la una y la otra: La manera de ser y la hospitalidad, o viceversa. Lo único que a mi simple opinión se convertía en un dextrógiro, en vez de levógiro; quiero decir, que se iba la balanza más bien a la derecha, a la manera de ser. Mi chica, me vio en un mar de dudas y con todo y eso, permaneció callada.

- . ¿Me dices? . . .

- . Sí, hombre . . . ¿Te está costando mucho, este ensayo, verdad?.

- . No me atrevo, ni a empezarlo.

- . La sencillez.

- . ¿El qué?.

- . Estudia primero la sencillez de estas gentes.

Y era verdad: Cosa, que yo no había reparado en ella; pero la sencillez de los habitantes de ésta región, es tan simple y se ve a poco que te esfuerces y casi sin esforzar, que parece cosa de candidez, pero no es así.

La candidez, lleva consigo la carencia de la malicia y estas gentes piensan por ellos solos y se defienden como los demás; si los atacas, se ponen en guardia y hasta te pueden hacer daño o inclusiva, te pueden engañar, pues he visto que son grandes comerciante de lo poco, de lo suyo, que es muy difícil este sistema en un mercado unificado.

- . Defienden, lo poco que tienen.

- . Venden la imagen, que es otra cosa.

- . ¿En qué sentido?.

- . Son comerciantes natos y a lo primero te hablan de lo que ellos tienen, para después darte la imagen, que esa misma posesión de la cosa, les sobran.

- . Y así, obtener de su interlocutor el sentido de compra.

- Exactamente. ¡Hombre!

Volvimos al pueblo y fuimos a tomarnos un refrigerio en uno de sus bares y pese al bullicio que formaban los críos, pudimos seguir hablando mi chica y yo.

AL principio eran palabras fugaces, como : Bien, ¿qué a gusto?, ¡qué bonito!: Para más tarde entablar una conversación más en orden y como era sentido obligado, comenzamos hablando de ella.

- Estudio en Sevilla.

- ¿Y aquí, quién tienes?.

- Mis padres: Están aquí por sistema de trabajo . . .

- ¿Llevas muchos años aquí?.

- Bastantes.

Me quedé un rato como ido en mis pensamientos y ella me miraba fijamente sin dejarlo de hacer. ¿Qué daría yo por averiguar sus pensamientos?: Claro, que ella diría otro tanto. No sé cuanto tiempo pasaríamos de esa manera; pero lo cierto fue, que decidió, ella, romper el hielo de la conversación.

- He pasado aquí bastante tiempo, como para saber donde está la picardía y donde comienza la candidez de estas personas, que es lo que a ti te incumbe.

- Me incumbe hasta cierto modo; ya que tu persona está para mí, en un sentido primordial mayor.

- Gracias por la deferencia; pero siguiendo con la manera de ser de estas gentes . . .

- Muy afables.

- Aparentan conocerte desde hace mucho tiempo con tan sólo un minuto que entablan conversación contigo.

- Y te ofrecen . . .

- Hasta su casa y sus pertenencias, durante el tiempo que estás con ellos.

Observé, durante dicha conversación a dos críos como se intercambiaban sus juguetes, el uno con el otro y se quedaban tan contentos: Lo tenían como cosa normal, No lloraron ninguno de los dos: Uno al verse con un trompo, que no era el suyo, y el otro al verse con un carrito, que tampoco era el suyo.

Desde pequeños se acostumbran a compartir cosas, con la nobleza enseñada a través de generaciones y para ellos, eso era tan normal; como el comer o el beber.

-. ¿Te estás fijando?.

-. Palabra de honor.

-. ¡Eso!. Aquí se da la palabra y muchas veces sin hablar, con un solo gesto y para ellos esa palabra es sagrada.

-. ¿No la rompen?.

-. Ni por un solo momento.

-. Son gentes nobles.

-. ¿No lo sabes tú bien!.

-. Veo, que llevan incorporada la hospitalidad consigo mismos.

Llegó la hora de la siestas y en ésta región es sagrada, así que hasta bien avanzada la tarde no salí a buscar a mi chica; viéndola entre el grupo de amigos cotidianos. Dicho grupo ya se daban de reojo, pues nos veían muy acaramelados y como si estuviese la cosa hecha, hasta el punto de oírsele a una de ellas . . . ¡Pobrecito fulano!, que era el chico que salía con mi amiga: Como digo; ya se daba la cosa por hecha. Hasta su padre, salía de vez en cuando para ver por dónde andábamos; pues ese hecho, en estos pueblos se estila mucho.

Había muchos actos culturales . . . Fútbol, toros, carreras pedestres, otra vez cucaña . . . Etc. Pero nosotros decidimos ir al Fútbol y en general, no se portaron mal los chicos. Lo único que destacó, en dicho acontecimiento, fue mi voz un tanto gangosa, sobre todo, cuando decía: ¡Arréale!; pues la ere, no se nos da muy bien a los extranjeros. Ya que todo el mundo, poco más o menos, decía: Písale . . . Mátele . . . Aplástale . . . Todo era no dejarlos pasar más para allá del medio campo.

Tenía sed, y cuando llegamos a la plaza me tomé dos refrescos seguidos y con una ansia singular; pues verdaderamente, al que habían pisoteado todo el cuerpo era a mí, por los grandes esfuerzos que hice y el mucho polvo, que se formaba al correr, aquellos mozos, por el campo de tierra.

Me tuve que ir a la pensión y ponerme en condiciones de poder salir en compañía de aquellos jóvenes, ya que estaba hecho un eccehomo. Por su parte, mi chica, hizo otro tanto, quedándonos todo el mundo muy comfortable, cuando nos volvimos a reunir, para pasar aquella noche.

-. ¿Has descansado?.

-. Sí; y tú.

-. También.

-. Mañana te invita mi amiga, mi vecina, a comer en su casa, Te acompañaré yo, por si sólo te da reparos.

-. Dila que acepto.

-. ¡Solamente, si estás seguro!.

-. Lo estoy.

Ahora sí que ya no había dudas de que la cosa estaba hecha y de que su grupo me estaba aceptando de buenas ganas.

Me sentí otro en aquella ocasión y veía las cosas bajo otro punto de vista, más alegre y más confiado en sí mismos. No quería que se terminase nunca aquellos dichosos días, tan felices y tan completos, que estaba pasando yo entre aquellas gentes, tan bondadosas y nobles, a la vez que sencillas y cabales. ¡No sé!; me entró ganas de que llegase el siguiente día; pero por ahora, me tenía que conformar, se pasase la noche.

Busqué a mi amiga con ahínco, para verla por la mañana siguiente y no la encontré, así que a hora prudente, me fui para la casa de su vecina, llamando a la puerta muy comedido y me abrió una señora, de mediana edad, haciéndome pasar adentro, sin protocolos ni pérdida de tiempo.

Se encontraban dos señoras en un patio: Las saludé y una de ellas se metió a la cocina, según dijo; para quedarme con la segunda señora, más corpulenta y con más carácter.

- ¿Se puede saber de dónde es usted?.
- Soy de los Países Nórdicos.
- Hace mucho frío . . . ¿Y qué me dice de la puesta del Sol?.
- Es más septentrional, de donde yo vivo.
- ¡Ah! . . . ? . . . Tiene pocos años.
- ¿Se refiere a la chica?.
- A la chica, con quien usted anda. ¿Por qué anda con ella; verdad?.
- Si se refiere al andar, es salir con ella; sí, señora.
- ¿Creo, que llevará buenas intenciones?.
- No lo dude usted, señora.
- Me tranquiliza oírlo; por lo menos, oírlo.
- La he cogido cariño a su vecina; no debe de dudarlo, ni un solo momento.
- No es mi vecina: Es mi hija.

Me quedé como petrificado; me parecía que todo había sido una trama para ver en la disposición que estaba yo con respecto a mi chica y casi me lo afirmó la otra señora, al salir de inmediato al patio desde la cortina donde se encontraba. Sin duda había estado oyendo toda la conversación y al parecer sacaba buena cara, como habiéndola sentado bien mis respuestas.

A poco tiempo llegaron las chicas sonrientes y con ganas de juego; ya que se hacían bromas con las manos y con la cara gesticulaban, en son de pasar el tiempo. Su amiga no estuvo mucho tiempo en el patio, pues se entró detrás de las dos señoras, quedándose a solas, mi amiga conmigo.

No sabía lo que decirla, ya que estaba como cortado y sin ganas de expresarme para nada; así que la chica me vio de tal manera y salió al quite.

- Se estila en esta comarca, que la madre indague algo.
- ¡Algo! . . . ¡Si ha sido todo!.
- Cálmate: No te azares.

- Si no me azaro; estoy acobardado.

Creo que no hubo más conversación por aquel entonces y comprendiendo mi chica que debía dejarme sólo unos momentos se entró para la cocina sin decirme ni adiós y yo quedé con mi agobio en aquel patio y sin saber dónde me había caído aquello.

Dos mozos esbeltos entraron en aquel receptáculo que en forma de cuadrado formaba el patio y saludándome muy ecuanimemente, me abordaron con preguntas.

- ¿Usted, Mister, es el amigo extranjero?.

- Hecha así la pregunta, se entiende enseguida. Sí, soy el amigo.

- ¿Sus intenciones son claras?.

- Más calaras que el agua. ¿Ustedes son amigos del chico que salía con mi amiga?.

- Sí: Somos amigos de ese chico.

- No sé cómo excusarme. Son cosas que pasan en la vida y no hay remedios para ello.

- Lo hay.

- ¿Cuál?.

- La sinceridad y el casarse.

- Les digo, que llevo buenas intenciones. Pueden creerme, ustedes dos, aunque sean amigos del chico, que salía con mi amiga.

- Somos los hermanos de la chica.

Otro jarro d agua fría me cayó por todo el cuerpo y créanme, que no sabía por dónde salir corriendo, como si fuese un malhechor, el que se le persiguiese sin tregua. Se veía claro que no había, en estas personas, tal inocencia y ni mucho menos la predisposición de dejarse engañar por el primer desconocido.

Me acuerdo bien que en la comida tuvimos una charla amena, pero yo era bastante comedido en mis frases; pues pensaba antes lo que iba a decir.

La comida terminó y con todo y eso, al final, su madre me dio un beso de despedida. Y salimos por la noche aquel día, ya que por la tarde la pasé toda ella descansando de tan abundantes viandas. No hablamos mucho, mi amiga y yo; solamente nos limitamos a escuchar la orquesta contratada por aquel pueblo, hasta que decidieron salir a bailar sus amigas.

- ¿Sigues teniendo en el pensamiento la idea de candididez?

- Es verdad que en ésta región se hace el ensayo de ella, con sólo sus vivencias.

- Y fíjate, que en sí lo estás haciendo: Mejor dicho; lo estamos haciendo los dos. Dos personas ineptas en la materia, pero que nos está saliendo posiblemente bien.

- ¡Ya veremos!.

- ¡Sí, hombre!: Créelo. Aquí también se defienden las gentes y muy bien que lo saben hacer. Para los pies tan pronto pises la raya no hospitalaria.

- ¡Ya lo veo!. Dan toda clases de cosas: Su casa, sus pertenencias . . . Pero no te pases de lo comedido, que te paran los pies tan pronto pises la raya no hospitalaria.

- ¿Pero has visto como es?. Con qué sencillez y gallardía te dicen las cosas.

- Es tierra de conquistadores.

- ¡Eso!: Conquistaban en un momento determinado.

En la verbena, por la noche, no solamente nos limitamos a oír la orquesta, sino que también bailamos todo lo que pudimos, hasta altas horas de la noche, y ya en la madrugada tomamos el chocolate y los churros; para a primeras horas de la mañana levantarnos e ir a despedir a mi amiga al coche de línea. No solamente me despedí de mi amiga, si no de sus familiares y amigos, para más tarde proseguir, yo, también el camino hacia el sur.

Llegué a un pueblo, en donde había un sin fin de bidones de cerámicas cerca de la carretera y como la curiosidad era mucha, me paré en una calle, donde existía un bar.

- Es para venderlos, Mister,. ¿Usted hace vino?.

- No.

- Pero si quiere comprar uno se lo venden. ¡pruebe esas uvas!

Estaban buenísimas, pues eran así como moscatel o por lo menos se semejaban a ellas y no conformándose aquel hombre con hacerme probar las uvas; me regaló tres gajos de maravillosa vista. Una vez que le di las gracias y despedirme de el, seguí por donde me había indicado aquella persona, saliendo a la carretera . . . Pasé infinidad de pueblos y casi en una carretera de tierra, pues otra vez, me encontraba en el pueblo de aquel pintor, que paré por vez primera; me dio tanta rabia volver para atrás, que sin preguntar y al cabo de un tiempo di con otro pueblo en donde había una feria de ganado.

- ¿Le gusta?. ¡Eh!

- Me gusta toda clase de ganado.

- Se vende todo el redil completo; no puede ser el cordero solamente.

- No; si no me lo iba a llevar.

- Bueno; pero si quiere andar mucho, Mister, a ese sí se lo puede llevar. Llegará con el a todas las partes.

Un burro enorme y destartalado, quería que le comprara. Entendí pronto, que me encontraba en el corazón de las ofertas y salí de allí tan deprisa que pude; pues estaba viendo, que me llevaba algún animalito para el coche.

La salida la tenía muy cerca del bar, es más; tenía que pasar por el, así que se acercó a mí uno de aquellos marchantes, con blusa y sombrero y sobre todo la blusa era larga, siendo sus intenciones de convidarme un chato de vino. Acepté de buenas ganas.

- Tiene un sabor muy bueno.

- ¿Hace otro?. Compadre.

- Hace.

Con unos buenos aperitivos, pues constaban de patas de conejos, alas de pollos, carne y sobre todo, ternera; vi que podía comer en ese lugar, sin ir a ningún restaurante; así, que uno detrás de otro, fueron cayendo los chatos de vino y calentándoseme la boca.

Después de un buen rato yo veía que se me saludaba muy cordialmente, en el bar, o sea; dentro del recinto ferial y eso me agradó en el Alma, pues tanta hospitalidad no había visto en mi vida, lo malo era, que poco a poco se iban difuminando, para mí vista las caras de aquellos señores.

No sé cuanto tiempo permanecí tumbado entre pajas, lo cierto fue que un resoplido fuerte me despertó y mirando para arriba recibí un susto de muerte, pues una vaca se encontraba rumiando, por encima de mi cara, aquella paja y a la vez mirándome fijamente.

Al parecer, Morfeo, me había jugado una mala pasada y esta vez Vaco, me había despertado de mi sueño etéreo, de aquellos chatos de vino.

-. ¿Qué hago aquí?.

-. Se ha quedado dormido, Mister.

-. ¿Y este ganado?.

-. Lo ha comprado usted, Mister.

-. ¿Las ovejas también?. Chaval.

-. También.

Salí de allí corriendo y el chaval detrás de mí, para más tarde y aminorando su marcha, aquel chaval, decidió quedarse parado, mirándome, como me pareció a través de las calles de aquel pueblo. Tenía dos torres, el pueblo, y una se semejaba a la Giralda de Sevilla. Llegué al coche y sin pensarlo me puse rumbo al sur, volviendo otra vez más hacia atrás.

Se encontraba el chaval en la carretera, esperándome y al verme llegar, comenzó a dar voces desenfrenadas.

-. No juya . . . Mister, Arrebaña el ganao; endírgalo de aquí.

-. Te lo regalo . . .

-. Dale pienso; por lo menos, que lo ha mercao.

Ya no le oía, aquel chaval, me alejé lo bastante como para no percibir su fonética ni aquella síntesis de poeta pobre y asustadizo.

Sevilla, fue conmigo, pues después de pasar las ruinas de Santisponce y el pueblo de Camas, llegué a tan grandiosa Capital. Créanme, que no paré hasta encontrarme otra vez en la carretera y en frente de un letrero donde ponía; que a Cádiz, tales kilómetros y a Jerez, tantos otros. Iba en dirección correcta, lo cual era grato para mí, celebrándolo con alegría y relajado, pues tan relajado estaba, que al llegar a Jamilena tuve que volver a la general, para continuar la marcha y recobrar el camino deseado. Decidí no parar en Sevilla para ver a mi chica, así comprobaría la capacidad de amor que tenía; si la quería como para casarme con ella o no. Vería si me acordaba, con la suficientes fuerzas, de su persona como para volver a su lado, o la tendría que dejar con sus gentes y con aquel chico; pero la sola idea de que volviese con su amigo antiguo, me producía un horror inmenso; así que casi estaba decidido a llamarla nada más llegase a mi destino.

En esa zozobra estaba sumido, cuando empecé a divisar las primeras casas de la Capital de Cádiz y sin pensarlo, me adentré por sus calles, hasta que comprendí que si seguía mi marcha no sabría por dónde me encontraría; así que paré y me indicaron un Hotel, cerca de allí.

Me instalé en el Hotel y aseándome un poco, me puse a descansar un rato; y así, como a media tarde salí para ver su bahía y sus gentes.

Más bien que observando a sus gentes me iba acordando de mi chica y del tiempo que hacía que no la veía; pues dos días sin verla era toda una eternidad: Sí, estaba decidido a llamarla, desde luego; ya que se veía la quería con todas mis fuerzas y mis ansias de amor.

-. El sábado.

-. ¿Voy yo, o vienes?.

-. No. Digo, que el sábado voy yo a verte.

Así se quedó y me parecía todo un mundo de impaciencia; pues el sábado le veía yo muy lejos, quedaba tres días para que llegase la fecha deseada.

Estuve toda la mañana esperando a mi chica y no llegó; pero tampoco salí yo del Hotel; la espera se estaba haciendo desesperada, ya que mi impaciencia por verla colmaba el vaso. Solamente bajé a comer en su restaurante y subí, sin tomar postre ni café, a mi habitación por si llamaba mi chica y la espera se alargaba cada vez más.

Así como a las siete de la tarde, llamaron a la puerta y me pareció el personal de servicios; pues se oyó un cubo y una fregona; así que abrí y . . . ¡OH!, sorpresa. Delante de mí se encontraba mi chica, más bonita que nunca y más radiantes de esplendor, como jamás he visto yo a otra persona.

La cogí de una mano entrándola en la habitación deprisa y cerrando detrás de ella. La así por la cintura y la comencé a dar besos por la cara: Ella no hacía nada, pues como asustada, se estuvo quieta conteniendo el ánimo y con la faz toda rosada.

Comprendí enseguida, que era muy prematuro aquel afecto y la senté en un sillón, que había a la entrada, haciéndola ver la alegría que me invadía toda el Alma.

Pasamos en la Capital de Cádiz tres días y ya por la mañana, recibí un requerimiento, para presentarme en el Juzgado y así lo hice.

Como era fiesta en Sevilla, mi chica no se había ido, aquel día, de mi lado y me acompañó a las dependencias del Juzgado para ver de qué se trataba.

-. ¿Y dice usted, que debo, cuántas gavillas?.

-. Tres gavillas de paja y si tarda deberá más. ¿Qué quiere hacer, usted, con ese ganado?.

-. Venderlo. Pero no tengo papeles.

-. Eso es lo malo; que allí con un apretón de manos sobra para consumir la venta. Trasladaremos sus órdenes al Juzgado de aquella plaza.

-. ¿El qué?.

- Los deseos de vender el ganado. Ya recibirá usted la minuta de dicha venta con lo que haya resultado o las posibles pérdidas, por el sustento del ganado.

Defenderse, sí se defendían, aquellos conquistadores y lo hacían bastante bien y sabiendo ser abogados de sus mismas causas; pues argumentos no los faltaban, para hacerlo.

Qué verdad es que no hace falta un estudio previo de filosofía, para comprender la hospitalidad de aquella comunidad y su manera de ser, ya que el carácter bonachón y apacible, a la vez, que presentaban sus habitantes, daban en sí todo lo que eran y todo lo que pensaban. Parecían un libro abierto, en el que se puede leer todas sus páginas a la vez; es su mejor filosofía.

Ese carácter afable, unas veces y otras reprochó, constataba con la seriedad de sus gentes y lo áspero de su tierra; pues no se la debe quitar su carácter agrícola – ganadero para nada: Es su mera de ser y de vivir. Sin ese trapicheo, no podrían vivir; ya que el ajustarse a un sueldo o a una paga, para ellos sería como una manera de vivir en prisión continua.

Van haciendo sus casas nuevas y sus pequeños negocios, con el dinero que traen de trabajar en los Hoteles, pero su carácter, se acentúa, aún más, y se vuelve más tosco. Muchos dicen, que a la larga ganan más habiéndose quedado en el pueblo que saliendo de el en son de servicios o de construcción y yo creo, que es verdad; pues esta misma persona, que así se expresaba, también arregla su casa y se toma sus aperitivos, en el bar, en horas de hacerlo.

Se va limando asperezas, en tiempos modernos y se acortan las distancias al ver, que ellos, también pueden tener una pequeña industria, paralelamente a la agricultura y a la ganadería.

Pero lo fundamental, en ellos, es el ansia que tienen por que el forastero visite el contorno donde viven; por eso, aquel señor me llevó desde Guadalupe hasta Camino Morisco, con la sola idea de que conociese su tierra, su pueblo y sus gentes: Es un afán que tienen por enseñar todo lo que les

pertenecen, que llegan hasta sacrificios sin límites insospechados y a que coma el foráneo sus manjares preferidos; que por cierto, son bastantes buenos.

Te los ofrecen sin dártelos para siempre; con tal que sean indivisibles, dichos productos. Te dan parte para que disfrutes con ellos de sus cosas; pero a la vez, saben defender lo suyo en cuanto te quieren vender dicho producto, siempre que tengan una cantidad mayor de todos ellos.

Ofrecen la casa con una exageración sin igual, no tiene precedentes en la historia, pero te sientan donde ellos quieren y agasajan como a nadie; aunque eso sí, haciéndote ver lo que ellos quieran.

Acuérdense ustedes de la invitación a comer: Yo creía que se me hacía sólo por amistad y fue también para saber: Saber mi voluntad, con respecto a mi chica.

La candidez desaparece por momentos en esos actos, en cuanto se emplea la fuerza de la picardía. Parece ser que con ser noble les vale para el consentimiento de sus objetivos, pues todo lo hacen pensando en unos objetivos primordiales; dar expansión a sus cosas, de una manera un tanto pueril, pero eficaz para sus logros: A esto se le llama trapicheo.

No tienen un sentido definido de lo que pueda ser la vida, en otras regiones; quiero decir, que no se puede comparar con ninguna comunidad. Es punto y a parte con respecto a cualquier región española; ya que se encierran en sí, en un caparazón y esa concha indisoluble es esa nobleza y la razón de ser de supervivencia.

Se sienten tan a gusto sin ninguna clase de industrias que están tan acostumbrados, a tal punto que cuando se ha querido transformar sus tierras de secanos por algo de regadío, se los ha tenido que enseñar su labor antes. Pero eso sí; a ellos nos les meta usted en crear una pequeña industria, no les hable de gastar su dinero en transformar algo, que no les coge en la cabeza: Si alguien ha hecho una transformación de productos, es que ha vivido durante algunos años fuera de sus fronteras: Ha adquirido otra clase de mentalización y ha visto claro, que su región no está explotada en dichos menesteres y se lanzan a por todas.

Dinero hay y no falta, pero les ha costado saber, que existen los bancos, acaparando pronto sus productos y sus ofertas; se hace caso rápidamente, con tan sólo oír hablar de dinero: Dichos productos financieros son un cebo de cultivo para todas estas gentes, de carácter noble y sincero.

En cuanto al trabajo se refiere; son trabajadores; pues gentes que con tan poco se conforman y salen hacia delante con lo que tienen, no se les pueden decir sean conformistas y no tengan deseos de ir hacia delante: No; es su manera de ser y además, así se lo han enseñado sus familiares; de una a otra generación.

El conformismo se daría en cuanto no hubiese ganas de trapichear, de no vender, como sea y en dónde sea sus productos por pocos que tengan.

Conocí, también, a una familia que solamente tenía alcachofas y salía a los pueblos de al lado, para colocarlas a mejor precio. Inclusive, los de la miel, los de las castañas y nueces; nos se conformaban con abrir la puerta y enseñar sus productos, si no que salían a bastantes leguas de sus hogares para ofrecer lo que tenía a otras gentes, encareciendo algo más esa miel, esas castañas y nueces: Aunque el medio de transporte fuese un burro, en aquel antaño.

Sus ansias de vivir, se ven patentes en la misma hospitalidad; ya que esta y su manera de ser, se mezclan y hasta hay, a veces, que se confunden al presentar una cara de bondadosos y otra de comerciantes, aprovechando esa bondad sin límites y sin cortapisa. Te dan la mano con nobleza; puedes confiar en su amistad: Pero a la vez, que te ofrecen su casa, sus cosas, como invitado, están pensando en cuanto tienes, para poderte vender algo y cosa rara; otras veces, no piensan en venderte lo que tienen, si no en comprarte lo tuyo.

No se comprendería que ésta región hubiese sido tierra de conquistadores, sin esa nobleza que les caracteriza y sin ese valor, ese arrojo descarado a la vez; como no teniendo mucho interés por las cosas que les rodea, o a la vista misma.

Se saben desprender en un tiempo determinado de algo propio, o de todas sus pertenencias, si la patria los llama: ¡Qué no oigan nunca una trompeta, mandándoles avanzar!. ¿Ya verían ustedes lo que son capaces, éstas gentes?.

Se ve que la evolución de construcción la han traído los materiales, no los tiempos; ya que en cuanto los dejan solos, hacen lo mismo: Un chozo, que una casa de adobes. Siendo el adobe el material más usado, por estas gentes, hasta hace poco tiempo y aún persiste, para la construcción en masa; es como un canto a la naturaleza, es como si te dijese que de la tierra se vive y con la tierra tienes que existir y sustentarte: No solamente de la tierra se come; si no que se habita con ella.

Son amantes de la naturaleza y es así, hasta los mismos animales les respetan por más veneno que tengan en sus glándulas: es raro que les ataquen, al no ser que se vean acorralados.

No solamente aman a la tierra, a sus productos, si no que se ven compenetrados con toda clase de animales, que haya en esa tierra: Para ellos la fauna y la flora, forman parte de sus vidas.

Han pisoteado mil veces esa tierra, virgen, con sus botas pesadas y han andado por sus terrenos, como si fuesen sus casas; es así, que hasta se acuestan en una manta, después de formar un círculo con una soga alrededor cerca de las mieles en la era: Llamado “acostarse a prao”. No les imparten los bichos, ni las alimañas, si ellos echan una soga gorda en forma de maroma alrededor de su lecho y no saben que con que les huelan esos animalitos les respetan y no les atacan a sus gentes, pues eso sí es decir, que es un conjunto de formas homogénea en síntesis al llamar a la fonética por igual: Yo y tú. Sin decirlos que son familia al llamarlos por igual, en un sentido figurado; pues se respetan unos a otros como si se quisieran como de casa, pues hasta alzan ellos los pies, si se encuentran un nido en el suelo de perdiz, o rodean a un perro, en la carretera, o ayudan a un pájaro, si lo ven con un ala tronchada: ¡Pero si se encuentran debajo de las patas de las bestias y se quedan tan conformes, sin hacerse daño, unos a otros!.

Esa confianza en forma de inocencia nos se ha dado nunca en parangón en la historia, pues lo llevan a gala y lo muestran con orgullo, de decir: Ahí hay un águila y voy a ver el nido, o de ahí sale un jabalí y paso cerca de el, como si nada.

Otra forma personificada de ser estas gentes es su bondad en los hechos y en el trato, ajeno: No ven desmesura para sus gestos, no saben dónde está el límite del final en las relaciones humanas para sus vecinos y para el forastero; no solamente se muestran sencillos y buenos, con el extranjero, si no que se los ve afables con sus vecinos en todas las ocasiones.

Esta tierra de un ser que con sola su palabra le vale, pasa a cerrar un trato y abrir una relación de amistad para toda la vida, es igual.

Esa sencillez le da valor para conquistar cosas insospechadas y le lleva a ver otro amanecer, con la visión fraternal del que hace bien las cosas y disfruta con ello: Del que tiene que vivir y hacerlo con gusto y ganas, amando lo poco que tienen y disfrutando de ello a tope.

No se encierran en su tierra tan fácilmente, como se cree; si no que al ver más prosperidad salen fuera de sus límites, no olvidando nunca su tierra y a sus gentes y nada más que pueden vuelven a su pueblo con los ahorros de su vida haciendo sus casas nuevas, o remodelándolas a su modo y a sus gustos.

Tienen sus reuniones en las puertas, sentadas en una silla y hasta altas horas de la noche; así se hacen amistades como si fuesen de familia: Hablándose todos los temas.

Esas amistades perduran para siempre y forman lazos muy estrechos de una relación humana muy profunda en el paso de los tiempos. No crean ustedes que llaman a sus familiares en el caso de apremio; ya sea en una enfermedad o en un apuro: Van directamente al vecino, antes que a sus familiares.

Las relaciones humanas son tan estrechas que se confunden la amistad con el parentesco; pues hay vecinos que entran en la casa de al lado como si fuese la suya y si las cae, toman un huevo de la

alacena antes y ahora del frigorífico, sin decir absolutamente nada: A parte, que hay muchos hogares donde existe y aún perdura la zahúrda y un gallinero.

Créanme que por tener todo en casa, aunque posean lo mínimo, la hospitalidad es infinitamente cordial; nadie sale de dichos hogares sin haber comido algo, o haber bebido lo que ellos tengan, ya sea vino o leche, o cualquier otro producto líquido como manjares sólidos; así como el jamón, muy abundante en estas latitudes, en ésta región. El producto del cerdo, se ha dado siempre con mucha facilidad, aunque en tiempos modernos las mezclan con la oveja, pero sin olvidar la clásica morcilla patatera, de lustre, cebolla, sangre, o el inolvidable chorizo, con más pringue que nunca he podido comer, ya que su condición de sabor bueno al paladar es que caiga sobre la barbilla su pringue . . . Chorrear . . . Su pringue, al tiempo que se come.

Como se suele decir: Comer no comeremos . . . Pero reír . . . ¡Reímos!. Lo que pasa, es en este caso al revés, que comer se come y reír se ríe; pero la industria está en sus comienzos, viéndose un campo próspero para ello; ya que no solamente los productos de la celulosa, han tenido cabida en ésta región, si no que la transformación de los productos alimenticios van tomando un auge bastante considerable para no desistir en ello, aunque quede mucho por hacer en la cuestión, ya que hay productos que se crían en ésta región y los elaboran en otras, en su mayoría . . . Tabaco, tomates, pimientos, manzanas . . . Etc. Y así un sin fin de productos alimenticios, por no nombrarlos a todos y terminando por el arroz. Es una lástima, que existiendo en ese mismo centro y muy cerca el agua, se vayan a otra región para su elaboración comercial.

Se come, se ríe, y se disfruta de las innumerables fiestas de estas comarcas, tan nobles y sencillas como ellas solas: Sus habitantes son personas de un solo parecer y no cambian por nada del mundo; si te dan la mano, considérate admitido dentro de su seno familiar o en su completa amistad. Si vas a sus fiestas sabrás que es la diversión y la buena concordia de aquellas gentes; sabrás que es la paz.

Una paz que se comparte con sólo sus vivencias cotidianas y con tan solo estar predispuesto a participar en sus costumbres, en su folklore y en compartir sus cosas, participando activamente de sus hechos, con su manera de vivir.

Parece mentira que caracteres conquistadores no sean irascibles y den tanta bondad al visitante, en su tierra, demostrándole a veces sumisión; aunque nos sea así, pues tantas deferencias te hacen creer parezca que están en inferioridad de igualdades.

Totalmente contrarios a estos hechos, ya que al ser nobles y confiados en tu persona, no se demuestran esquivos, ni recelosos algunos, ya que tienen la valentía suficiente de tratarte por igual: Se lo da el valor aguerrido que llevan por dentro estas gentes.

Cada uno es un guerrero, pero a la antigua usanza; ya que tienen que labrar, pastorear, y cazar, por su sola cuenta, y llevan en su ser, y sobre todo en sus pensamientos más profundos el querer y saber ser fieros y aguantan las vueltas que da la vida con la prudencia que les caracterizan. Esa prudencia lo llevan muy adentro de sí mismos, dentro de su ego, de su ser, del yo primitivo, que fueron estas gentes, formando CLAN en aquellos tiempos lejanos y que todavía no han olvidado en sus costumbres, por muchos años que hayan pasado.

El abuelo tiene un sitio privilegiado en la casa y es el que en sí manda en todos y da sus consejos: Se comparte alrededor suyo, la mesa, los platos y hasta el calor familiar del hogar en las noches del duro invierno.

Esta manera de ser, de formar el CLAN, no quiere decirse que lleve en sí, emparejado, la idea de nacionalismo, ya que carecen casi por completo del ideal de unión particular; pues sus inspiraciones las tienen puestas en una nación única, que forma la patria, pero en general, hablando de NACIÓN con mayúscula, no de un país, La idea de país, para ellos es el acotamiento de sus tierras, sus pequeñas parcelas, pues aunque se de el latifundio, la mayoría tienen posesiones pequeñas y eso es para ellos su país; sus propiedades y el sentido primordial para estas gentes, es amar a la nación como lo que representa, en cuanto es idea de patria: LA NACIÓN ESPAÑOLA.

Al tener idea de patria en un inmenso territorio unido, les asaltan otras ideas de espiritualidad, pues comprenden que hay que amar unas veces y adorar otras a un ser superior; ya que sus pequeñas propiedades no les da para más y sustentan las ideas de: Dios y patria o de Culto a algo o a alguien y a su nación.

La espiritualidad la plasman en algún lugar, en algún edificio, o en algún santuario: Son necesidades espirituales muy fuertes y al visitar estos lugares, calman sus necesidades fisiológica de fuerzas. Esas necesidades espirituales, desembocan, como hemos visto, en otras necesidades fisiológicas, más bien de fuerzas; andan leguas y leguas, con tan sólo la fe que han recibido de sus mayores y con la bondad de sus corazones.

Quieren creer; pero tan sólo quieren creer que exista algo más allá de la inteligencia, algo que ellos no pueden ver, ni ese algo puede tocarse, ni ese algo pueda tocarlos, si los daña en un átomo de sus pertenencias se derrumba esa creencia; pues su fe se basa en descansar en la otra vida, ya que en esta han trabajado muchísimo y su ansiedad porque sea eso así es inmensurable.

No te canses en hablarlos, no te canses en decirlos; que al final creen ellos lo que les conviene para sus adentros: Nada más que te das media vuelta muestran unos a otros sus sentimientos y son de lo más inverosímiles.

Hay que comprender, en tiempos lejanos, cuando existía el pastoreo en todo su apogeo en plenas noches, se reunían para algún que otro culto espiritual; ya fuese blanco, como rayando la indefinido e indefinible para ellos. Háblalos de la parapsicología y te entenderán: Son raíces muy profundas que llevan metidas estas gentes dentro de sus Espíritus y de sus mentes.

La religión para ellos es el asistir a aglomeraciones de muchedumbres y exaltados, demostrar su repulsa a la sociedad y a la vida por un recelo sentimental a lo que le rodea, pues la idea no le da más y ellos no dan más de sí. De ahí viene ese carácter sencillo y austero a la vez; al no esperar nada de nadie y al saber que lo poco que vayan a tener se lo tienen que obtener ellos y sabérselos conservar. Saben que a diferencia de otras regiones, a una cosa le sucede otra, a una posesión viene

otra. Aquí llegan las cosas, más bien contadas, sobre todo a la mayoría: Y esto pasa todavía en los tiempos que corremos, debido a su carácter sentimental de ver las cosas imposibles y más bien de que se las den hechas esas cosas; así te acogen en su casa, esperando algo nuevo de ti, una amistad, un beneficio social, o que te dejes un bien, que les sirvan a ellos; al no lograrlo, se conserva esa amistad y su sinceridad, se conserva su humildad y su pobreza, pero ya de una manera más lejana.

A estas gentes las das amistad y será para siempre, por las cosas que hemos analizado; no rompen tan fácilmente sus relaciones sociales con la persona que han tratado y son para siempre sus amigos inseparables: Al demostrar en su Alma, en su Espíritu y en su voluntad tan humildes sentimientos de honradez y sencillez.

Por lo tanto, lo que he dicho antes no es corregir la página, no es enmendar la vuelta a sus personas, es más bien ensalzarlas a la cumbre de nobleza y de alivio permanente de ser personas sanas y buenas; pese a su poco optimismos, como hemos demostrado.

No lo echan fuera de sí ese decaimiento espiritual; se lo guardan y no lo ves a la larga claro; como no sea que vivas entre ellos durante muchos años, o hayas crecido y te hayas criado entre ellos.

Sus sentimientos fraternales los unen a todos ellos con las mismas fuerzas, por igual y forman como una amalgama, como una piña, para defenderse de los eventos dañinos procedentes de fuera de su contorno, de su medio ambiente: Ese instinto paternal para unirse en las dificultades trae consigo otro sentido parecido para con la patria. No ven más que patria, aunque veneren a sus costumbres y a su folklore.

Son costumbres muy arraigadas en sus tierras, en sus pueblos, que no hay nadie quien se los pueda quietar, ni tan siquiera tocar.

Es difícil cantar, o narrar, el sistema filosófico con el sistema sociológico, como ya he dicho antes, en general otras veces, sin mezclar uno y otros; parece como un tiovivo de una feria: Unas veces sube y otras baja, la manera de exponer los hechos, sin dañar a las formas costumbristas de estas gentes.

No sé si lo estaré haciendo bien o por el contrario, me lo hace ver la manera como lo estoy desmenuzando, como me está saliendo el análisis metafórico de las frases: No elijo su léxico, ni su síntesis; sencillamente creo que es así.

El idioma elegido es sencillo y llano, para que llegue a todo el pueblo, a la vez que a cierta altura estudiosa de esa misma filosofía y sociología, dando al entendido en dichas ciencias pie para su estudio y al profano un aliento de esperanza, para que comprenda que se puede ser alguien, sin saber retórica, ni tener un grado elevado de inspiración científica. Se puede llegar a ser alguien con el tensón y el amor a la tierra, a esa tierra que os vio nacer y os amamantó con sus productos, esa tierra virgen: ¡Vuestra tierra; esa tierra!.

Bendita sea la tierra que es amada por sus gentes, pues aunque produzca poco, para ellos es mucho o bastante y sino tiene jugo para dar a sus gentes más, es por falta de riquezas en el subsuelo; si no en los tiempos modernos, no veo yo tierra mísera; sino tierra poco cultivada y estas gentes cultivan bien sus tierras, labrándolas, porque ellos lo saben hacer.

Y como los hábitos son ancestrales, no se salen de la agricultura y la ganadería, de la elaboración principal que ellos saben hacer, es el queso y productos lácteos, así como algo de pieles, vendiendo las pelleja de esas ovejas y de esas cabras, para su transformación en vestidos, amén otras transformaciones que ya he hablado antes de ellas.

Se va conociendo la industria cerera, así como la de plásticos y el sacado de corcho, se elaboran unos vinos exquisitos al paladar y se cultiva; eso sí, solamente se cultiva el tabaco, las hortalizas, remolachas, hay toda clase de productos de secano, como de regadío. En el secano se produce una considerable producción de trigo, cebada, centeno, avena, garbanzos, habas, melones y sandías, así como una matas de tomates que da infinidad de bayas, todas ellas pequeñas; siendo los productos del regadío los originales de todos ellos.

En cuanto al turismo está muy avanzado en el ranking del mercado, es así que no solamente existen camping en las sierras del norte de la comarca, si no que los hay por los embalses y toda infinidad

de sitios, así como una forma de edificios, castillos y de casas turísticas, formando un cromosoma más digno de verse a la vista del forastero y hasta del aborigen.

Su variedad de paisajes forman un todo indivisible al que los visita, aunque en sí son completamente diferentes de un lugar a otro; pero, que aunque en un sitio el terreno es llano, en otro forma una cordillera y más para allá es una depresión, por la cuenca de un río o una cañada por los montes que le rodean.

El forastero se ve compenetrado con el paisaje de tal manera, que no observa mucha diferencia de un sitio a otro, ya que su flora afluye a la superficie terrestre por lo mismo en todas partes, Se ve jaras, abrojos, chumberas, tomillo santero, yesca . . . Etc; lo mismo en el norte como en el sur, este y oeste de dicha comunidad.

Para el forastero no hay distinción de terreno; él sabe que se encuentra en un sitio más elevado que en otro y nada más: Para él, lo principal, lo que más se distingue, son las fiestas que se dan a mares por estas latitudes. Si se divierte vale el pueblo que ha visitado y sino se divierte, otra vez será.

A esta comunidad no se le puede hacer poesía, puesto que la poesía es toda ella y sería una cacofonía, repetir sus fonemas y sus dichos, en los hechos cotidianos; así, que toda ella es un: ¡Viva!, alguna virgen o algún Santuario, que les vaya a su acomodo y con el viva demuestran sus inquietudes, no solamente religiosas como ya nos hemos referido anteriormente, sino que hacen un alarde a la hospitalidad más acogedora del Universo, al producir en los sentidos esa emoción de vivencia y de fiesta profana a la vez.

Sus productos siguen siendo elaborados con las técnicas primitivas; es así, que el pan sabe todavía a esa harina de trigo candeal, hecho con una especialización obrera como antaño: Es una verdadera artesanía, oliendo a algo inolvidable y no solamente se hace pan en esas tahonas; sino que se elaboran dulces artesanos, a la antigua usanza. Estás delante de ellos, e inclusive los estás viendo de hacerlos. En una palabra: La materia prima es original y sus productos alimenticios están hechos con un toque artesanal antiguo, que recuerda aquellos tiempos de nuestros abuelos.

Les invito ir a dicha región y probar sus numerosos productos comestibles, elaborados en sus innumerables pueblos; ya con esto valdría la pena visitar su comunidad.

Se está trabajando para que existan productos elaborados con la denominación de origen y se está consiguiendo, en general, ya se ha logrado con una especie de vino de una específica región y se está logrando buenos resultados. Con otra en la elaboración de sus quesos, ricos e inigualables al paladar; pues lo dan sus pastos, de una extensa llanura y parvedad, siendo esa región mísera en flora, pero rica en los pocos productos lácteos que produce. Esa misma región es prolifera en los productos del cerdo; pues en parte de ella existe todavía infinidad de encinas, que ceban a esas piaras de porcinos con bellotas como ningunos piensos lo hacen. Son cerdos característicos de ésta región, sin menos despreciar a otras; pequeños y negros, pero . . . ¡UF! . . . ¡AY jamón! . . . ¡Y cecina! . . . ¡AY morcilla, chorizo! . . . Y . . . ¡AY tocino!. Echen en el puchero, hecho de barro, en cerámica, un trozo de tocino nuevo, que después se comen un pan, de aquellos, solamente mojándolo en el tocino y comiéndoselo su chorizo y su carne, contenido en el. Écheme un poco de aceite a los garbanzos y no tendrán ganas de comer en dos días; sí a ese aceite le acompaña un tomate puro, troceado y mezclado. Máxime, si después se toma uno un gazpacho, en donde se vea los trozos de panes, tomates y un gajo de uva dentro, con un buen pepino . . . ¡Óle, con ole y olé!.

Ya que nos hemos llenado la tripa y nos hemos quedado bien, notaremos un olor a era, a paja apiñada y cuando no el olor se transforma en un característico ácido oleico, de una buena almazara, que existe en dicho lugar. Olor a pueblo, olor a gentes, nobles y sencillas; no tiene más estas gentes, pero para ellos es suficiente posesión . . . Ahí, no es nada, la sencillez, las mies, las aceitunas y sus aceites, y cuando no un olor a jara y en algunos patios a limoneros y hierbabuena, que te dan un sexto sentido en marcha: El de levitación.

No hay que olvidar el morcón y el lomo; uno es una morcilla más abultada, mayor, y el otro es la parte inferior y central del espinazo, que si se le deja secar, se pone duro, pero con un sabor estupendo.

Otra variedad de carne se da en la oveja, empezando desde el añojo, hasta la modorra; desde el cordero de un año ya cumplido, hasta la oveja vieja y mareada, cuyas carnes son tensas y fibrosas. Ésta región está llena de reses y de piaras de cerdos, dando abundante carne a sus vecinos. Es lógico, que exista un cetro comercial, cerca de dicha zona, siendo un buen matadero, en cuya sede social se reparte la carne para toda la nación y se elaboran sus productos ovinos, y porcinos, hasta para el extranjero: Dicho centro, está ubicado en la capital de dicha región. No solamente Mérida tiene el famoso matadero, sino que todavía muestra sus famosas ruinas romanas, con el acueducto y el circo y el foro romano: Centro de atracción turística, donde los haya.

Dicha manera de vivir, desemboca en un folklore muy suyo y muy sencillo a la vez; ya que la jota extremeña se marca casi por oído y es un cuatro por cuatro, en forma de tanguillo, la música que contiene la letra de sus canciones. Cantan a sus fuentes, a sus mozas y a sus pueblos; con sus calles y sus vericuetos: Casi nunca se refieren a su nobleza, ya que se da por añadidura, ni a su bravura, es raro la letra que contenga alguna de dichas cosas; es toda ella un contenido de letra lírica, la épica casi no existe.

Todavía me acuerdo de sus Fuentes y de su ríos y me asombro al venir a mi mente, sus aguas cristalinas y puras, pues no han sido maltratadas, en el cauce de sus cuencas; llevan el agua clara y cristalina: Esas industrias y sobre todo la pesada no existe en esta comarca, haciendo asombro esas aguas mansas y puras, que ve el forastero, cuando se arrima a sus orillas. Es en sí una naturaleza pura y limpia como ninguna: No digo yo que no exista todavía dicha naturaleza en otras partes de la nación; pero como esta se ve pocas.

Muchas cosas tengo que contar de ésta comunidad, pero lo que no tengo es tiempo.

Amanecía y ya era hora de prepararse para recibir otro día y me dispuse a dejar la escritura para acometer otros menesteres.

Bajé al restaurante del Hotel y tomé un desayuno copioso y abundante para que me diese fuerzas, en el resto del día, saliendo un poco para despejarme la cabeza de tanto escrito y de tanto estudio.

Créame; no se cuanto tiempo estuve dando vueltas por aquellos alrededores, pero lo cierto era que cuando llegué al Hotel me estaba esperando mi chica.

-. ¡Ola!

-. ¡Creía que no llegabas!

-. Me he atrasado un poco.

-. Dos horas, Si dos horas es poco; lo doy por bueno.

La vi con mis escritos en las manos; estaba deshojando mis cuartillas y hasta me pareció que no la leía, si no que las estudiaba. No sabía qué significaba aquel interés y aquellos gestos que hacía mi chica, observando las hojas escritas por mí; así, que me atrevía a preguntar.

-. ¿No sé que te parecerá?. Yo creo, que son un montón de ideas revueltas.

-. De eso nada. A ésta región, solamente se la puede estudiar como tú lo acabas de hacer: Uniendo la disciplina filosófica con la sociológica, con el sentido hospitalario a la vez.

-. ¿Te gusta?.

-. Si consigues editarlo; quiero que sean los lectores.

-. Me acabas de contestar.

Y bastante bien que me contestó a mi pregunta aquella damisela; una chica graciosa y simpática donde las haya y guapa, a mi simple entender. Su edad la hacía irremisiblemente estar radiante en dichas virtudes.

Paseamos hasta altas horas de la tarde y al llegar la noche nos fuimos a un bar para tomar un bocado de lo que allí nos pudiesen servir y desde luego, sí que nos sirvieron: Más de cinco raciones, quedando bastante satisfechos en la comida.

Pedí un café y vi como mi chica, dando con el dedo índice sobre la mesa, asentaba como queriendo decir que la pidiese otro café a ella: Así lo hice.

Estuvimos un rato sin hablar nada, mientras saboreábamos el líquido de la baya del cafeto y disfrutando de su irrepetible olor, hasta que rompió ella el hielo, con la conversación.

-. ¿Qué es?.

- . Café.
- . No: Me refiero a lo que piensas.
- . Eres muy suspicaz.
- . Muy observadora.
- . ¿Y qué me respondes?.
- . Se vive bastante bien.
- . ¡Caray!. Era eso lo que yo estaba pensando.
- . Y tanto.
- . Es muy diferente, mi tierra a ésta Tierra.
- . A todo se acostumbran las gentes.
- . ¿Hasta tú?.
- . No. Más bien tú.
- . ¿Pero si no hubiese más remedio?.
- . Entonces intentaría acostumbrarme yo; pero es que lo hay. Hay remedio.

De súbito me vino a la mente la idea sana del amor: Aquella chica me quería y no poco; en cuanto accedía a mis pretensiones.

Ser o no ser, esa es la cuestión, pero si en esa comedia se en reversaba la escena, en mi vida estaba seguro que era; era querido por mi chica.

Saqué la cartera para pagar y debido a ese hecho se me cayó un sobre al suelo; ella se agachó para acogerlo enseguida y con interés: Me lo devolvió casi temblando y yo, que ya no me acordaba de dicho sobre, le abrí en su presencia, dándoselo a leer su contenido, pues ella lo leyó detenidamente.

- . ¡¡¡ Pasado mañana!!!.
- . ¿Qué pasa?.

Se me quedó mirando, con cara de asombro para después haciendo un gesto de dolor y extrañeza, a la vez, replicarme a mí sorprendente pregunta.

- . Que está puesta la fecha de pasado mañana.

- . ¡UF!. No me acordaba del pasaje.

- . Pues hijo; de esto, se tiene uno que acordad.

- . ¿Sorprendida?.

- . Nerviosa.

- . Tengo que poner mis cosas en orden.

- . Lo comprendo.

- . Será poco tiempo y me vendré enseguida,

- . ¡Y otra vez para allá!.

- . No: Si soy el marino de cierta chica.

Me miró de frente y sin pensarlo ni una sola vez, se lanzó a mi cuello para darme un rosario de besos: Yo a mi vez, también la besé y la acaricié sin contemplaciones; pues ya tenía ganas de hacerlo.

No fue muy cómoda mi marcha; ni para ella, ni para mí; ya que el pesar de no volvernos a ver saltaba nuestras ideas, pero por otra parte eso no podía ser entre personas que se querían tanto.

Decidimos separarnos en Sevilla y dejarnos ver allí; ya que en el aeropuerto hubiese sido muy incómodo nuestra despedida, pues el palpito del corazón no nos hubiese dejado de calmarnos y hubiese sido un espectáculo sentimental y personal, ante la muchedumbre. Hubiese sido el drama de Hamlet en su Homóm.

Pasé en mi tierra una buena temporada y créanme ustedes, que en todo momento estuve pensando en mi chica y en el instante de verla y volver a ver . . .

. . . Se empezó a ver la tierra . . . Era desde luego otra vez España y mi alegría fue enorme, cuando el avión se posaba en las pitas del aeropuerto.

Habíamos coincidido que mi chica me esperase en Sevilla Capital, y sobre todo en el Hotel, y así fue: Estaba radiante de esplendor y belleza.

Nada más verme, se lanzó a mi cuello y casi me asfixia y con gran entusiasmo y un gran abrazo, selló el signo de nuestra amistad y de nuestro cariño, más profundo y más noble.

-. ¡Cariño!

-. Tranquila: Ya estoy yo aquí.

-. Lo he pasado bastante mal.

-. Te confieso, que yo también lo he pasado mal; pero ahora nos cabe unificar nuestras vidas, en una sola, en lazo de unión matrimonial.

-. ¿Mis padres?.

-. Les visitaré de inmediato.

Así fue; visité a sus padres en los tres siguientes días y hasta me dio la sensación, de que ya me estaban esperando, en su casa, en su pueblo.

Se me agasajó y se me hizo vivir, en aquel pueblo, una vida cómoda y confortable, hasta tal punto que no sabía si yo era el señor de la casa o era de verdad la señora; la madre de mi chica.

Yo por si acaso no me salía de mis posibilidades de invitado aunque fuese un invitado especial. Miraba muy mucho por dónde andaba, razonaba lo que decía y miraba mis posibilidades de conquistar, no solamente a la madre de mi chica, sentimentalmente, sino a toda su familia.

. Hijo, bien venido a casa.

Y esto me lo dijo a los dos días de mi estancia entre todos ellos; así que yo me sentí cómodamente y sentimentalmente atraído por aquellas personas: Por eso, cuando tuve ocasión de réplica y viendo que estaban toda la familia de mi chica juntos, pensé la frase dejando la voz colgada en el ambiente de aquella habitación y de aquella atmósfera cordial.

-. ¿Sabes lo que les digo?: Me siento un hijo más.

Comenzaron aplaudir todos a unísono y mi chica, se reía como nunca lo había hecho, de alegría, radiaba en todo esplendor, respiraba a pleno pulmón y todos juntos y con un solo pensamiento me fueron diciendo.

-. No lo dudes.

-. Ni un solo instante.

-. Ya ves hijo. Todos juntos y hasta yo te digo; que ya eres de casa.

De casa o no de casa; lo cierto fue, que volvimos una vez más a Sevilla: Yo una fecha antes que ella y en dicha capital, nos juntamos para vivir unos días inolvidables.

Una buena tarde, decidimos irnos un sábado a la playa, ya que se encuentra no muy lejos de allí y dicho y hechos, hicimos las maletas y allá que nos fuimos.

-. Debíamos tener un apartamento en la playa el día de mañana.

-. Creo que sí; soy de tu misma opinión.

-. Aunque . . .

-. ¿Qué me quieres decir?.

-. Puedo ejercer cerca de aquí.

-. Te lo iba a proponer yo.

-. ¿Por qué no lo has hecho?.

-. Soy un caballero y deseo que mi chica se encuentre cómoda, allá donde esté.

Me miró, no me dijo nada, agachó la cabeza y la puso sobre mi hombro, acompañada de una respiración bastante acompasada, con los nervios de aplomo; se veía protegida y segura de sí misma.

Pasaban los días y yo hice valer mi título de licenciado y con todo y ello, conseguí trabajar en una empresa en Cádiz y desde luego no era para estarnos viendo una vez en la semana; así, que en una de mis idas y venidas a Sevilla, abordamos la conversación de nuestra posición: Definir, por una vez, nuestras vidas y la manera de vivir.

-. Creo, que no debemos seguir así.

-. ¿Cómo?.

-. Separados por más tiempo.

-. ¿Qué quieres decir?.

-. Debíamos vivir juntos.

-. No sin antes pasar por la vicaría.

-. A eso me refiero.

-. ¿A lo que estoy pensando?.

-. Sí, mujer; a eso: A casarnos.

No me dio tiempo a recapacitar, pues tenía a mi chica echada sobre mi persona, abrazándome y besándome por toda la cara: Yo a la vez hice lo mismo y nos congratulamos, por tan sabia decisión.

-. Te quiero.

-. Y yo a ti, también te quiero. Pero ahora debemos de preparar nuestros esponsales, sin pausa pero sin prisa.

-. Creo, que cuanto antes, mejor.

-. ¿Prisas?.

-.No; lo que vamos hacer, será mejor, que lo hagamos pronto.

-. Pues nada; desde mañana, estoy pidiendo los papeles.

Y desde luego, sí pedí los papales y en poco tiempo ya estaban hechas las amonestaciones y enseguida nos casamos, teniendo un grandioso banquete, pasándolo de mil maravillas.

-. ¡Vivan los novios!

-. ¡Vivan!

Repetían una y otra vez los comensales; todos los invitados a la boda lo pasaron a lo grande y estuvieron celebrando hasta muy tarde, dicho acontecimiento.

-. Ha sido grandioso.

-. ¿Te ha gustado?

-. Sí; desde luego, ha sido maravilloso.

-. ¿Y los invitados, que han dicho?

-. Lo que te estoy diciendo.

-. Me agrada, mujer.

Apenas habíamos descansado, cuando llegaron los familiares de mi señora y en vez de estar a solas mi mujer y yo, tuvimos que dirimir la cuestión, entre la compañía de éstos y el bullicio de los otros, los niños, tan preciosos y bonitos como siempre; sus juegos, infantiles y animados, eran la atracción de los mayores.

-. ¡Cuidado!: No se vaya hacer daño, ese niño.

-. Déjale, que juegue a sus anchas.

-. El árbol se endereza desde joven, desde pequeñito.

-. Por un día . . .

-. Sí, y a este sigue otro y así sucesivamente.

No tuvimos más conversación, ya que se dispusieron a salir, para ver los alrededores de aquel barrio, la familia de mi señora y desde luego . . . No sé . . . No se, que decirles, a ustedes; ya que se llevaron a mi señora, con ellos, para darse su paseo sin ninguna mira, ni contemplaciones.

Me quedé sólo, en casa arreglando el cuarto un poco y poniéndome como para ver la televisión, el programa que echaban aquel día.



PARTE FINAL: APOTEOSIS.

DE CÓMO APRENDER A ESPAÑOLEAR . –

La boda pasó y los familiares y parientes de mi mujer, se quedaron unos día más entre nosotros, aprovechando el buen tiempo y otros eventos, con otras circunstancias.

La vida sigue y como la vida sigue llegaron las fiestas de Doña Cuaresma y Don Carnal, en aquella ciudad: Eran unas fiestas sui géneris y alegres. No eran abiertas a las gentes, pero podrías participar en ellas, como el conjunto de los ciudadanos.

Una terraza, verbenera, en un local acomodado para ello, en donde se pasaban unas veladas nocturnas, que eran el consuelo de todo ser viviente.

-. ¿Bailamos?.

-. ¿Tú lo quieres?.

-. Sí.

-. Son sevillanas.

-. ¡Bueno!; lo haré igual que tú: Me moveré como tú lo hagas.

Sí que la lié; ya que yo no sabía bailar sevillanas y me movía con torpeza y sin ton ni son y más bien con gestos incómodos. Por más que conseguía fijarme en el resto del personal que había en la pista, yo no lograba moverme a unísono compás al igual que ellos; pues mientras daba un paso hacia adelante, daba dos para atrás.

Ya a altas horas de la noche, decidimos marcharnos a un teatro, donde conseguiríamos ver grupos de charangas y chirigotas, conjuntamente unificados, para tal evento; y así fue, pues no se portaban mal tales grupos: Todo lo contrario.

-. ¿Habéis visto, cosa igual?.

-. ¡En mi vida!.

-. ¿Te gusta!?.

-. Me encanta.

Miraba hacia los lados y veía en las caras de sus familiares y parientes, el resplandor del que se siente complacido y poseído de un bienestar trascendente, para su vida.

Aquellas gentes, no daban crédito a la hora, pues ni siquiera miraban el reloj y es así, que a poco no diese yo la voz de alerta, hubiese estado ensimismados hasta la mañana siguiente observando a esos grupos y oyendo sus murgas y canciones.

-. ¿Sabes la hora que es?.

-. No.

-. Tus gente estarán cansadas.

-. ¡Nuestras gentes!.

-. ¿Cómo?.

-. Que son tuyas, también . . . Voy alertar a mi madre, para que ella de la voz de alerta y podamos irnos a casa.

Así fue, pues a altas horas de madrugada y después de habernos parado en un bar para tomarnos unos churros con chocolate, llegamos todos a casa medio derrumbados por el ajetreo de todo el día anterior.

No se cuanto tiempo permanecemos durmiendo aquel día; lo que sí sé, es que cuando nos despertamos y comenzamos andar por casa, unos antes y otros después, ya se había pasado la hora del almuerzo y estábamos en horas de la merienda.

No ganábamos para zapatos; pues otra vez estábamos en la calle, unas veces dirección para arriba, otras para abajo y entre ida y vuelta degustábamos unos pisco-labis que no tenían parangón en la historia, con cualquier otros aperitivos.

¡Que bien!. ¡Qué bien!; nos lo pasábamos, hasta que al correr el tercer día, su familia decidió marcharse al pueblo, quedándonos solos a mi señora y a mí.

- ¿Tienes penas?

- Los echo de menos.

- En cuanto podamos iremos a verlos.

- ¡Sí!; ya. Hasta el verano, que cojamos vacaciones, no podremos.

- Ya he mirado yo el calendario.

- ¿Y qué?.

- Semana Santa.

- ¡AH!; no me acordaba.

La vida nos llevaba a su modo, hasta que un día recibimos una notificación judicial: Era un requerimiento, así fue; ya que al correr el tiempo, al paso de los días se fue calmando sus ansias de ver a su madre y nuestras vidas se fueron normalizando cada vez más.

Esto conformó un poco a mi señora y con esa ilusión, quedó la propuesta de ir al pueblo, en pié. Y en general parecía una balsa de agua, en que el remanso suave y quieto nos hacía vivir una vida agradable y placentera.

- Debo ir al Juzgado.

- ¿Por qué?.

- Me lo demandan en la notificación, que he recibido.

Después de esperar un buen rato, pues tuve tiempo de hablar con las demás personas, que esperaban su turno y de intercambiar opiniones: Unas personas, contaban algo de que eso es perjudicial; el que te hayan llamado, siempre se lleva por lo judicial y hasta otra persona repuso, que habían casos, que se llevaban por lo penal, como caso de homicidios.

No se; no sabía lo que estaría pasando, pero lo cierto era que se me iba a indicar algo de otro juzgado, de otra plaza; así que esperé con impaciencia y nervios.

-. Cariño. ¿Nervioso?.

-. No . . . ¡No!.

-. ¡De modo, que sí!.

-. He dicho que no.

Desde luego me encontraba nervioso y sobre todo, nerviosos perdido y sin saber, qué me comunicarían en aquella sala del Juzgado, pues ya había pasado el señor, que iba delante de mí y no sabía si salir corriendo o hacer frente, como pudiese, a tal acontecimiento en el que estaba envuelto en aquella demanda judicial.

Pasó por mi mente mil y una tontería; que si fuese grave o si dejé algo por hacer o lo hice mal: Así, que no sabía si iba a salir bien de allí, o por el contrario saldría acompañado por las fuerzas públicas.

Llegó: Llegó ya la hora de entrar, pues me nombraron y casi no me podía mover, casi no me podía levantar de la silla y haciendo un esfuerzo, bastante enorme, conseguí entrar en aquella sala después de pedir permiso.

-. Siéntese.

-. Como usted diga.

-. ¿Sabe por qué es su requerimiento?.

-. No señor.

-. ¿Usted estuvo en Zafra?. Provincia de Badajoz.

-. Sí, señor.

-.Le requieren en dicho Juzgado. ¿Recuerda usted algo?.

-. Un ganado que compré.

- Será eso. Firme aquí; tengo que mandarlo a dicho Juzgado, como que usted se ha enterado. El día veinte siete de este mes, tiene que comparecer ante dicho Juzgado, ante dicho tribunal.

Salí de allí, sin saber qué decir ni qué pensar; de modo, que lo único que pensé fue que tenía que ir a dicha localidad en un tiempo cercano.

Lo primero que hice fue pedir permiso de antemano, a la empresa por supuesto se me concedió bajo justificante judicial, no sin antes haberseme aconsejado ir a un afamado abogado de aquella capital.

- Créame; no se puede hacer nada.

- ¿Entonces tengo que ir a dicha localidad?.

- Forzosamente, tiene usted que hacer acto de presencia en ésa localidad, ante el tribunal.

- ¿Entonces?.

- Puedo decir a un compañero de Badajoz que le acompañe, le va a costar desde luego la minuta.

- ¿Y usted?.

- Tenemos corresponsal con nuestros compañeros; de modo, que es así mejor.

- ¿Me aconseja?.

- Pagar lo que el señor Juez le diga. Pero, eso sí; no pague usted más que lo que el presidente del tribunal le asigne.

Esta vez, mi coche llevaba bien las bielas y no había por qué tener miedo en el trayecto; así, que llegué a últimas horas de la tarde a dicha localidad y preguntando por un lugar de hospedaje, me indicaron uno bastante aceptable.

Me registré en dicho lugar y después de comer un algo, salí a sus calles para tomar un café en uno de sus bares y contactar su ambiente. Un ambiente cordial y poco fuerte; aunque se hablaba mucho

de un ganado y al cabo de un buen tiempo conseguí cazar onda y saber, que el ganado tratado de boca en boca, era el que yo había comprado en aquella estancia mía, ayer antaño.

Yo veía que dos señores me miraban mucho desde un ángulo del bar, sentados en una mesa: Uno al otro, se miraban y asestaban con la cabeza, como dando a entender que me querían conocer.

Una voz, triple, se alzó entre las personas que habían en el mostrador del bar, para anunciar lo que ya se estaba sabiendo.

-. Ese señor tiene que estar aquí ya; pues es mañana, cuando se le requiere en el Juzgado.

Vi como uno de los dos señores anteriores hizo una señal a la concurrencia que estaba cerca de la barra y uno de ellos me miró y salió más rápido que el viento a la calle.

Yo, por mi parte, no me di por aludido y cuando hube tomado mi café, me dirigí a mi residencia para conciliar el sueño; y, ¡OH!, sorpresa . . .

-. Mister.

-. ¿Qué haces, tú aquí?.

-. Le quiero dar la bienvenida y para ver qué hago con el ganado.

-. ¿Qué vas hacer?.

-. Le tengo en un redil. ¿Sigo teniéndole allí?.

-. Sigue; chaval.

Me quedé pensativo; pues vi al muchacho de nuestro primer recibimiento y me quedé absorto, al comprobar su constancia con aquel ganado.

No pude pegar ojo en toda la noche, pensando una y mil cosas; de si se ha tratado también al ganado, ha sido por el chaval aquel, pero por su parte no sabía si lo estaría haciendo bien y desde luego, si que lo supe al día siguiente.

Salí de la residencia donde dormir y ya en la puerta, me estaba esperando un señor, todo el calmado y sin ninguna clase de nervios.

-. Señor.

-. Sí; dígame.

-. Siento decirle que consta en mi poder y la tengo en mi bolsillo, una factura por el valor de cien cuartillas de cebadas, que se ha comido su ganado.

-. Enséñemela.

Y desde lego sacó un papel escrito con una letra un tanto dificultosa, pero con gran firmeza a la vez y sobre todo, con una firma ilegible.

-. Guárdesela, señor.

-. ¿Qué hago?.

-. El señor Juez, dirá.

No puso buena cara a mi insinuación, así que apresuró el paso y desapareció por una boca calle, sin decir nada; yo a mi vez, proseguí mi camino y ya en las inmediaciones del Juzgado, vi como una señora me hacía señas con una mano, como llamándome, para que me acercase a ella. Así lo hice.

-. Señor.

-. Sí; dígame.

-. Dejé a su pastorcillo tres gavillas para la comida de su ganado.

-. Enséñeme la factura.

-. Aquí no tengo la factura, pero se lo digo yo a usted de palabra.

-. Acompañeme al señor Juez.

-. Aquí no hace falta Juez; se estila así.

Esta vez el que no dijo nada fui yo y apresurando el paso, entré en el Juzgado, yéndome directamente a una mesa que había cerca para entregar el Oficio.

. Espere ahí.

Así lo hice y me senté cerca de otros señores que estaban esperando para otro presunto juicio, y como mi abogado me indicó que no hablase con nadie, me limité a dar un sí con la cabeza como dando los buenos días.

No sabíamos bien nuestros turnos, hasta que vimos pasar a unos señores a la sala de actos y fueron requeridos los otros señores primero, así que se me acrecentaron los nervios, por la simple espera.

Vi una indicación, que ponía servicios y me dirigí a ellos observando con gran pesar, que se encontraban cerrados; pues no sabiendo donde buscar la llave, ya que no encontré a nadie, decidí ir a tomar un café en un bar que había allí cerca.

-. Mister: ¡Lo tiene crudo!.

Nada más, que entré en el bar, fue los buenos días que recibí, por parte de un señor que se encontraba en la puerta: Bonitos, buenos días.

-. ¿Quiere algo?.

-. Un café.

-. Usted tranquilo: Aquí cumpliendo, no pasa nada.

Fue la réplica del camarero, ante tan exaltada bienvenida que me dio el otro señor. Tomé el café, hice mis necesidades y marché otra vez a las dependencias del Juzgado y aún, tuve que esperar un tiempo a que me llamaran.

Me nombraron el primero y en alto y entré comedidamente en aquella sala; no sin antes observar, a quien se encontraban allí, pues entre el bullicio de los que salían y de los que entraban, no conocía a nadie.

Se solicitó que me pusiera en pie y se me leyó la cuota de lo que estaba debiendo a un señor por no se cuantas gavillas de pajas, amén de no sé cuanto pienso y un arriendo de un redil. Al terminar aquel señor su lectura de toda una buena factura, repuso.

-. ¿Debe usted algo más?.

Pensé con la velocidad del rayo y me vino a la memoria el señor que me esperaba a la salida del establecimiento donde dormí, y la señora que me abordó en plena calle; para después confirmar mi respuesta.

-. No, señor.

-. ¿Usted, no sabe de algún acreedor más?.

-. Le digo que no, señor.

-. Bueno. Está usted obligado al pago de dicha factura, pase por el mostrador a firmar.

De verdad que me cogió un poco de improviso, aquella manera, aquella aptitud, pues era un tanto chabacana; como a estilo compadre.

No sabía muy bien de qué clase de Juzgado se trataba, pues recuerden ustedes, que la historia relatada, marcan los hechos del año cincuenta y dos; no sabía, si era un Juzgado de Paz u otra clase de Juzgado. Lo cierto era, que por no haber llevado abogado, fui obligado a pagar toda la factura.

Me arrimé a la mesa, donde había un señor, que me dio un libro para firmar y así lo hice.

-. Aquí es así, señor.

-. Muy rápido.

-. Todo el mundo, acata las decisiones de los marchantes de este pueblo.

- . ¿Y qué es eso, de esparcir? . . .

- . Un camión cargado de gavillas, se salió en la cuneta de la carretera y al cabo de tres días, habían desaparecido todas ellas.

- . ¿No comprendo?.

- . Le veo, todavía, un poco inquieto a causa de dicha cita.

- . Le digo, que no comprendo

- . Piense un poco.

Sin comprender nada, salí de allí lo más deprisa que pude para mi residencia y créanme, que no iba de buenos modales, pues lo primero que se me vino a la imaginación, fue el vender el ganado rápidamente, ya que mi anterior cita no surtió efecto, sobre todo mi voluntad de vender tales animales.

No estaba llegando muy bien a las puertas de mi residencia, cuando vi al chaval sentado en su umbral y éste al verme, como en un resorte, dio un salto y entres zancadas estuvo a mi lado.

- . ¿Qué haces?.

- . Esperarle.

- . ¿Qué es eso de las tantas y las cuantas gavillas?.

- . Tenía que comer el ganado.

- . ¡AH. ¿Pero, tú fuiste quién las cogió?.

- . Sí.

- . Ven aquí, que te voy yo a enseñar buenos modales.

Salió corriendo como para librarse de una buena reprimenda y me volví a quedar sólo una vez más, entrando en el hall de la residencia y me dirigí al señor que representaba aquel establecimiento.

- . Le veo, muy sofocado.

- . El chaval. Y por otra parte me entero más fuera del Juzgado que dentro, de todas las cosas.

- . No ha sido requerido, el chaval, por ser un niño.

- . ¡Ya le digo!. Me entero más fuera que . . .

- . Y como fue su ganado el que se comió el camión de gavillas de pajas, se le ha requerido a usted.

- . ¿No le digo?. ¿Y usted cómo lo sabe?.

- . De viva voz. Soy pariente . . .

No terminó su respuesta, ya que un señor entrando en dicho establecimiento como una exhalación, reclamó mi interés por su presencia.

Le quise recordar y vi en este señor aquel hombre, que tomó conmigo unos chatos de vinos en la feria del pueblo y al que se le vio conmigo, y me vendió el ganado.

Se paró, me miró, y poco a poco se fue acercando a mí para más tarde extenderme la mano en son de saludo y dándome su amistad.

- . Mister.

- . ¿Es usted?.

- . Sí. Veo, que tiene problemas con el ganado.

- . Y usted quiere ayudarme.

- . ¿Lo duda?. No lo dude; para eso estoy aquí.

Miré para los lados y vi al hostelero, casi con la respiración entrecortada, ya que con los ojos abiertos, como panes y con el ceño fundido; no daba crédito a lo que oía. Pensé rápidamente la respuesta y puse todavía más nervioso a mi buen amigo, el hostelero.

- . Le oigo a usted.

- . Le compro el ganado.

- . ¡Está hecho!.

- . Mañana en el real a las ocho y media.

No dijo más, aquel señor y sin mediar otras clases de palabras, salió del local, quedándonos absorto y sin saber lo que responder, a mi amigo, el hostelero y a mí mismo.

Un poco despistado me quedó aquel señor, al despedirse hasta las ocho y media; un tanto temprano era aquella hora intempestiva: ¡Ocho y media!.

Comencé a pensar y no sabía lo que decir al respecto, así que sin contemplaciones, pregunté al hostelero, el por qué de aquella hora.

- . A las nueve se abren los Organismos Oficiales.

- . ¿Y qué?.

- . Un apretón de manos, vale, tanto como para cerrar un trato en este pueblo y sobre todo en el recinto ferial.

- . ¿Y así no hay que registrar dicha operación?.

- . Justamente.

- . Nunca sabrán las posesiones de un señor.

- . Aquí, se sale con el cambio. El trueque, es lo cotidiano de la vida.

No podía dormir y me vestí disponiéndome a salir a la calle, pero cuando estaba ya en el umbral de la puerta vi al chaval hacer guardia en la misma entrada del establecimiento aquel. Ya que estaba como adormecido y aprovechando dicha coyuntura, conseguí llegar a mi habitación sin que me oyera nadie, ni me viese nadie.

Era muy fuerte, aquella situación para mí; ya que dicha vigilancia, no la había tenido nunca, así que esperé a que amaneciese y a que llegase la hora convenida.

Por fin llegó dicha hora y seguido de aquel pequeño me dirigí al real, viendo allí aquel señor que ya me estaba esperando: Nuestro buen hombre.

- . No llevo mucho tiempo esperándole: Es usted, puntual.

- . Lo suelo hacer, Mírese el reloj.

- . Sí; es la hora justa.

Fueron acudiendo, uno detrás de otro, varios señores y ente ellos, el hostelero; conté cinco personas y cosa in extremis, fueron quedándonos en el medio de la reunión aquellas personas a nosotros dos; los que teníamos que hacer el trato.

Sí, porque, eso era; trato y nada más: Pues nuestro buen hombre, dirigiéndose a mí, me extendió la mano y yo dándosela, con un vaivén de arriba abajo, fue cerrado dicho trato y con ello la venta del ganado.

- . ¡Hecho!.

- . ¿ Ya está?.

- . Es esto; y nada más.

Qué sencillo: Pues dicho mercado no tenía muchas reglas, ni ajustarse a grandes asientos contables; porque con un apretón de mano, se hacía una transacción económica o se pasaba una propiedad de una persona a otra. Fácil; muy fácil, aquel mercado, como he dicho.

- . ¡UF!. ¡Qué fácil!.

- . Pues sí señor. Así es.

Corrí al hospedaje y antes pasé por la calle donde tenía el coche, aprovechando que el chaval se había quedado con el ganado y lo cambié de sitio; pues no tenía que saber aquel chico dónde había dejado mi vehículo, sobre todo por la mañana temprano que era cuando yo saldría de aquella localidad.

Efectivamente; cuando me levanté aquel día a una hora muy temprana, quedé sorprendido al no ver al pequeño esperándome en el umbral del establecimiento. Qué bien le tenían puesto el nombre de pastorcillo: Era el cuidador de aquel ganado, el vigilante de aquellos animales.

Aquel chaval se había quedado con su ganado; pues como supe, aquella misma mañana, y después de preguntar por él, era el pariente del señor que me compró el ganado, que era a la vez, el amo del mismo: Todo había quedado otra vez en la misma casa.

- . Lo he vendido por menos que me costó.

- . Y si no lo hace usted, cuanto antes, le costaría tres veces más.

El hostelero se refería al pienso y al cuidado de aquel ganado; ya que tuve que salir del pueblo por no saber si los presuntos acreedores, acudirían en masa a las puertas del establecimiento, si los hubiesen.

Una vez más en carretera y sin miedo al camino, vi como fueron pasando los pueblos, unos a oros, después de remontar la meseta, en forma de cordillera y al poco tiempo me presenté en Sevilla. Hice un alto en esa Capital, para recordar; recuerdos que se me presentaban en la memoria, con buenos agrados.

Allí pasé días agradables con mi señora, tanto cuando éramos conocidos, como novios, así como casados . . . Fueron tiempos libres, de mi vida, a los que recuerdo con gran ilusión y todo por un interés de conocer estas tierras . . . ¿Quién me diría a mí, que yo iba a terminar en estas latitudes?.

Era así, que estaba sumido por completo en la sociedad de la Nación; en sus costumbres, en su folklore y en sus cosas: Hasta tal punto, que conocía sus Leyes y sus tratos.

-. ¡EH!; señor. Está cortada la carretera . . .

Era un señor, que con voz fuerte, me avisaba de que se estaba haciendo obras en dicha carretera y no había visto el desvío; así que volví para atrás a tomar la dirección correcta.

. . . Cuando llegué a Sevilla Capital, ya no me parecía a mí tan alegre sin mi señora, que aunque no quitando la enorme hermosura y su gracia y donaire; al verme sólo, no sabía qué camino seguir en las diferentes calles, por donde pasaba; así, que sin tomar nada en sus afamados bares, decidí seguir rumbo a mi destino, para poder estar pronto con mi querida mujercita.

Hasta el camino me parecía a mí, que se alargaba esta vez mucho más y las horas me pacieron interminables . . . Consiguiendo ver por fin la ciudad más próxima a Cádiz y ya comprendí que estaba cerca de mi casa.

Hasta el paisaje me parecía que me estaba dando la bienvenida. La Tacita de Plata estaba a mi vista y en general no había pasado más que tres días y me había parecido, a mí, por lo menos un mes de ausencia, de mi domicilio.

Me pasé por la sede de la empresa donde trabajo y constaté con mis compañeros; y desde luego tenían un gran trabajo a su cargo, tanto de responsabilidad como de cantidad, sin hablar de su calidad.

-. No sabes de lo que te has librado.

- Lo estoy viendo.

- Pues esto no es nada, para lo que ha habido.

Proseguí mi camino, hacia mi casa y ya en ella, me dieron un recibimiento bastante bueno: Besos y abrazos por todo el cuerpo,. Parecía como si no me hubiese visto mi señora en un par de meses.

Miré para todos los contornos de la casa, como sintiéndome a gusto y complacido en ella y tomando una bocanada de aire, repliqué.

- Han sido solamente tres días.

- A mí, me ha parecido años.

- ¡UF!; mujer: Lo mismo me ha pasado a mí.

- Pero ya estás aquí.

- Otra vez, te llevo conmigo.

- Es lo que debías haber hecho.

Ya calmado y a los pocos días salimos de compras una mañana aprovechando un permiso y desde luego visitamos unos grandes almacenes, que nos habían aconsejados; ya que eran bastantes buenos, pues había de todo en ellos, de lo que estábamos buscando. Me parecía que sería un establecimiento especializado en dicha materia.

- Tienen un gran surtido.

- Desde luego.

- ¡Mira!. Poco más o menos, es lo que estamos deseando.

- ¿Cuánto cuesta?.

- Es un poco caro.

- ¡Haber!: ¡Y dices, que un poco caro! . . . ¡¡¡Carísimo!!!.

- Mujer: O lo compramos o lo dejamos. Es esto lo que necesitamos.

- Sí; pero mira qué precio.

- ¿Y qué es lo que está barato?.

Nos fuimos con las manos en los bolsillos, ya que no podíamos o no supimos mercar dicha mercancía; unas veces, por parecernos caras y otras por hacer recuento de nuestro dinero mensual. Nos fallaba el presupuesto.

Volvimos alegremente a casa y ya en el portal, vimos entrar al agente repartidor de Correos en el mismo y como conseguimos ir a la par por las escaleras, nos abordó con su pregunta.

-. ¿Es usted, este señor?.

Enseñándome el Certificado, me hacía la pregunta y yo asestando con la cabeza, le decía que sí. Así mismo, se lo dije con la boca.

-. Sí, señor.

Entramos en casa mi señora y yo con el Certificado en las manos, los dos impacientes por ver su contenido y desde luego: ¡Vaya contenido!.

-. Qué dice, dicho Certificado?.

Me tranquilizaba yo mismo, en aquella espera tan desesperada a la vez.

-. ¿Otra vez?.

-. No; si ahora es en la plaza de Cádiz. Es aquí mismo.

-. ¿Sobre qué?.

-. Tengo que ir a que me den noticias, pasado mañana a las once y cuarto.

¿Qué sería esta vez?: Pues parecía algo así, como de no haber dado una buena denominación a una tierra o algún grupo legalmente constituidos.

Esperamos con gran impaciencia el día de la notificación y desde luego llegó, como siempre en estos casos, al parecer unos cuarentas días después, aunque sea el mismo día del requerimiento; debido al nerviosismo.

Pero la espera; se suele decir, que quién espera desespera y qué verdad es, ya que mis nervios se dispararon hasta el punto que no podía estar sentado y me tuve que levantar dando unos paseos por todo aquel corredor, que aunque era reducido, para mí era lo bastante ancho y amplio como para calmarme el ánimo y suspirar más profundamente pensando en positivo.

No debía tener miedo, pues nada hice al respecto; así que me tranquilizaba yo mismo, en aquella espera, tan desesperada a la vez.

Por fin entré a que me informasen en aquella sala y así fue, pues después de presentar el carne de identidad, me mandaron sentarme.

-. Es para informarle que se le ha demandado por una denominación.

-. ¿Cual es?.

Me dijo el nombre y dónde vivía, así que sin perdida de tiempo y cuando salí del Juzgado, me dirigí rápido a la casa de ese señor para ver qué facilidades había, según me indicaron en el Jugado de llegar a una acuerdo.

Cuando llegué a casa de ese señor, no se encontraba allí, así que decidí esperarle y aun tuve que estar en la puerta de aquel hogar un par de horas; hasta que apareció una figura fina y pequeña, acercándose a la puerta y yo adelantándome a el, le pregunté.

-. ¿Es usted el señor de la demanda?.

-. Sí; lo soy. No tengo que hablar con usted.

Se entró sin querer nada en su casa y yo me quedé como viendo visiones por el gran coraje que tenía aquella persona dentro de su ser. Así, que me fui a mi casa, esperando la fecha indicada.

Claro que mi señora me indicó al llegar a mi casa, que para eso había unas personas especializadas, los abogados, y que yo debía hacer uso de uno de ellos. Me indicó uno, que según ella, al pasar por la venida Carranza había visto anunciado en una placa.

Íbamos casi a ciegas, pues no sabíamos quien era y si desde luego sabía reconducir dicho problema con la experiencia debida.

-. ¿Han intentado, ustedes, hablar con dicho señor?.

-. Yo he intentado entablar conversación, con ese señor.

-. Usted es el presunto sujeto; de modo, que si se llega a un entendimiento no vendría mal dicho consenso.

-. ¿Y cómo?

-. Yo intentaré hacerlo con su abogado, si lo tiene. En general, estos sujetos tienen todos abogados.

-. ¿Sabe usted, quién es su abogado?

-. Ya le digo; que intentaré averiguarlo.

-. Está bien.

Claro que sí lo averiguó y a los pocos días me llamó a su bufete, para constatar una entrevista, si se pudiese, con aquel señor.

Tuve que esperar un poco, hasta que mi abogado colocase bien unos papeles que tenía encima la mesa y una vez terminó de ordenarlos me dirigió la palabra.

-. Sé, quién es su abogado.

-. ¿Y qué?

-. Si usted quiere, intentamos un acuerdo.

-. Hágalo.

-. Está bien. Lo intentaré.

Así quedó todo y al correr el tiempo, aquel abogado no me llamaba, llegando el día demandado para el juicio; así que me fui al Juzgado sin más contemplaciones.

No había llegado nadie que me interesase, no conocía a ninguna persona allí sentada en aquel banco; al preguntar en información y recogerme el Oficio del requerimiento, me hicieron sentar en el banco y así lo hice.

Al momento vi entrar a tres señores; uno de ellos a mi abogado, que después de saludarme desapareció en la sala de Actos, para llamarme al poco tiempo.

-. Su denominación no fue correcta. ¿Está usted de acuerdo?

-. No en todo.

-. Al referirse a la Nación, la llama país. Esa es la denuncia.

-. No exactamente.

-. Explíquese.

- . Llamé país a cierta Región, no a la Nación.
- . Explique un poco más.
- . Veo, en dicha región, que forma un país, pero nada más; ya que su mercado tiene la culpa.
- . ¿Cómo es eso?.
- . Con permiso, señor Juez. ¡Cuidado! . . . Mi abogado me miró y prosiguió . . . Mi cliente, quiere decir, que por su manera de ver las cosas y a dicho mercado.
- . Déjele que se explique él mismo. Siga.
- . Su mercado es tan variado y su forma de ser, que no forma un todo homogéneo. No tiene un solo pensamiento.
- . ¿Y?.
- . Eso es un país. Una región, un grupo de pueblos, no toda la Nación.
- . Su escrito en dicha revista dice: “Todo este país, es un algo discontinua, sin ilación . . .

Se me quedó mirando, aquel señor, que leyó parte de la revista, donde yo había escrito, lo mismo que el señor Juez y yo no sabía lo que responder a tal lectura, pero con la velocidad del rayo, pensé no quedarme callado y repliqué de inmediato.

- . Es debido a su mercado.
- . ¿Qué alega usted a lo que ha dicho?.
- . En una parte de una comarca, se da el trueque, en otra el regateo, en otra una especie de trapicheo, según dicen ellos, que no deja de ser un regateo desorbitado . . . Y así sucesivamente, sin tener un solo pensamiento . . .
- . Con permiso, señor Juez.
- . Sí; diga usted.
- . Lo que quiere decir mi cliente, es que no ha entendido bien sus estructuras y su manera de ser.
- . ¡Vale!. Está bien.

Me hizo un gesto mi abogado, para que no siguiese hablando y así lo hice, aunque no estaba yo muy convencido en estar callado. Así que el señor Juez dio por zanjada la cuestión, echándome una multa.

Los parabienes se proliferaban por toda la sala, ya que como supe después, fue el mejor resultado para una persona; que se me impusiera una multa. Sigo diciendo, que el relato consentido, es del año cincuenta y dos.

Salimos mi señora y yo, ya que ella me estaba esperando en el pasillo, a defender lo logrado en un bar y allí nos tomamos sendos refrescos; y cosa insólita en ello, ya que en un cartel, que existía en dicho bar, anunciaban una capea y después de leerlo me llamó la atención mi señora sobre el mismo.

- Conozco quién lo patrocina.

- ¿Y qué?.

- Hemos sido invitados.

- ¿Dónde es?.

- Cerca de la Capital, en un pueblo cercano.

- ¿No sé qué llamarás tú cerca?.

En general no estaba muy lejos, pues a ochenta kilómetros, en esta tierras no se considera una extensión perdida. La finca era una explotación agrícola, no muy laborable, ya que como supe después se tenía para pastos de las reses.

En un cercado; y cosa asombrosa para mí hecho de adobes, nos entraron a toda la concurrencia al acto y créanme, que eran los asientos bastantes cómodos, ya que su gradería, además de anchas, estaban puestas con una delimitada línea bien pensada.

Comenzó la fiesta y con ella la capea con una predisposición bien controlada por parte del personal empleado por el patrocinador de la fiesta, hasta que ya a base de la bebida y el mucho calor, se fueron exaltando los ánimos y de vez en cuando fueron lanzándose a la plaza algún que otro espectador.

Yo veía que nos llegaba el turno a todas las personas que existíamos allí; y así fue: Llegó mi turno, debido al envalentonamiento del buen mosto y allí que fui.

Un quite por aquí, que no un pase, otro quite por allí . . . Hasta que pasó lo irremediable; el quite me lo hizo el morlaco a mí: Pues, no se podía decir, que fuese un becerro, ya que por lo menos tenía tres años y algo.

No digo yo que con los huesos por el suelo, pues en realidad no me enteré de nada: Sentí un golpe seco, en uno de los costados y nada más; pues al rato presentí un mareo y un írseme la memoria, con todo el conocimiento. Me desperté en una cama y sin saber dónde estaba.

-. ¿Dónde estoy?.

-. Hijo. En el Hospital.

-. ¿Qué me pasó?.

-. Que hiciste lo que no debías.

No caía en lo que me podría haber sucedido; así que llevándome la mano a la cabeza, me la acaricié, con idea que me pudiese venir la memoria para conseguir acordarme de ello.

-. ¿Fue el toro?.

-. ¡Y tanto!, Hijo.

-. ¡Y de qué manera!,

-. ¡UF!, ¡No lo sabes tú bien!.

Tuve que saberlo al momento, pues me tenían un pie en alto y un brazo en cabestrillo, así como un collarín en la garganta: Me dolía todo el cuerpo; hasta el punto, que creo, no tenía un hueso sano.

En cuanto a mi estancia en dicho sanatorio; transcurrió veinte días, cuando salí con molestias, de allí a la calle, no podía dar un paso uno detrás del otro sin que me doliese toda el Alma. Pedí un taxis en la puerta del Hospital y así llegué a mi casa.

Mi señora me hizo un buen caldo de cocido, dándomelo a tomar y me sentó como nunca de bien, pues a parte del jamón, tenía un sabor a cardillos y a buen condimento de un tocinillo nuevo, amén

de que luego me sacó la mitad un vaso de un vino con un buqué exquisito: En fin, que me quedé tan fuerte como el toro que me embistió.

Salimos de paseo aquella tarde por los alrededores de casa y como me dijeron que anduviese, siempre que pudiese, lo hice despacio y sin precipitaciones, así que en un velador de la calle, en un bar, nos sirvieron sendos refrescos, sintiéndome que me recuperaba por momento y sin remisión alguna: Volví a ser yo, otra vez más.

Mi médico me aconsejó andar, pero también me dijo de tomarme unas vacaciones retributivas cuanto antes y desde luego intenté hacer caso al galeno, consultando previamente con mi señora.

-. ¿Qué te parece?.

-. Yo esperaba que fuese en otro tiempo; visitaríamos, de esa manera, a mi familia; pero si es para tu bien, pide dichas vacaciones cuanto antes.

-. Puedo pedir medio mes y dejar el otro medio para cuando tú hayas pensado.

-. Como quieras. Está bien.

Y así se hizo, pues en un periquete me encontraba preparando las maletas para visitar la costa, que todavía no era conocida por nosotros y que no muy lejos de allí se encontraba para darnos la bienvenida y hacernos pasar unos días agradables, en sus arenas.

Llegamos a la playa y no que fuese un patoso, pero lo primero que hice es meter el pie en un hoyo, produciéndome una pequeña contusión, que por gracia se me trató rápidamente y no hubo más sustos.

-. Le voy a vendar el pie. Téngalo unos días vendado y con seguridad, se le pondrá bien.

-. ¿Es grave, Doctor?.

-. Créame, que ha tenido usted mucha suerte, ya que estos contratiempos, suelen degenerar en un esguince.

-. ¿Y qué?.

-. Hubiese sido peor.

Con una sola muleta de codo logré pasar tres días, con la pierna encogida y casi sostenido por ella y agarrado, también, por mi señora. Pasamos los días saliendo a la terraza de los bares, en la playa más próxima del apartamento; al término de los cuales, el doctor me quitó la venda y con un poco de molestias en el pie, lograba caminar sin ayuda de nadie, ni de la muleta.

Sería suerte o sería un evento casuístico, lo cierto era, que llegaron las fiestas de ese pueblo, encontrándonos allí mi señora y yo.

Nos pusimos al lado de aquel faro, pues la procesión estaba pasando cerca de allí y conseguimos ver a la imagen y con ella, la gran ilusión con que las gentes de dicho lugar recibían con devoción a su Virgen; que reglaba sus ilusiones, para hacerlos vivir el resto del año, junto a su Iglesia.

Había una plazoleta enfrente de su Templo y allí oímos los mayores vivas a su Virgen; con tanta devoción, que hasta me hicieron poner los pelos erizados . . .

¡Qué viva!; y que ilusiones se derrochaba en aquel día por aquella plaza: Hasta el Templo, parecía darlos la resonancias debidas, para que se oyeran por toda la calle y llegase hasta su playa, recta y hermosa.

Yo, a veces, entendía: ¡Viva, la morenita!; y en general, sí que era su Virgen morena y bella como las que hubiesen.

Pasó aquel día y con el pasó la fiesta religiosa; pero no en sí, la fiesta profana del pueblo y de las puras vacaciones, de estar en la playa y vivir en sus casas.

No nos amoldamos a estar estáticos en dicho lugar, así que en completo entendimiento, cogimos el coche, mi señora y yo y nos fuimos a pasar el día en otras arenas y así fue, pues logramos bañarnos en sus aguas y disfrutar de una buena mañana, entre acantilados, cogiendo cangrejos y un camarón riquísimo, pues sus camarones tenían un sabor buenísimos; así, que ahora prudente volvimos a nuestro apartamento.

Cenamos y nos dispusimos a pasar la velada en una terraza de un bar, hasta que mi señora me alertó de algo que yo estaba, ya, sospechando; pues me rascaba mucho.

-. Estás muy colorado.

- . No sé.

- . Te rascas mucho las manos y la cara.

- . sí.

- . ¡Haber!. Tienes muchos granos en las manos.

- . Cualquier cosa . . . No es nada.

- . Con disimulo, tócate parte del tórax: Observas si tienes granos.

Así lo hice y comprobé que tenía infinidad de granos y la piel tensa: Ya a altas horas de la noche, quise devolver y con un poco de mareo, nos dirigimos al doctor.

Después de mirarme, me hizo pasar, aquel médico, una gran sospecha en mi enfermedad.

- . No le falta a usted de nada.

- . Creo, que buen sabor va a tener a las cosas de la tierra.

- . Déjelo, señora. Este picazón se cura; con cuidado de no volver otra vez por el sitio que estuvieron el otro día. A parte, veo, que usted está entrando de lleno en las costumbres del pueblo: ¡Eso está bien!.

- . ¡Y no sabe cómo!: Doctor. Mi marido está integrado completamente en la sociedad española.

- . Mejor dicho que nunca, doctor.

En un día me curé de todos mis males y para tomar fuerzas físicas, coincidimos mi señora y yo ir una vez más a la costa, para pasar un buen día en ella y allí que nos llegamos: Otra vez pasamos por los campamentos de verano y ya cuando doblamos aquellas curvas y el Regimiento, vimos un camino, que se dirigía hacia alguna playa y por el nos adentramos; pero nuestras ilusiones se transformaron en desilusión, ya que llegamos a una casa que parecía una especie de fortín y a la vez, después de dejar el coche allá, tuvimos que bajar a la playa por un barranco.

El terreno era unas especies de dunas, con muchas arenas, pero al parecer ya secas, como muy secas, hasta que logramos llegar a la playa en donde sus arenas se hacían un poco gruesas; menos mal, que llevaba unas sandalias de goma, consiguiendo andar por la orilla del mar, como si no fuese guijarros puntiagudos.

Nos sentamos cerca de la orilla, para después darnos un buen baño, lo cual hicimos y cosa insólita, al salir de las aguas observamos que seguíamos estando solos, al igual que toda la mañana; pero poco a poco fueron llegando voces, una conversación humana a nuestros oídos, no consiguiendo ver a nadie, ni mirando hacia un lado, ni hacia el otro, hasta que ya y desde una especie de cañada, que formaba el barranco, aparecieron dos jóvenes con una mochila.

Poco a poco fueron aproximándose a nosotros dos y casi nos pudieron pisar, pues donde fueron a sentarse fue detrás de nosotros dos, después de dar los buenos días.

- Venimos aquí todos los días.
- Nosotros, es la primera vez que hemos venido a este sitio.
- Nos gusta porque no suelen venir muchas gentes.
- Tenemos el coche, cerca de la casa. ¿Está bien allí?.
- Perfectamente, señor.
- Lo digo; porque desde aquí no se ve el coche.
- No le hará nadie, nada.
- Eso creo.

Se levantaron aquellos jóvenes y como jugando se dieron un baño en el mar y después de secarse, se despidieron de nosotros, tan rápido como hubieron aparecido y eso que todavía no se habían secado bien. Yo vi que al entrar en la cañada, salían corriendo: ¡Con mucha marcha!.

Dos bultos altos aparecieron por las dunas y a paso ligero se fueron aproximando a nosotros: A mí, a lo primero, me parecieron dos soldados del Regimiento que habíamos pasado, pero ya cerca de nosotros vi con sorpresa que era la Guardia Civil.

- Buenos días.
- Buenos días.
- ¿Qué es esto?.
- ¿El qué?. Señor.
- Este paquete.

Se habían dejado allí esos jóvenes un paquete pequeño y no sabía qué responder al número de la Guardia Civil. Yo miré para aquel desfiladero, donde existía un cañaveral tapándolo y ramas gordas de árbol, para ver si divisaba a los jóvenes; pero a la vez me vino a la memoria que tenía la respuesta por contestar.

-. Es de dos jóvenes, que han estado aquí.

-. ¿Y cómo no los hemos visto?.

-. Han desaparecido por entre las cañas, en aquel desfiladero.

-. ¡Ya!.

-. Créanme.

-. ¿Puede abrir el paquete?.

-. Le digo, que no es nuestro.

-. ¡Bueno!. Acompañénnos al cuartelillo.

Esta sí que era buena, pues ya en el cuartelillo nos sentaron en unas sillas y no nos hacían ninguna pregunta, hasta que ya, al cabo de algún tiempo nos entraron en una habitación cerrando detrás de nosotros su puerta.

Yo no sabía lo que decir, a tal respecto, pues se me cortó hasta la respiración al verme encerrado en su calabozo: ¡El día, que íbamos a pasar, tan tranquilo!; se transformó en un día gris para nosotros.

Yo veía pasar a los guardias de vez en cuando mirándonos a través de las ventanas y no solamente esperaba yo eso, sino algo más, como que llegase alguien diciendo . . . Esos señores, son inocentes, cosa que no se producía . . . ¡Qué va! . . . Lo único que pasó fue que nos sacaron de allí para ponernos un mortero de tinta enfrente y hacernos poner el dedo en el, para después estamparlo en un papel . . . ¡UF!.

Otra vez sentados en aquella silla, ya que nos habían entrado en el cuarto mísero; pero era una espera algo fortuita, ya que no sabía nada de lo que estaba pasando y al parecer, no sabría tan fácilmente.

Una llamada de teléfono; aquel teléfono negro, que hacía un ruido ensordecedor y desagradable, pues era como una campanilla un poco gastada. No conseguí oír lo que hablaban, lo único que oí fue después de dar a una manivela, aquel guardia al teléfono.

-. Mi Sargento: ¡Qué hago?.

Y después de hacer pasar un rato, ya que la voz del Sargento medio se oía a través del teléfono, no optante, sin dejar oír su conversación nítidamente vi que el guardia cambio de semblante.

-. ¡A sus órdenes, mi Sargento!.

De momento se refirió a nosotros dos, no sin antes habernos echado una mirada, que delataba su voluntad, según lo que le había dicho el Sargento.

-. Pueden ustedes marcharse. Están sin cargos.

-. ¿Y el paquete?.

-. Las sustancias que contenía, era azúcar, con harina.

-. Tenemos el coche un poco lejos.

Me estuvo escuchando un compañero de aquel guardia y le faltó tiempo para ofrecernos su ayuda.

-. Si ustedes quieren y mi compañero no se opone, les llevo yo al coche; tengo que pasar cerca de allí.

-. Puedes llevarlos.

-. ¿Y ustedes, qué dicen?.

-.Aceptamos.

Salimos enseguida para donde habíamos quedado el coche por la mañana . . . ¡Y qué mañana!; Que no tuviese que decir yo al parecido de la tarde, Creo que no podía ser ya que esta vez íbamos por buen camino, ya que quien nos conducía era la misma Guardia Civil.

Y así fue, ya que llegamos con parabienes y alegría a donde teníamos el coche: Aquel guardia se despidió y yo percibí como unas pisadas cerca del coche y sobre todo por su maletero.

-. Mira, mujer; han estado aquí.

-. ¿Quién?.

- . No sé. Alguien.

- . Se ve en las pisadas.

- . Lo bueno, que nos han respetado; no han hecho nada al coche.

Una vez que comprobamos, que el coche estaba de una pieza, que nadie había andado con el, logramos reanudar el camino para nuestro apartamento.

Y ustedes me van a perdonar, que no pueda nombrar sitios, ni pueblos; ya que llevaba poco tiempo en estas tierras y mi español, como ya he dicho en otra ocasión, se me atragantaba un poco: De modo, que me van aceptar, ustedes, que vaya a los sitios sin denominación y a los pueblos, sin nombres.

Para su situación, si les puedo decir que desde la playa donde estuvimos, esta vez, se vía en frete a Cádiz: La Bahía.

Seguimos en la carretera que nos llevaría a nuestro apartamento, hasta que ya en el recodo de aquella curva, vimos llegar una vez más al Cuartel del Ejército de tierra y con el, salir corriendo a dos militares con el brazalete de vigilancia, ajustándose el correaje. Nos hacían señas, como para que parásemos y yo mirándolos con el rabillo del ojo, alerté a mi señora.

- . Haz como que no los vemos.

- . En general; hemos rebasado la puerta.

- . Es que nos hacían señas, desde dentro del Cuartel, para que parásemos.

- . ¡AH!

Y ya en un repecho de la carretera, vimos un descampado y alguna que otra persona hacer equitación con los caballos: Allí, que paramos y como la curiosidad es mucha, nos adentramos un poco por aquella planicie en forma de montículo: Y conseguimos ver unas estaquillas y un estilo de equitación perfecto.

Cuando nos cansamos decidimos marcharnos hacia el coche, para continuar nuestro camino y antes de llegar al móvil, vimos como un joven salía corriendo, después de intentar hurgar en el maletero del coche y detrás de el, dos guardias civiles y esperar otro, dentro del coche.

Al poco rato se presentaron dichos Guardias Civiles, dos motoristas y el muchacho, en cuestión.

-. ¿Es de usted, este coche?.

-. Sí, señor.

-. Sí, mi Sargento.

-. ¿Cómo dice?.

-. Tengo el rango de Sargento de la Guardia Civil.

-. Muy bien, mi Sargento.

-. Haga el favor de abrirlo.

No había nada en el y al ver que nada contenía, tomé una bocanada de aire y respiré contento; lo único malo es que se me olvidaba que tenía un doble suelo en el maletero; y claro está la Benemérita dio con el, descubriendo unas bolsas atadas con cuerdas, muy finas, como las que se empelan en la fabricación de morcillas.

-. ¡Y esto?

-. No lo sé; mi Sargento.

-. ¿No ha observado usted nada, al coger su coche?.

-. Vi pisadas, cerca del mismo.

-.¿Y no se le ocurrió a usted abrirlo?.

-. De verdad, que no.

-. Hace falta mucha confianza para dejar pasar en la vida cosas tan elementales.

-. ¿Me llama usted, memo?.

-. Usted, se lo ha llamado; yo no he dicho eso.

Una vez más en el cuartel y esta vez en la comisaría, de la Capital, con no muy buenas caras en nuestros guardianes, ya que encontraron algo que no sería cosa como para empezar a bailar sevillanas.

Yo veía que casi corrían, no era que anduviesen, los guardias, de una parte para otra, como para recibir órdenes y no a poco tiempo, llegó el Sargento a nuestro lado. Me levanté y pregunté.

- . ¿Que es: Es algo malo, lo que han encontrado?.
- . ¿No observó al pasar por el Cuartel militar, que le echaban el alto?.
- . No, mi Sargento.
- . Pues estaba usted siendo un verdadero polvorín.
- . ¿Y eso?.
- . El paquete no contenía más que lo imprescindible, no era gran cosa; lo único sospechoso, que observamos en el fue su contenido, de una pequeña cantidad de salitre, así como lo que usted ya sabe y a su tiempo se le informó.
- . ¿Y qué?.
- . Consiguieron desviarnos de la zona, al conducirlos a ustedes al cuartelillo, por esa vez; la siguiente vez, se confundieron ellos: Sospechamos, que podrían estar haciendo explosivos.
- . Y en general nuestro coche . . .
- . Había estado aparcado muchas horas, en un lugar solitario. Era cosa fácil.
- . ¡Qué listos son!.
- . El problema, es: Que tenemos que ver si ese son, se transforma en somos.
- Cogí la indirecta sin que se me indicase nada más y créanme, que me entró miedo; un miedo atroz, para como no pensar en mi provenir: ¿Qué sería de mí?:
- Lo sabrán ustedes pronto y sin molestarles mucho, ya que a la empresa fui directo a mi puesto y los compañeros me ofrecieron su apoyo.
- . No te preocupes.
- . Soy inocente. No tengo por qué estar preocupado.
- Hasta que el encargado del personal se acercó a mí y me invitó a dejar mi puesto de trabajo silenciosamente.
- . Haga usted el favor de ir a Secretaria.
- Se me alertó a dejar mi puesto de trabajo momentáneamente, hasta que se confirmase mi posible inocencia en los hechos, ya que las estructuras funcionaban así . . .

. . . No les canso a ustedes más y retorno el relato en tiempos que fui absuelto de tales hechos penales, pues a demás de pólvora, encontraron drogas y a través de ello, en un acantilado, una barquilla y un buen almacén de plantas exóticas, como las amapolas opiáceas, con cocedero y todo.

Retorno el relato volviéndome a llamar dicha empresa y sin resarcirme económicamente de mi perjuicio presupuestario, logré, y después de dar muchas gracias, volver a trabajar en mi puesto de ingeniero y para demostrar que yo no tenía nada que ver en lo que me pasó; se me hizo trabajar . . . ¡Voluntariamente! . . . Una hora más por la mañana y otra por la tarde . . . Y que bien; ¡qué bien!

Reanudamos nuestras vidas, cada vez más unidos en nuestro cariño y en nuestro buen hacer, para que al correr el tiempo recibí una carta del Ministerio de Educación y Ciencia alertándome, que había llegado mi título y se convalidaría tan pronto que me personificase en el despacho, que me asignaba la carta.

Nos quedamos, los dos, mi señora y yo, sin saber lo que decir y como con una alegría incontenible dentro de nuestros cuerpos; llegó la hora de cenar y después de pasar del plato de la sopa, nada más que me puso mi señora el segundo plato de pescadilla, no pudo más y comenzó hablar.

-. Hay que ir

-. ¿A Madrid?.

-. ¡Claro!,

-. Me debe cuatros días de permiso la empresa.

-. Pídelos.

-. En cuanto se me pueda conceder esos cuatro días de permiso por la empresa, gozaremos de dicho permiso.

Así quedó toda aquella trama, tan fortuita, que apenas me lo cría yo mismo, que hubiesen pasado dichos hechos en mi vida y sobre todo, que estuviese penetrando en las costumbres españolas con tantos pasos agigantados.

El rápido, no corría, volaba por aquellos campos, unas veces esteparios, otras verdes y algunas más sembrados de viñedos con olivares . . . Silbaba y silbaba la locomotora, como anunciándome la llegada a la Capital de España.

Y créanme, que era la primera vez que estaba en Madrid y sino hubiese sido por mi señora, no hubiese sabido llegar a ninguna parte.

-. Un taxi.

-. No, el metro.

-. ¿Pero tú sabes? . . .

-. Sí; he estado aquí otras veces.

-. ¿Por qué no el taxi?.

-. Cuesta menos el metro y nos lleva cerca del Ministerio.

Debajo del suelo, una y otra estación, seguían unas a las otras, hasta que ya llegamos a nuestro destino y después de salir a la calle, nos dirigimos hacia el Ministerio.

. . . En Madrid lo teníamos todo hecho, pero no habíamos agotado nuestras vacaciones, así que decidimos visitar los pueblos de la Sierra, para participar de sus virtudes, de sus bellazas y de su acomodo en el hospedaje.

Elijan ustedes un pueblo cualquiera, al azar, y allí que nos fuimos; pues nada más llegar, me asombré por la gran cantidad de gentes que vi en dicho lugar: Unas para acá, otra para allá. Y como con un solo pensamiento, nos aproximamos más el uno al otro y hasta mi señora me cogió del brazo, con miedo de que nos separásemos.

Íbamos a degustar su merienda y su gran vista panorámica, que se veía desde aquellos establecimientos y nada más; puesto que a esquiar no podíamos ir, ya que ni sabíamos, ni teníamos utensilios necesarios para ello: Así como el vestuario debido.

Estábamos en plena nieve y no sentíamos frío alguno en nuestros cuerpos; no se si era debido a la gran atracción de variedades que se nos presentaban a nuestros ojos, o a la distracción de nuestros sentidos, a causa de esa diversidad de cosas, que había en frete a nosotros.

- . ¿Salimos un poco?.

- . Sí: Salgamos hasta donde nos lo permitan.

- . El paso prohibido está cerca; se ve desde aquí.

- . ¿Cómo lo sabes?.

- . Mira aquellas personas uniformadas: Es el tope de dónde se puede llegar dando un paseo.

Zapatos . . . Zapatitos: Llevaba unos zapatos con la suela clavada . . . De los que se vendían antes . . . Y, ¡OH, cosa mala; se empezaron a desclavar, como nunca había visto.

Comenzó a reírse mi señora y yo me encontraba con una cara larga y seria, como nunca la había tenido.

- . Vamos al restaurante. En su bar, te los pones bien . . . ¡UF! . . . ¡UF . . . Anda, vamos.

- . Sí, ríete: A mí, no me hace ninguna gracia.

- . Perdona, cariño; me río del hecho, no de ti.

- . Ya se, que te ríes de los zapatos.

La comida no fue mala, al revés; que nos sentó bastante bien y para celebrarlo, ya que veíamos una muchedumbre a las afuera del restaurante; decidimos salir una vez más a su explanada, y así lo hicimos.

- . ¿Qué hora es?.

- . ¡Anda!. El autobús.

- . A eso me refiero. Nos dijeron, que saldría a esta hora.

- . Poco más o menos.

No dije más y comencé la marcha hacia el restaurante, entre toda esa cantidad de gentes, que abarrotaba el comienzo de aquella pista.

Tan ensimismado iba sin darme cuenta que no me acompañaba mi señora; de modo, que al percatarme de dicho trance comencé a ponerme nerviosos.

La esperé en el restaurante y allí que no acudía, hasta que al cabo de un buen rato, decidí salir hacia la parada del autobús.

¡El autobús! . . . Pues sí, que esperó el autobús; le vi en la carretera, camino de la Capital y con una buena marcha.

Había allí cerca dos señores mirándome y me llegué a preguntarlos para que me diesen razones.

-. ¿Ese autobús?.

-. Es el que sale a esta hora. Su destino es Madrid.

-. ¡Lo he perdido!.

Se miraron uno al otro y como con un solo pensamiento eficaz y rápido, el señor, más alto, respondió.

-. ¿Si quiere usted le llevamos a Madrid, nosotros?. Nos dirigimos a la Capital de España.

-. ¿Cómo?.

-. Sí, cállate.

Todo se lo decían entre ellos dos y a mí no me pareció mala idea; ya que otro medio de transporte no tenía a tal efecto.

-. Sí; se lo agradezco.

-. Bueno: Saldremos de inmediato.

-. ¿No es llevar mucha prisa?.

-. Haz lo que te digo.

-. Como tú quieras.

-. Eso está mejor.

Una vez más, aquellos dos señores, discutían por tener distinto parecer en la hora de salida hacia la Capital de España.

Disertaban uno del otro; pero a mí no me parecía raro nada: Yo quería llegar cuanto antes a Madrid, fuese como fuese, y estar junto a mi señora; ya que el autobús, que nos había traído al pueblo de la Sierra madrileña, había tomado el rumbo de vuelta y verdaderamente era ese mismo autobús, pues era la misma compañía a la que contratamos el viaje.

Tenía mucha precaución, aquel señor en la carretera, ya que no corría mucho y hasta el más bajo le iba diciendo . . . ¡Despacio!.

Y tan despacio bajamos al llano, para ya en el adentrarnos en un camino de tierra, más bien agrícola, yendo dirección no se adonde.

-. Señor: ¿Dónde vamos?.

-. Es un momento. Usted tranquilo.

-. Como diga usted, Señor.

Vi como después de cambiarse los jersey por otros y las chaquetas, se motaron en otro coche que estaba aparcado en dicho lugar, no sin antes haberme hecho la invitación para que subiese al mismo coche que ellos: Así lo hice.

Se los veía no muy seguros a los dos señores y bastantes nerviosos, pero con todo y esto salimos a la carretera y esta vez, si corríamos más; pues después de una hora o poco más, conseguimos ver las primeras calles de Madrid y ya en una boca de metro, allí cerca, aparcaron el coche esos señores y me instaron a seguir sólo, hacia mi destino.

-. Bájese; hemos llegado.

-. Gracias por prestarme ayuda.

-. Los agradecidos somos nosotros, señor.

No comprendí bien las intenciones de sus palabras y después que hubieron desaparecido, aquellos señores, por la boca del metro me dispuse a tomar un taxi; para que me llevase al Hotel, que en sí era bastante conocido.

Y en sus habitaciones busqué y busqué a mi señora, hasta tal punto, que se hacía rogar; pues no la encontré por ninguna parte del Hotel y mi desesperación llegó al límite, cuando pasaron un par de horas y allí no acudía mi señora.

Salí a la calle, para enseguida volver a entrar en el Hotel y decidí esperar en mi habitación y a poco que me estuviese volviendo loco, conseguí oír llama en la puerta de la habitación.

-. ¡AH!: ¿Eres tú?.

- . ¿Quién creías que era?.
- . ¡Mujer!.
- . ¿Cómo se te ocurre venirte sólo?.
- . Vi que se venía el autobús y enseguida hice caso a una invitación de dos señores, para traerme.
- . ¿No comprendes, que te hubiese esperado?. ¿Cómo me iba a venir sin ti?.
- . Lo pensé.
- . ¿Y qué?.
- . Ya te digo . . . Dos señores . . .
- . ¿Y tan a gusto?.

Conté de cabo a rabo a mi señora lo sucedido y ella se mosqueó un poco al oír la versión del cambio de coche y hasta de ropa, así como el nerviosismo mostrado por aquellos señores.

Se quedó pensativa mi señora, sin saber lo que decir y con incertidumbre a la vez; ya que dicho relato no solamente era extraño para ella; Si no que era raro, hasta par mí.

- . ¿No te habrás metido en otra?.
- . ¡No, mujer! . . . Eso espero.
- . ¿No sé?.

La comida del día siguiente a los hechos la hicimos en un restaurante, después de haber salido a dar un paseo para conocer las calles de Madrid y como tenía la televisión puesta, aquel restaurante, se empezó a escuchar un posible atraco a una sociedad bancaria de los pueblos, en la sierra de Madrid.

Mi señora me miro, cambió el color de su cara y casi se atraganta con lo que tenía en la boca, para más tarde replicarme.

- . ¡Ya tenemos otra!.
- . ¿Y si no son esos dos señores?.
- . ¡Si han dado señales de ellos!.
- . No se ha visto nadie, solamente se han limitado a decir la noticia.
- . ¿Si por lo menos se hubiese visto el coche?.

- . Lo mismo digo.
- . Lo que yo digo, que es el deber de un ciudadano, denunciar los hechos.
- . ¿y sino son ellos?.
- . No te opongas a la Ley.

Desde luego no quería interceptar la acción de la Justicia, así que nos dirigimos a comisaría y después de explicar bien los hechos, al señor comisario, nos hicieron sentarnos y esperar un buen rato, hasta que al cabo de los cuales, se dirigió a nosotros el señor comisario.

- . Tenemos a buen recaudo a esos dos señores; los apresamos ayer noche y han confesado toda su fechoría. Lo único que nos faltaba era la tercera persona que les acompañaba y ya sabemos quien es: Desde luego; se mete usted en todo.

- . Señor comisario . . .

- No se preocupe, que le han exculpado a usted; ya le he dicho, que hace tiempo los tenemos a buen recaudo a esos dos señores y han declarado todo. No tiene usted cargo alguno.

Pues qué bien; menos mal, que fueron honrados y nada pasaría por aquella vez . . . ¿O sí? . . . Pero, no: No creo que se me molestase hasta que al correr el tiempo se me requirió como presunto testigo, en el Juicio.

No les digo más del asunto; ya que el relato que sigue, consta de una feria, en compañía de mis compañeros. Ya que tocaban las fiestas de aquel barrio del pueblo, por aquellas fechas y quiero que sepan ustedes lo bien que lo pasamos y las relaciones afables que teníamos todos juntos.

Lo malo era que no les puedo contar yo a ustedes el comienzo de dicha fiesta, ya que como pasa a casi todas las señoras, tienen que ir de punto y raya.

Pero eso sí; al llegar a la misma fiesta fuimos poco más o menos aclamados y con un saludo muy cordial: Por aquí un afecto, por allí un abrazo, lo cierto fue que terminé sentado en una mesa jugando a las cartas y claro está; mi experiencia en el juego de azar era nula, así que me sorprendí cuando unos de mis compañeros de trabajo, alzando la voz cantó: Escalera de póquer.

No sé qué sería eso, si algo bueno o cosa un tanto ambigua en el juego, lo cierto que ese señor recogió todas las cartas y barajándolas después, nos fue dando una a una las cartas y así hasta cinco por cada señor, para en ese momento contestar.

- . ¿Quiere alguien alguna carta más?.

Unos pidieron otras cartas y algunos se callaron; yo me callé también por si a caso y así resultó, que al final de la mano no conseguí tener nada de valor en mis cartas: Así una tras otras; hasta que por fin llamó la señora de un compañero a este y saltando dicho señor de su asiento como un resorte, después de pedir permiso a los que estábamos en la mesa jugando; se fue al lado de su señora.

Como habíamos quedado tres no podía haber juego, según ellos; así que un señor que estaba atento a nuestra conversación, me invitó a jugar a la petanca.

- . ¡Ahí va!. ¿Si las bochas se encuentran a tres metros de usted: No donde ha lanzado usted la suya?.

- . Creo, que se me ha escapado.

- . ¡Ya!; claro.

No se lo creyeron para nada que se me hubiese escurrido mi bocha de mi mano, así que comenzó dicho señor a darme unas explicaciones, someras, delante los otros señores y yo las comprendí rápido, pero no con la suficiente soltura como para hacerlo con perfección; ya que no tenía la experiencia debida, como para dar a las bochas en todas las ocasiones.

- . ¡Eh!: Oiga.

- . ¿Es a mí?.

- . Sí: Haga el favor de sentarse aquí.

- . Gracias por llamarme.

- . Le veía ya cansado . . . Aquí mi señora.

Era una señora un poco mayor, pero de buen ver y lozana, con sensación de frescura en toda su Alma; así que me senté entre medio de ellos dos, como me dijo aquel señor y comenzaron a mostrarse de lo más confiados posibles y lo más familiar de todo el Mundo.

- . Somos compañeros y está a bien, que nos llamemos de tú.

- . Creo, que sea mejor así: Llamémonos de tú.

La señora había permanecido callada hasta ahora y en aquel momento entró en conversación.

- . ¿Es extranjero; verdad?.

- . ¿Se nota, o no?.

- . Claro, que se nota.

- . Pero si me pregunta por mis aficiones . . .

- . Más bien por sus sentimientos.

- . Sí, eso.

- . ¿Su corazón, dónde está?.

- . En mis dos Naciones.

- . ¡Menos mal!.

- . ¿El qué?.

- . Que estas tierras, son ya nación.

La miró el marido y como recriminándola y con cara de pocos amigos la reprochó su indirecta.

- . ¡Mujer!.

- . ¡Ya!. Perdona; no he querido ofender.

Y sujetándose una mano, me daba palmaditas en ella, aquella señora, que tan afablemente se portaba conmigo y acercándose a su marido; le dijo algo que yo no llegué a percibir, pero lo que fuese; me hicieron llamar a mi señora para en tiempo determinado mostrarse tan familiares con nosotros como para invitarnos al siguiente día a su casa.

- .Es nuestro gusto y así lo deseamos, que vengan a tomar el té, con nosotros, a nuestra casa mañana por la tarde.

- . Aceptamos de buenas ganas.

Fue la respuesta de mi señora y sin pensarlo así se hizo, pues a las cinco de la tarde estábamos en casa de esos dos señores y fuimos recibidos cordialmente. Todo se sucedía con una velocidad de

espanto, pues al rato de estar allí se marcharon a la cocina, su marido y mi señora, para preparar no sé qué y aprendiese mi señora a confeccionar tal postre, para mí el día de mañana.

Nos encontrábamos sentados, aquella señora y yo enfrente el uno del otro, y la mujer de mi compañero de trabajo, sujetándome las manos, me repuso a que me calmase. Yo hacía por deshacerme de aquella ocasión tan embarazosa para mí y no hubo medio, ya que no me las soltaba, es más; se sentó cerca de mí sin soltarme las manos.

-. ¿Estás a gusto aquí?

-. En Cádiz me encuentro a gusto, ya que estoy con mi señora y tengo un trabajo.

-. ¡Anda, niño!. ¿Te pregunto entre nosotros?

-. Sois compañeros míos y sí me encuentro bien.

Dándome con el hombro en el mío y después de soltar una picaresca risa, se separó de mí, para más tarde llamar a su marido y comunicarle la decisión de mi gusto.

-. Sabes, querido: Dice que se encuentra bien aquí.

Como es norma de educación los invitamos mi señora y yo a tomar el té al siguiente día a nuestra casa y mientras mi mujer estaba preparando la vajilla, yo no estaba muy conforme con estrechar lazos fuertes, no con esa familia; si no con nadie, ya que hacía poco tiempo me encontraba entre ellos y no conocía bien a nadie.

-. Prepárate, cariño; van a llegar nuestros amigos.

-. Estoy pensando.

-. ¿Dime, cariño?

-. No los conocemos bien y ya nos estamos visitando.

-. ¡Anda!, chico. No pienses mal: Son buenas personas.

-. No sé . . . No sé . . .

-. ¡UF! . . . ¿Por qué esa indecisión?: No hay motivo para ello.

-. ¡Claro!: No.

Llegó; llegó la hora del té, sonando el timbre de la puerta, yendo yo abrir la misa para estar bien puesta en el umbral de la casa aquella señora, toda ella despampanante: Su peinado, el vestido, con su escote y con un pañuelo ajustado a la cintura y haciendo que el vestido se ciñese más al cuerpo.

- . Pasen; pasen ustedes.

.- Sí, que pasamos.

- . Mujer; se dan las gracias.

- . Los conocemos ya, a esta familia: ¡Hermano!.

No sabía si su carácter era así o a causa de que era una pareja liberada por todos los extremos, ya que al ver pasar en mi casa a esa señora como si fuese la suya no sabía lo que pensar.

Estuvimos entretenidos con el juego de la Oca un buen rato y cuando ya nos habíamos cansado, se levantaron las dos señoras de sus asientos marchándose a preparar unas bebidas refrescantes; así que nos quedamos mi amigo y yo, solos.

- . Es graciosa.

- . Es abierta de carácter . . .

- . No. Si digo, mi señora.

- . ¡Ah!.

- . Tengo un pesar . . .

- . ¿Por qué?: La veo alegre y como a gusto en la vida.

- . Eso es lo malo, que no debe estar tan a gusto.

- . ¿No entiendo?.

- . La falta algo.

- . ¿El qué?.

- . Estoy enfermo.

- . Se puede curar dicha enfermedad. ¿No?.

- . Eso es lo malo. Mi enfermedad, es falta de fuerzas.

Y señalándose parte de su cuerpo, según pude ver, enseguida comprendí la clase de enfermedad que tenía mi amigo; que se encontraba apenado por tal consecuencia y muy preocupado por el agobio que pudiese tener su esposa.

No sé por qué me lo contaba a mí, si yo no era ningún médico; lo mejor sería ir a un Doctor y exponerle el caso, que era lo más adecuado, que podía hacer nuestros dos amigos.

Lo peor sería, que no tardé en ver aquella señora; fue al siguiente día en mi despacho, pues estaba confeccionando unos presupuestos para un recambio, cuando oí abrirse la puerta y como estaba ensimismado, no me percaté que era esa señora, que preguntado por su marido se fue a una especie de diván, donde había una cama, tumbándose allí parecía una postal de revista.

Cuando se hubo cansado de hacer poses, se me vino hacia mí, mirándome fijamente para después preguntar.

-. ¿Ya te habló mi marido?.

-. ¿No entiendo?.

-. Sí, hombre; su enfermedad.

A poco se abrió la puerta del despacho, entrando un obrero de la empresa viendo, yo un punto de escape con aquel operario.

-. Señor.

-. ¿Dígame, usted?.

-. Tenemos problemas.

-. Espere: Le sigo.

Y sin decir más, salí acompañado por aquel señor hacia el lugar que este me indicaba y desde luego no era cosa de poco tiempo en arreglar dicho problema.

Me quité la chaqueta y dejándola colgada allí cerca, intenté arreglarlo yo y mientras estaba agachado y casi sudando; oí decirse un operario a otro.

-. Es estupendo. Mira como se remanga.

-. Sí, hay pocos así.

Pero lo que no sabían, esos señores, que si estaba yo allí era huyendo de aquella señora, hasta que vi entrar al marido en aquella dependencia. Me erguí sobre mí y me dirigí al despacho para lavarme las manos y arreglarme un poco el traje y la corbata en el espejo.

No debíamos seguir teniendo dichas amistades, mi señora y yo; hasta el punto, que cuando nos llamaron por teléfono, no acudimos a su llamada. Mal reclamo para hacer caso a su trama . . . Eso no . . . No veía yo cosa buena en dichas relaciones, claro que no; lo bueno era, que mi señora creyó que la rotura de dichas relaciones, era por falta de confianzas en nuestra amistad.

Entre tanto y ente medias de tanto ajeteo, de amoríos falsos y malos, mi señora tuvo que ir al ginecólogo y yo me puse un tanto alegre; así que buscamos un buen Doctor y eligiendo consejos, en unos y en otros, llegamos a una consulta, donde el recibidor era bastante amplio y con varias revistas en el centro, en una mesa.

Conté hasta ocho señoras en la misma sala y en franca conversación unas con otras, hasta que por fin nos tocó el turno de charla a nosotros.

- ¿Y qué síntomas tiene usted?.

- Mi señora, tiene como la comida siempre en el vientre.

- ¡OH!. Eso es embarazo. - Repuso una señora.

- Desde luego, está usted embarazada.

Replicó otra señor. Yo me puse bastante contento, pues si eso fuese verdad, ya seríamos pronto tres en casa y no nos quedaría tiempo para aburrirnos.

Así que entré con toda la ilusión de la vida en la consulta de aquel especialista y después de revisar bien todo su organismo, detenidamente, a mi señora; ya que la subió a una mesa y . . . Después de todo, se puso a decir.

- Nada, señora, son flato lo que usted tiene.

Y desde luego se me hundió todo el Mundo sobre mí y marchamos sin decir ni una sola palabra, a nuestra casa: Por el camino iba divisando escaparates, sin atreverme ni tan siquiera mirar a mi señora y mucho menos dirigirla la conversación como digo, para no molestarla; ya que como

suponía yo, estaría mal predispuesta para hacer frente, por aquel momento, a las adversidades de la vida y ni tan siquiera a lo cotidiano de cada día.

Con el tiempo se nos olvidó dicho desaliento y una vez más, estábamos sumido en las tareas cotidianas de la vida y por aquello de que todo el mundo es bueno, aquel Domingo decidimos ir a comer en la terraza de un bar unos aperitivos que nos sirviesen de comida y cosa hecha: Así, lo pensamos y así lo hicimos.

No nos conformamos en quedarnos en Cádiz, si no que decidimos irnos a Jerez y estando sentados en un velador de un café, en frete a la Colegiata, se nos acercó un vendedor de lotería.

-. ¡Ande!. Que le va a tocar.

-. No gracias, no suelo echar a la lotería.

-. Le digo; que le va a tocar.

-. No insista.

-. Hágame caso: Cómpreme la lotería, que le va a tocar.

-. Pues si no la compras tú, lo hago yo.

Se adelantó mi señora y compró un décimo de lotería de un número bastante feo, sobre un siete mil y pico; cosa que a mí no me pareció bien, ya que la lotería de Navidad jamás había tocado sobre dichas cifras.

Se aproximaban las fiestas y con ellas los preparativos de las Navidades, pues como me dijeron aquí se estilaba cenar con la familia el día veinte cuanto y el treinta y uno se vivía una gran noche, en una fiesta, en una reunión, en una discoteca, o entre un buen cotillón.

No sabíamos por cual volcarnos, mi señora y yo, hasta que en unos de los paseos vimos anunciado un cotillón bastante asequible a nuestro bolsillo.

-. Mira. ¿Entramos?.

-. En alguna parte tendremos que pasar el fin de años. Entremos.

Preguntamos por las condiciones y las teníamos todas de parte nuestra, ya que al ser plazas limitadas había que reservar la mesa; nos teníamos que pagar la consumición: En fin, que en todo, gastos y gastos, y no obstante a pesar de estar ya a diecinueve quedamos en que lo pensaríamos.

- . Pues no lo duden mucho; quedan muy pocas mesas.
- . No se preocupe; le daremos la respuesta, pasado mañana.
- . Como ustedes quieran.

Salimos de aquel establecimiento y enseguida se nos fue poniendo las cosas bastante bien, ya que vimos en un escaparate anunciado, en unos frascos, la venta de arrope.

- . En mi pueblo se come mucho.
- . ¿Y cómo está hecho?.
- . Azúcar y calabaza, entre otros, o con frutas.
- . Compra si te apetece.

Entramos y compró un frasco de aquel alimento, prosiguiendo nuestro camino a nuestra casa, no sin antes hacer un alto y señalándome al suelo mi señora desvió mi interés hacia un punto.

- . ¡Mira!.
- . Sí, ya veo: Una lagartija.
- . Trae suerte a quién la vea.
- . No creo yo eso.

Aquella noche, comimos el arrope y créanme, que estaba aquella cosa bastante buena, pues dimos fin al frasco en poco tiempo y a causa de tal digestión, tuvimos que pasar despiertos hasta altas horas de la noche.

Al día siguiente poco les tengo que decir, lo que sí tengo que contarles, es lo que nos acaeció dos días después, el veinte uno, ya que al salir de casa vimos otra lagartija y enseguida nos dimos de bruces con los padres de mi señora, ya que habían venido de incógnita a Cádiz, de improviso; así, que entre saltos y qué bien, se debatía mi mujer con suma alegría.

- . Lo ves: La lagartija.

- . Será eso. No estoy por creerlo. ¿Sí tú lo dices?.

- . Que sí, hombre, que es eso.

Y; ¡vaya!, la lagartija: Pues el número, que compramos en Jerez, salió premiado con el tercer premio de la lotería de Navidad, de aquel año.

No les quiero a ustedes ni contar, pues se había vendido dicho número por aquella región y entre salto y ole tus muertos . . . Se pasó todo el día.

Fue un desbarajuste la alegría vertida por toda aquella comarca, por toda sus genes . . . ¿Y el gasto? . . . Se brindó y se gastó lo increíble, en ropas, en enseres, zapatos y electrodomésticos: Por los pocos que habían antes.

Pasamos unos días inolvidables y nosotros, como se suele decir, tapamos ciertos agujeros que nos estaban asfixiando por no poder llegar a fin de mes, a causa de dichas deudas.

Y ya, con el confort deseado, seguimos nuestra andadura en el calvario de la vida para poco a poco ir yo bebiendo el néctar de su miel, de sus costumbres y de su buen quehacer; pensando y queriendo como ustedes y estando entre vosotros y en vuestra tierra.

Con la tranquilidad deseada, como han visto, nos instalamos en Cádiz y allí empecé hacer el libreto; los pocos apuntes que salieron de mi cabeza, para poder confeccionar el estudio filosófico y sociológico de mis vivencias por vuestra tierra, esa tierra agradable y dichosa, tocada por la gracia de algo superior y bendecida por su honor.

Desde dicha Capital, Cádiz, puse mis ideas en orden y desde allí les mando un saludo de lo más cordial que se pueda, a la vez de invitarles para que visiten dicha Capital y al que no haya visto a España; la visite con todas sus ganas y su interés.

Esta tierra es muy agradecida y muy hospitalaria, como ustedes han podido ver en estas, mis pobres líneas, escritas más bien con el Corazón que con la cabeza. Perdonen si he molestado a alguien, pero no ha sido mi intención; he querido hacer un canto en estas, mis pocas cuartillas a: “VUESTRA TIERRA; ESA TIERRA”.

Era un día agradable en el concepto que se da a la misma etimología de la palabra, el pensar y el hacer las cosas como uno quiere y con una lógica, dentro de unas reglas en la Sociedad, ese entorno en el que uno vive.

- . ¡Oiga!, Mister.

- . ¿Dígame usted?.

- . Desearía poder presentarme y hacer una pequeña síntesis de los hechos acaecidos.

- . Puede hacerlo.

Bueno; pues comenzaré diciéndoles que iba por un paseo, en donde a un lado existía la estación de autobuses y un hotel, así como una calle y hacia el otro lado donde yo me movía había una carretera general; pero que en dicho trayecto solamente había una sola dirección.

Tuve un feliz pensamiento de súbito pronto y ese pensamiento lo quiero hacer realidad palpable al comunicárselo a todos ustedes, siendo primacía fundamental una premisa y es que no voy a seguir el ensayo; pues ya está todo el hecho, lo único que les quiero transmitir a ustedes es: La manera de hacer y de obrar de los protagonistas, como si todos ellos hubiesen estado de verdad en dichos sitios viviendo esa vida que se narra.

Mientras voy dando pasos a pasos en las baldosas de dicho paseo, me voy acordando de toda la obra, como si a caso hubiese sucedido hacía ya tiempo; habiendo sido terminada, dicha obra, hace unos días, dándome cuenta de que aquí el tiempo no existe para nada. De que al ser una obra de ficción, es más difícil si acaso hubiese sido sus hechos en parte o en toda la realidad posible, para narrarla con más entereza que se ha hecho en la exposición de las diferentes etapas de dicho ensayo.

A poco de estar en estos pensamientos noté que algo me acariciaba la cabeza, echándome la mano a ella para observar que era una hoja de un árbol, que se me había caído en la cabellera.

Lo primero es pedir perdón, por si he podido dañar la susceptibilidad de alguna persona; no, no ha sido mi intención esa, lo único que he querido es elevar la grandeza de esas regiones con los

productos que hay en ella, así como la dignidad de esas personas: Cantarlas a viva voz, para que todo el mundo sepa lo mucho o lo poco que hay en ellas.

Ha sido una andanza a la usanza de la vieja manera que sabían aquellos grandes hombres de caballería, pero tratado como esa joya hace en sus narraciones; ya que se ha descrito de una manera quijotesca a sus gentes y sus costumbres ancestrales de todas esas comarcas y con ellas de todas esas regiones. En donde la primacía era las relaciones entre ellos, la buena amistad y no el desaire y el desafío de una comarca a la otra.

Fue, como les digo, un pensamiento fugaz; pero que le estoy plasmando en estas cuartillas para que vean ustedes el sentimiento que tuve en hacer dicha obra; ya que su confección no ha sido fácil, como he dicho antes, pero deseo lograr que su resonancia sea la máxima.

Y para que vean ustedes lo que es capaz de abarcar un solo pensamiento, les diré que todavía me estoy quedando corto en plasmar dicho efluvio de neuronas al pensar en dicho tema, en dichos actos acometidos en la obra. Tan fugaz fue el pensamiento que he tenido hace un momento, que todavía no he pasado de la primera baldosa del paseo, ni me he dirigido a mi lugar de destino, que es mi casa, donde yo voy.

Solo me atrajo la atención un coche que pasaba a gran velocidad por la carretera, parecía como si fuese desempedrando toda ella; no sé dónde iría, pero lo cierto fue que me dio un susto enorme, para más tarde centrarme en el tema que nos incumbe, que es la confección del ensayo y su manera de haberlo logrado: Si acaso lo he hecho bien, ¡Aleluya!; pero si no he logrado llegar a la perfección debida en la obra, lo siento.

Voy en esa zozobra en la que se encuentra el que no sabe cómo ha hecho una cosa o como a confeccionado algo, ya que el escritor nunca sabe si ha terminado su obra bien o acaso se ha quedado en la estacada, al no haber podido llegar a culminar bien dicha obra, en el cenit de su ingenio. Yo no voy a ser menos, pues mi modesta persona me indica que tenga cuidado para poder oír las críticas hechas a la obra, ya que no las tengo nada, pero que nada, consigo; ya que quien ha hecho la obra he sido yo, hombre estudioso, pero que nada más.

Quien pude estar seguro de sí mismos son esos ingenios a los que me he referido antes, ya que sus estudios reglados los da primacía para hacerlos, para estar seguro de su obra; pero un humilde servidor, aunque haya leído mucho y estudiado más, lo he hecho de una forma, la mitad reglada, pero la otra mitad de una forma autodidáctica y no es para tirar las campanas al vuelo.

Sí, me va dando miedo las críticas que se me hagan por parte de todos ustedes, no digo yo por personas juristas en la materia y como no sé lo que va a resultar, ya me estoy resguardando en sí mismo, dentro de un caparazón, o como hace el Avestruz, que esconde la cabeza entre las plumas del ala.

Lo que estoy haciendo ahora mismo es característico de las gentes con poca cultura; pero que a mí me ha parecido a bien hacerme un búnker y resguardarme en el, como si así me librara de la quema, como se suele decir.

No; para nada me libro, tan fácilmente, de la quema si acaso la obra no lleva implícita esa forma y esa garra, que debe llevar una obra hecha por su autor para que atraiga a todos los públicos, o por lo menos, y eso con reminiscencia, lleve explícita una fuerza moral suficiente como para gustar a los señores lectores.

Pasé a la segunda baldosa y todavía no me había recuperado de mi asombro; pues me veía poca cosa para haber acometido un tratado de filosofía y sociología dentro de dichas regiones; aunque como digo, he leído y he tenido que estudiar mucho sobre dicho tema, pero la capacidad intelectual no es muy boyante, dentro de mis conocimientos psíquicos y mermados mis esfuerzos vitales para acometer dicha obra, ya que los nervios los tenía ateridos por el miedo al fallo y el fallo en estas ocasiones está a la vuelta de la esquina. Nadie hace una cosa medio regular, si tiene los nervios súbitos de tal manera que se encuentra retraído para acometer dicho acto en la vida; a parte que a mi simple parecer ninguna persona puede hacer una cosa a la máxima perfección, por ser persona humana con sus cadencias de dichos conocimientos o de las virtudes que debe llevar esa persona para hacer o acometer un hecho en la vida.

Perfección: ¡De cuando y cómo!; si la persona humana está limitada en todos sus movimientos y en todos sus actos, al no llegar a saber toda la cultura filosófica que engloba ese acto o ese movimiento, al tener delimitada su capacidad creativa en cuanto a la forma y en cuanto a los hechos creativos, en el momento que nacemos y estamos abocados a la muerte. En una materia finita no se puede dar dentro de ella una materia infinita, es contraposición de ideas. Es una idea, que si venimos de alguien más superior a nosotros no podemos desear ser como ese alguien no finito ni materializado en su materia.

Parece mentira lo extenso que puede ser un pensamiento, pues aunque he echado su tiempo y su espacio en poder escribir lo que yo pensaba en ese preciso momento, para plasmarlo en estas cuartillas he tenido que expandirme en la forma y en el tiempo, y esa forma de describir dicho pensamiento ocupa un lugar en ese tiempo que se está echando para confeccionar la idea en los papeles, que se escribe.

El pensamiento dura la fracción de un segundo y si quieres escribir esos pensamientos tardas la media hora o algo más; no puede ser que de una cosa irreal salgo tanto real, ya que esa fracción de segundo da para mucho cuando se expande en esas cuartillas, pareciendo mentira que eso sea así.

-. Señor.

-. ¿Dígame?.

-. ¿Para qué sirve esto?.

-. Para ver la forma y los hechos como reales, visualizando esos momentos y haciéndolos patentes en cuanto se escribe.

Y era verdad, que esos hechos no se harían visibles, ni palpables, si una persona no se atreviese a contarlos y a recrearse en su forma, de tal manera que los viva como hechos reales, no acaecidos en el tiempo; pero que para esa persona puede que los vea como hechos reales y en cuanto esa misma persona se atreve a contarlos, son reales para las demás personas, ya que poco a poco los visualizan a dichos hechos el resto de las personas a base de leer su historia: Ya esa, esa historia, real o no sea real dicha historia.

La capacidad que tiene la persona en contar cual o tal hecho es la capacidad con la que se ve su manera de narrarlo, haciéndose más o menos real dicha historia escrita en unas cuartillas, y aquí la capacidad no sé cómo debe haber sido; pero lo cierto es que está ya hecha la historia y su contenido bien definido en el espacio y en el tiempo, y haber si ese tiempo es favorable a la crítica vertida por todos los lectores, no solamente por los eruditos en la materia: Los grandes críticos, que con sus escritos pueden alzar tal o cual obra, siempre que dicha obra esté bien en su totalidad no queriendo alzar una obra decadente en la forma y en los hechos.

No les quiero cansar más para no interceptar sus trabajos cotidianos, de modo que poco más o menos me cabe decirles a todos ustedes, pidiéndoles una vez más perdón si he dañado, en algo o en mucho, su manera de ser, su manera de pensar y la susceptibilidad de cada uno de ustedes: No, no lo he querido hacer, para nada.

Así que apelo a su noble amabilidad para que ustedes vean la obra como lo que es, una obra y nada más.

He empleado las mismas palabras que sus protagonistas decían en los años cincuenta; pues aunque les haya dicho que es poco más o menos ficción dicha obra, tiene parte real en cuanto se ha vivido en esa época y se ha corrido mundo por esos pueblos de Dios, oyendo hablar a las gentes y viviendo entre ellas.

Que no se desgarré nadie las vestiduras cuando ven hablar con jarchas y jergas árabes a parte de unos seres de aquella época anterior a la nuestra. Que no se desgarré nadie las vestiduras, que no vale la pena; pues como empiezan algunos cuentos de aquella edad: “Tal como me lo contaron, lo cuento”; pero es que aquí nadie ha contado nada a nadie, solamente han sido vivencias intercaladas con la ficción literaria.

CRITICA DEL AUTOR

Ensayo tridimensional, de tres regiones; en donde las costumbres priman ante la manera de pensar de esas personas. En donde la manera de ser, dentro de la sociedad, tal vez no tiene nada que ver con esas personas.

La sociedad lleva a las personas por ese camino y tal vez ellas piensan de otra forma diferente, ya que se contraponían a los hechos su manera de pensar y por eso la novela-ensayo es toda ella una novela costumbrista.

Se narran, llana y sencillamente, esas costumbres que aunque la manera de pensar de esas personas, como se ha dicho, no van muy parejas a la manera social de esa misma región en sus costumbres; pero con todo y eso, hay a veces que sí van parejas.

Son personas sencillas y humildes, con unos parámetros de hospitalidad rallando lo grotesco; ya que nada más conocerse entre sí, una persona a otra, aunque fuesen forasteras, ya las metían en casa como si las hubiesen tratado toda la vida.

Se ve que aunque pasasen sus penurias con un poco de apuros en esa región económicamente; como no las habían pegado bofetadas morales la vida, no se encontraban muy resabiadas como para alejarse de esa sociedad, es más: Las getes se encontraban más a gusto dentro de la sociedad; mientras más gentes tenían en casa, mejor se encontraban ellos.